
Lo dicen tus ojos
Melissa Tonin

1 - El inicio del verano

2 - Albert ha vuelto

3 - Bienvenido a casa, capullo

4 - Albert

5 - El inicio de la sospecha

6 - Más cerca, más tenso

7 - El refugio

8 - Comida en casa

9 - San Juan - Parte I

10 - San Juan - Parte II

11 - Mi espacio favorito

12 - Evento deportivo

13 - Su padre la mató

14 - Que empiece el juego

15 - Albert

16 - La verdad que no supe ver

17 - Atando cabos

18 - Badet

19 - Mario

20 - Miedo

21 - El enfado de Guille

22 - Adrián y mi primera vez trabajando

23 - Seguir con el plan

24 - Reunión de… ¿amigos?

25 - Albert

26 - Son familia

27 - «No podía aguantarlo más»

28 - La discusión con Lucas

29 - La traición

30 - Todo encajaba

31 - Todo se desmoronaba

32 - En el lago

33 - La necesidad

34 - Todo se resquebrajaba

35 - Albert

36 - Van a por mí

37 - Sola

38 - Mi pequeño oasis

39 - Vuelta a las andadas

40 - Una llamada inesperada

41 - Empatía inesperada

42 - Una mala decisión

43 - El motivo real de su vuelta

44 - Después de aquello

45 - Albert

46 - Su verdad

47 - La prefiesta

48 - La fiesta

49 - La postfiesta

50 - El fin del verano

Epílogo

Agradecimientos

Copyright © 2023 Melissa Tonin
Todos los derechos reservados.

A mis 15

1 - El inicio del verano

Me desperté sudada, con las sábanas hechas un ovillo al final de la cama y un martilleo en la cabeza que me recordaba que seguía viva. Respiré hondo al recordar la noche anterior y parpadeé varias veces intentando separar mis pestañas. Una vez más, no recordé desmaquillarme y el rímel se había convertido en una masa sólida que me impedía abrir los ojos.
El día anterior había sido casi perfecto: último día de clase, más risas que temario y la posterior celebración en El Refugio, el bar de Omar.
Cuando la alarma estridente del instituto anunció el principio de las vacaciones de verano, todo mejoró considerablemente. Elena sacó unas cervezas en cuanto cruzamos las puertas del edificio, provocando que todos estalláramos en carcajadas. Estaban calientes, pero ella defendió su idea con ímpetu. «No tenéis ni idea», dijo, «esto es un cierre de etapa. Y los cierres de etapa se celebran brindando». Ninguno de nosotros nos atrevimos a llevarle la contraria.
Así que de esa manera empezó nuestra celebración: brindando con cerveza caliente de camino al pub, donde nos esperaba Omar tras la barra con una sonrisa radiante.
—¡Enhorabuena, chicos! —gritó en cuanto cruzamos las puertas.
El Refugio era nuestro punto de encuentro y el lugar donde pasaba todo lo interesante en ese pequeño pueblo de montaña. Era un edificio de tres plantas, pintado de un azul pastel desgastado, con desconchones en las paredes que mostraban los ladrillos con los que se había levantado. Para llegar a él, tenías que entrar en las intrincadas calles estrechas de piedra y allí, como un oasis, te esperaba una terraza pequeña y una luz cálida que salía del interior.

Miré a Omar mientras nos preparaba los botellines de cerveza sobre la barra, debatiendo con Elena sobre la estupidez de beber cerveza caliente. Recordé que él solía formar parte de nuestro grupo hasta que decidió dejar sus estudios. Siempre supimos que Omar era demasiado emprendedor como para no aprovechar la oportunidad de coger las riendas del que, hasta entonces, había sido el bar de sus padres. No dudó ni un instante en tomar el control del lugar y crear lo que, para muchos de nosotros, se había convertido, tal y como su nombre indica, en un refugio.
Di un trago a mi botellín de cerveza a la vez que Adrián ponía los ojos en blanco cuando Elena defendía sin sentido su postura, mientras Hugo y Jordi reían sin parar. Lucas, por otro lado, los miraba con una sonrisa del que sabe mucho y dice poco.
Mis amigos eran un caso aparte. Éramos tan diferentes y tan similares que muchas veces costaba creer que estuviéramos tan unidos. Adrián, representando el raciocinio y la razón, intentaba guiarnos por el buen camino. Sin mucho éxito, me temo. Lucas, todo corazón y buenas intenciones, era el niño de los ojos de todos nosotros. Hugo, por otro lado, era el macarra que alegraba cada reunión. Rocío, que solo podía venir durante los fines de semana al pueblo, puesto que vivía en la ciudad, era la más dulce e inocente del grupo. Jordi, aparentando siempre cierta dejadez, tenía muy claros sus objetivos. Y Elena y yo… bueno, éramos Elena y yo. Mi mejor amiga, casi hermana, encargada de tomar todas las malas decisiones posibles para animar mi existencia.

Mientras bebía, capté la mirada de Omar que, por su expresión, tenía malas noticias que darme. Su boca formaba una fina línea, haciendo un esfuerzo por no reírse. Puse los ojos en blanco.
—¿Guille? —pregunté cansinamente.
—Ha estado aquí antes. Me ha amenazado con saquearme el local si llegabas borracha a casa.

—Qué novedad… —se rio Elena, agitando su mano en el aire para quitarle importancia.
—Cómo me alegro de ser hijo único —bromeó Hugo levantando las cejas.
Todos rieron mientras yo suspiraba dramáticamente.
Guille era mi hermano mayor, también conocido por su incesante necesidad de controlar todo aquello que pasaba a mi alrededor. No iba a permitir que arruinara mi celebración.

Cuando empezaron a llegar el resto de nuestros compañeros, nosotros ya llevábamos unas rondas de más y competíamos por el título al mejor jugador de futbolín del lugar. Adrián y yo, como siempre, encabezábamos la lista con orgullo.
El ambiente se animó rápido. Hablé con un par de compañeros sobre sus futuros con cierta desgana, como era habitual en mí, mientras muchos otros vitoreaban los bailes de Elena sobre la barra. Recordaba haber subido con ella por petición popular y cantar a pleno pulmón la canción Salgo a la calle, de Boikot, mientras los demás aplaudían y Omar fingía estar muy indignado por la falta de respeto a su local.

Me desperecé con un gran bostezo y me rasqué un ojo, olvidando por completo la capa de pintura seca que poblaba mis pestañas, y provocándome una irritación muy molesta. Alcancé unas toallitas húmedas de la mesita de noche, preparadas estratégicamente para casos así, y me entretuve quitándome el maquillaje de los ojos mientras pensaba en el resto de la noche.

Todo el local estaba al completo, aunque tampoco era muy complicado, ya que era bastante pequeño. Muchos de los rostros eran conocidos del instituto, pero una figura en concreto llamó mi atención. No había rostro ni rasgos identificativos, solo una complexión delgada y alta, vestida totalmente de negro que parecía estar mirando en mi dirección. Recordé el escalofrío que me recorrió cuando entorné los ojos intentando enfocar, pero Lucas apareció antes de poder saciar mi curiosidad sobre la identidad de esa presencia desconocida. Su sonrisa de medio lado y su mano jugueteando con uno de mis mechones ondulados fue la prueba de que él también había bebido demasiado, así que lo llevé hacia fuera esquivando a todo el mundo. Nos escondimos en uno de los callejones que rodeaban el pub para evitar las miradas y mantener nuestro secreto a salvo. Su cuerpo delgado me rodeó cuando nos alejamos lo suficiente, y sus ojos azules me miraron muy de cerca. Yo sonreí ante su repentina actitud de seductor, pues no le definía en absoluto, y acaricié sus mechones castaños claros que se rizaban en lo alto de su cabeza. Acaricié su barba perfectamente recortada y mi calor corporal subió al recordar las cosquillas que me producía cuando se acercaba. Ay, Lucas… qué gran tentación. Un año después de aquel primer beso, seguía sintiéndome confusa sobre nuestra extraña relación. «Amigos con derechos» se quedaba bastante corto para definirnos, pero prefería no pensar en qué etiqueta se correspondía con aquello que hacíamos o sentíamos. Sus labios eran mullidos, suaves, y me besaban con calma. Incluso bebido, Lucas hacía que todo pareciera natural y sosegado.

Dejé de pensar en ello al incorporarme en la cama. Seguía llevando mis medias de red y había dormido con una camiseta vieja de mi hermano, que me iba unas cuatro tallas grande.
Sonreí de manera automática al imaginar a Guille maldiciendo por robarle su ropa.
Suspiré con pesadez y cerré los ojos con fuerza al notar mi cabeza a punto de estallar. Debí de beber en exceso anoche, pero parte de las horas se convertían en un borrón difícil de definir. Busqué mi móvil a tientas, en la oscuridad de mi habitación. No solía dejarlo muy lejos de mí, pero no ser consciente de cómo había vuelto a casa complicaba la tarea de recordar dónde lo

había dejado. Rebusqué entre las prendas de ropa amontonada que reposaban sobre mi escritorio, que también hacía función de mesita de noche y, entre camisetas arrugadas y miles de coleteros, lo encontré. Sonreí al encontrar un mensaje de voz de Elena.
«Tía… creo que mi hígado empieza a odiarme. ¿Cómo estás tú? Porque yo noto como si mi cabeza fuera a estallar de un momento a otro. Aun así, recuerda que hoy hemos quedado para concretar el plan de San Juan. Increíble… con esta resaca y ya estoy pensando en la próxima. ¿Crees que tengo un problema? Puede que lo tenga. El otro día, mi madre me hablaba de los peligros de las adicciones y…».
Reí ante su verborrea y no pude evitar pensar en cómo quería a aquella loca. Porque sí… Elena estaba loca. Una clase de locura sana que todos deberíamos experimentar en algún momento de nuestras vidas. Nos complementábamos a un nivel muy difícil de explicar, y me sentía muy afortunada por haberla encontrado en medio de todo aquel caos mental que parecía rodearme siempre.
Recordé cómo nos conocimos y no pude evitar sonreír, porque no podía haber sido de una manera más absurda que en una pelea en medio del instituto contra todos los chicos del último año que soltaron un comentario poco apropiado hacia mí. Cuando creía que tendría problemas en casa por haber sido expulsada en mi primer día, Elena acudió sin previo aviso lanzando patadas voladoras. Sí, tal y como parece. Y no pude contener la risa. Desde entonces, nos hicimos inseparables.

Anduve descalza por el pasillo hasta alcanzar la puerta del baño, donde me recibió un reflejo nada prometedor. Mi pelo había perdido sus ondas naturales y parecía el nido de una cigüeña, tenía los ojos hinchados y rojos, y una gran sombra negra cubría mis ojeras de una manera espeluznante. Me froté con ímpetu la cara hasta eliminar los últimos resquicios de maquillaje y me observé detenidamente. Mis ojos eran azul oscuro y parecían no tener vida, y mi expresión mostraba una frialdad que parecía perseguirme desde aquel día… Apreté los labios y cerré los ojos, incapaz de sostenerme la mirada. ¿Algún día se marcharía aquella sensación de vacío?
Salí del cuarto de baño y me fijé en que la habitación de Guille seguía cerrada, así que exhalé un profundo suspiro y me acerqué a la cocina, donde esperaba mi madre con ganas de recordarme lo mal que estaba llevando mi vida.

2 - Albert ha vuelto

Desde que era pequeña, siempre me había gustado desayunar un café con leche y tostadas con tomate. Mi madre, desesperada por intentar explicarme que no podía tomar cafeína, accedió a prepararme descafeinados, hasta que me rebelé de nuevo y conseguí mi objetivo. Creo que ese recuerdo definía bastante bien nuestra dinámica madre-hija. Ella intentando imponerme sus normas, yo saliéndome siempre con la mía. Muy a mi pesar, debía reconocer que muchas de esas victorias eran gracias a mi hermano Guille, que aprovechaba cualquier ocasión para apuntar que era una niña caprichosa y que ya aprendería con el tiempo. Aun así, eso me permitía conseguir lo que quería.

—Yo, de verdad, no sé qué he hecho mal contigo. Solo piensas en emborracharte, salir con tus amigos y patinar en esa tabla. No sé qué hacer contigo —murmuraba mientras cortaba las verduras con ímpetu.

—Es un monopatín, no una tabla —aclaré masticando con calma mi tostada.

—¿Eso es lo único que vas a decir? —espetó clavando una mirada fría en mí. Me encogí de hombros.

—Me gusta lo que hago.

—¡No haces nada!

—Por eso. —Una sonrisa de triunfo cruzó mi rostro.

Ella resopló con fuerza, exasperada. Yo seguí comiendo para evitar que me viera sonreír.

—¿Qué harás este verano? ¿Y el curso que viene? ¿Qué plan tienes? — preguntó mamá mientras cortaba el apio a la velocidad de la luz. Siempre me ensimismaba viéndola cocinar.

—Salir con sus amigos, emborracharse y patinar. No está capacitada para más —contestó Guille apareciendo en la cocina con una sonrisa.

Puse los ojos en blanco.

—Mucho mejor que desmontar coches y volverlos a montar —respondí con inquina mientras Guille se preparaba un café y le daba un beso a mi madre.

—Eso es ganarse la vida, idiota —respondió él dándome una colleja. Luego frunció el ceño al mirarme—. ¿Esa camiseta es mía?

—La tiraste. —Me encogí de hombros.

—Deja de robar mi ropa.

Sonreí por conocerle tan bien.

—Me sienta mejor a mí y lo sabes —murmuré con una sonrisa pícara. Él sacudió la cabeza.

Puse el plato y la taza en el fregadero, le di un beso a mi madre y salí corriendo de la cocina cuando, al darle una colleja a Guille, él hizo amago de seguirme.

Después de ducharme, me vestí con unas medias de red negras, unos vaqueros cortos y otra de las camisetas robadas a mi hermano. Me coloqué unas cuantas pulseras en mis muñecas y un choker negro de plástico fino. Una sonrisa traviesa ocupó mi cara cuando solo quedaba una cosa por hacer: robarle una camisa de cuadros a Guille.

Por desgracia, él era la persona que más me conocía en el mundo y adivinó mi próximo paso, por lo que tuve que robar la primera camisa que pude alcanzar, de cuadros naranjas y negros. Salí corriendo de casa, con el monopatín en la mano y riéndome de su expresión al intentar atraparme mientras me iba.

De camino al pub, la calidez del viento me hizo cerrar los ojos para disfrutar del aire puro. Vivir en La Roca Bruna siempre me había gustado. Lo sentía mi hogar, el lugar donde poder ser quien

realmente quisiera. Mi padre, que vivía en Badet, la ciudad más cercana, desde hacía años había intentado abrir su propio bufete de abogados entre sus calles, pero la baja población y la lejanía al centro neurálgico de negocios de la zona le habían imposibilitado el objetivo. Aun así, mi madre consiguió abrir su restaurante con éxito, La Tasca, un local con vistas al río Bru que captaba visitantes de todos los pueblos vecinos.

Las calles de La Roca, como se le solía llamar al pueblo de forma coloquial, eran adoquinadas y cuidadas, al más puro estilo montañés. Las casas y edificios locales no superaban los tres pisos, por lo que todo el pueblo gozaba de un encanto poco común en comparación a otros pueblos y ciudades más grandes que habían sucumbido a la modernización. Si bien su dimensión no era grande, no nos faltaba de nada. El pueblo se dividía en dos zonas bien avenidas, atravesadas por el río Bru. La parte más turística al este, donde se encontraba la totalidad de comercios y negocios (incluidos El Refugio, el pub de Omar, y La Tasca, el restaurante de mi madre), y la zona de viviendas al oeste, donde, además de mi casa, se hallaba el skatepark y el acceso al lago Bru, en el que desembocaba el río Bru, al sur. Todo era perfecto, un hogar seguro y natural donde crecer, y donde todos nos conocíamos. Un pueblo apacible, tranquilo y casi aburrido, en el que nunca pasaba nada.

Cuando llegué a El Refugio todos estaban ya allí, sentados en la terraza. Me recibió Lucas con una gran sonrisa, que se desvaneció pronto por el levantamiento de cejas de Adrián.

—¡Por fin! Llevamos horas aquí —gritó Elena al verme.

—Ni caso, acabamos de llegar —contestó Adrián con su sonrisa apacible.

Entré a saludar a Omar con un beso en la mejilla, y me acerqué al resto con mi botellín de cerveza en la mano. Besé la cabeza de Elena antes de dejarme caer en la silla libre a su lado.

—¿Tú también cerveza? ¡Es hora de vermut! —dijo ella devorando las patatas bravas que estaban sobre la mesa. Puse los ojos en blanco.

—Pero… ¿tú masticas al comer?

—¿Para qué? Mi cuerpo se encargará de triturarlo todo —contestó con la boca llena. Hugo sacudió la cabeza riéndose.

—¿Dónde guardas todo eso? —preguntó Lucas mientras se llevaba el botellín a la boca.

—Necesito comida para funcionar. Mi metabolismo es tan rápido que creo que, si no como cada hora, me acabará consumiendo hasta el alma —farfulló. Todos reímos con su exageración.

Elena comía mucho, muchísimo, pero apenas ganaba peso. Su constitución era delgada, lo que la incitaba a seguir comiendo con el fin de coger unos kilos más. «Quiero curvas, las mujeres con curvas son sexis», proclamaba a todo aquel que quisiera escucharla.

Sus ojos azules vivos nos recorrían a todos mientras hablaba, y sus rasgos aniñados se acentuaban cuando reía con ganas ante cada cosa que pasaba. Era un huracán de energía y aprovechaba cualquier ocasión para demostrarlo.

—San Juan —dijo Hugo llamando la atención de todos.

Nos miramos entre nosotros y una sonrisa traviesa empezó a adornar nuestras caras.

—Los de natación irán al lago, como cada año. Me han preguntado si nos uníamos a ellos —comentó Jordi.

Adrián y Lucas asintieron conformes, puesto que también los conocían, ya que formaban parte del club de natación del instituto.

—Vale, pero yo quiero mi propia hoguera —sentenció Elena bebiendo de su vaso de vermut negro.

Todos estuvimos de acuerdo y empezamos a organizarlo. Lucas, Hugo y Rocío se encargarían de comprar y traer la bebida y los hielos, por lo que hicimos un bote común. Yo llevaría comida

aprovechando las sobras del restaurante de mi madre, Adrián se encargaría de traer toallas para todos y Elena… Elena sería «el alma de la fiesta», palabras textuales.

Y así estábamos, riendo con ganas de su vitalidad desmedida, cuando su expresión cambió a la sorpresa absoluta. Todos volteamos la cabeza para averiguar qué había producido su cambio de humor, cuando mis padres se acercaron con una sonrisa. Papá solo venía los fines de semana, por lo que me levanté para recibirlo con un fuerte abrazo. La confusión de la reacción de Elena se evaporó cuando, todavía en los brazos de papá, miré quién los acompañaba y lo vi: Albert.
Estaba allí, con las manos en los bolsillos, una sonrisa contenida y la mirada clavada en mis ojos. Me separé de mi padre como si quemara, sin apartar la mirada de Albert, y me paralicé. Sus ojos oscuros me miraban con interés, mientras una sonrisa de medio lado me recordaba aquel chico que conocí tiempo atrás. Su mandíbula se marcaba de una forma tan definida que era difícil no fijarse en la simetría de su rostro. Estaba guapo, tremendamente atractivo. Una barba de dos días le cubría el mentón, tan bien recortada que era difícil no creer que era una persona muy diferente a la que yo conocí. Su apariencia reafirmaba esa idea. Un tejano oscuro y un jersey fino verde botella contorneaba su espalda que, si bien se intuía delgada, perfilaba sus músculos. Todo él parecía sacado de una revista, evocando la imagen de aquel chico desgarbado y alocado que un día fue.
Un sudor frío me recorrió la columna y me quedé bloqueada en el mismo sitio, sin apenas respirar. Elena acudió a mi rescate, pellizcándome el brazo para hacerme reaccionar, y saludó efusivamente a mis padres. Los García, los padres de Hugo, los acompañaban e hicieron las presentaciones con el resto de mis amigos. Miré a Elena, que se movía nerviosa dando besos a todos.
—Mira a quién nos hemos encontrado, Marina. Albert y Laura vienen a pasar el verano en el pueblo —dijo mi madre con alegría, acercando a la pareja a nuestra mesa.
Reparé entonces en Laura, la acompañante de Albert, una chica castaña, de piel perfecta y facciones finas que me sonreía avergonzada. Albert seguía mirándome, y yo seguía esforzándome por evitar toda esa tensión. El calor corporal no dejaba de subir. Los recuerdos se agolparon con tanta fuerza en mi mente que tuve que parpadear varias veces para tratar de actuar con normalidad. En un intento muy poco elegante de escapar, les dediqué una sonrisa tensa que debió de ser terrorífica, y me escabullí dentro del pub.
Antes de entrar, no pude evitar buscar con la mirada a mis amigos, que parecían confusos ante mi reacción. No podía escuchar nada más allá de mis furiosos latidos y mi respiración acelerada. Estaba en shock, oficialmente había perdido la cabeza. Era imposible haber imaginado esa situación.
¿Qué hacía Albert allí? Tres años. Habían pasado tres años desde que se fue y ahora estaba allí, con sus manos en los bolsillos, su acompañante perfecta y una expresión muy diferente a la que recordaba la última vez que nos vimos.
Intenté mantener la calma y recordar cómo debía andar sin parecer un robot, pero la inquietud que sentía dentro estaba nublando hasta mis sentidos. No podía ser, eso no me podía estar pasando. Mi vida había seguido, había conseguido sobreponerme a todo lo que implicó la marcha de Albert en mi vida. Era una niña, eso estaba más que olvidado. ¿Por qué, entonces, temblaba como una hoja?

3 - Bienvenido a casa, capullo

Omar me miraba confuso mientras yo intentaba controlar mi respiración apoyada en la barra de madera maciza. Mis dedos parecían tener vida propia, estirando mi cuero cabelludo hasta notar cierto dolor, pero yo seguía sin poder creer lo que acababa de pasar. Albert había vuelto.
Omar me sirvió un botellín de cerveza y bebí la mitad de su contenido sin respirar. Cuando levanté la cabeza, Albert estaba a mi lado, con la cabeza ladeada y recostado sobre la barra.
—¿Me has echado de menos? —dijo con una sonrisa de fingida inocencia. Su voz había cambiado, su expresión era diferente.
—¿De dónde sacas eso? —respondí, irguiéndome y aparentando tranquilidad.
—Lo dicen tus ojos.
Boqueé confundida ante su mirada. Él estudiaba cada gesto de mi cara y apreté los labios para mantener algo de dignidad. Su sonrisa se ensanchó, proclamándose vencedor, y respondí.
—¿Sabes qué no pueden decir mis ojos? —Me acerqué más a él y, durante una milésima de segundo, pareció confundido—. Déjame ser más gráfica para que, hasta tú, puedas entenderlo bien.
Deslicé las manos suavemente por la barra, intentando controlar el temblor traidor que se había instalado en mí y, sin dejar de mirarle, deslicé una mano hasta su rodilla. Esta vez, su sonrisa irónica perdió fuerza y frunció el ceño. Una sonrisa juguetona ocupó mi rostro y bajé la mirada coqueta, disfrutando vergonzosamente de su tacto bajo mis dedos. Noté la tensión en su cuerpo cuando deslicé mi mano por su muslo. Siguió con la mirada y con la respiración entrecortada el movimiento ascendente de mi mano. Palpé su brazo con las yemas de mis dedos, notando el tejido suave de su jersey fino, y mi sonrisa se hizo más amplia al ver su nuez viajar de arriba abajo. Mi mano se acercó a su nuca y él, en un acto involuntario, buscó el contacto con un ligero movimiento de cabeza. Fruncí el ceño durante un momento cuando cerró los ojos. Fueron menos de dos segundos, pero fueron suficientes para fijarme en varias cosas. Me fijé en su expresión relajada, dejando suspendida en el aire la duda de quiénes éramos entonces. Me fijé en su lengua humedeciendo su labio inferior, provocando una imitación involuntaria por mi parte. Me fijé también en sus labios, en lo carnosos que eran y lo suaves que parecían ser, y no pude apartar la mirada de ellos. Me sentí tan confundida con su reacción que la inquietante sensación de alivio que sentí al notar el crecimiento de su pelo bajo mis dedos me bloqueó durante un segundo. Subí la mano hacia la parte superior de su cabeza, despeinándole, y tiré de él. Abrió los ojos con pereza y me estudió con curiosidad. Tragué saliva con lentitud y, antes de ver cómo nacía de nuevo su sonrisa, alcé mi dedo corazón delante de su cara y sonreí de manera falsa. Él levantó las cejas.
—¿He sido suficientemente clara? —espeté con placer.
Albert se mordió el labio inferior para evitar una sonrisa y sacudió la cabeza, sin dejar de mirarme.
—Bienvenido a casa, capullo.
Él levantó la mirada y pude ver un brillo especial tras sus ojos, un brillo que me siguió mientras me alejaba hacia los demás con mi botellín en la mano y con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho.

Ya en la mesa, Lucas buscaba mi mirada y yo me esforzaba por evitarla. No quería pensar en aquello que pasaba en mi interior porque eso supondría que el regreso de Albert había tenido un efecto muy contradictorio a lo que me prometí que sería. Elena, por otro lado, se esforzó en

seguir bromeando con intensidad, pero sin poder evitar dedicarme su mirada interrogativa. Adrián y Elena parecían saber qué pasaba, pero agradecí que ninguno de ellos comentara nada abiertamente. Lucas me miraba de reojo, intentando llamar mi atención, sin éxito. Intenté concentrarme en la conversación y participar en ella.
—Solo digo que no puede ser muy difícil grabar madera cuando tienes… no sé, mil artilugios para ello —decía Elena.
—Cuando quieras, lo pruebas. Es un arte. No todo el mundo es capaz —le debatía Hugo con los ojos brillantes.
—Ni siquiera sé si tú eres capaz. Es más, en realidad, es casi divertido imaginarte sosteniendo un boli eléctrico haciendo agujeros en un trozo de madera para poner un «Bienvenido» —se mofaba Elena. Lucas se rio sin poder evitarlo. Ella le dedicó una sonrisa traviesa.
—¡No tenéis ni idea! Mi padre es el rey del grabado. Muchas de vuestras casas tienen un cartel de madera hecho por él —se defendía Hugo.
Lucas y Jordi se reían sin disimular, ganándose una mirada de desaprobación del aludido. Elena ponía los ojos en blanco. Sabía que solo le pinchaba para hacerle rabiar, y eso me hacía gracia.
Mientras la conversación seguía y todos parecían participar en ese debate, cogí mi teléfono y escribí un mensaje a Guille informándole de la vuelta de Albert. Mensaje que no obtuvo respuesta.

De vuelta a casa, todos mis amigos se despidieron excepto Elena, que cogió con fuerza mi brazo para alejarme del resto y me interrogó con la mirada.
—¿Sabías que iba a volver? —preguntó sin preámbulos. Puse los ojos en blanco.
—¿Cómo iba a saberlo? —respondí a la defensiva.
—No lo sé. Me parece extraño que, después de tres años, aparezca aquí, tan tranquilo, con su perfecta novia bajo el brazo y sin quitarte los ojos de encima.
La miré con los ojos muy abiertos.
—No me ha mirado —respondí no muy segura.
—Oh, ya lo creo que sí. He podido notar las malas vibras de Lucas a kilómetros.
Elena era la única que sabía de mi extraña relación con Lucas. La miré con expresión preocupada y ella levantó las cejas, dando fuerza a su argumento.
—Hablaré con Guille, quizá él sepa algo.
Ella resopló con dramatismo y me rodeó con su brazo.
—Al final no será un verano aburrido, después de todo —sentenció. Y yo apreté los labios.
De camino a casa, no podía evitar pensar en cómo me había alterado verle. Su marcha me había afectado tanto que tardé mucho tiempo en recuperarme, tiempo que Elena y Adrián aprovecharon para intentar animarme sin cesar de la única manera que sabían: fiestas, aventuras y travesuras.
Pero la pregunta que más ocupaba mi mente era… ¿por qué había vuelto? ¿Por qué ahora? ¿Qué había pasado para que se fuera? ¿Sabría algo Guille? La incertidumbre se acrecentaba y yo solo podía sentirme cada vez más perdida, recordando aquel sentimiento de desamparo que me rodeó con su marcha.
Y había vuelto acompañado. No podía ser hipócrita y fingir que esperaba que él no hubiera conseguido sentir por nadie lo que yo sentí por él, pero… me sentía traicionada. Y dolida. ¿Cómo había podido volver? Y, lo que más me incomodaba aun sin tener un sentido lógico, ¿cómo podía haber vuelto bajo el brazo de otra chica que no era yo?
Algo dentro de mí se rompió, pude sentirlo, y no sabía cómo iba a afrontar de nuevo toda aquella avalancha de sensaciones que se avecinaban.

4 - Albert

No esperaba verla en el primer momento. Esa era la verdad.
Cuando Laura me propuso salir a ver el pueblo justo al llegar, solo podía pensar en hacerla callar. Pero no podía dejar que ella sospechara. No podía dejar que ella supiera que la había traído a La Roca solo por no saber cómo decirle que no quería que viniera conmigo a mi pueblo, a mis orígenes. A todo lo que dejé atrás.
Aun así, encontrarme con los Clavel justo al salir de casa no era algo que no imaginara, precisamente. Fueron mis vecinos durante años, y la puerta de mi casa daba justo a la puerta de la suya, con una separación de pocos metros para el pasillo que unía la escalera a la terraza superior y el ascensor.
—¡Dios mío, Albert! —gritó Lorena Clavel, la madre de Guille.
No pude hacer otra cosa que sonreír al recordarla tantas tardes de mi pasado en casa, charlando animadamente con mi madre. Recibí su abrazo con familiaridad, como tantas veces había ocurrido años atrás, y no pude evitar presentarles a Laura.
Durante un largo rato, ambas estuvieron hablando sobre nuestro objetivo de pasar las vacaciones de verano aquí, y yo apenas podía sostener el cariño que emanaba de la mirada de la señora Clavel. Todo me recordaba a lo que había sido, a lo que perdí. Y no soportaba ver esa mirada maternal de Lorena. Empezaba a plantearme que mi vuelta no había sido la mejor idea, pero debía ser consecuente con mis actos. Durante todo el tiempo que me mantuve alejado, todo giraba en torno a esa idea, y no podía echarlo a perder ahora.
Cuando nos propusieron ir a tomar algo para ponernos al día, sabía que Laura tomaría la iniciativa para hacerlo, así que me dejé llevar. Ni siquiera lo pensé. Recorrer de nuevo esas calles, recordar de nuevo todas aquellas sensaciones que, de niño, siempre me habían hecho sentir bien, fue muy extraño, casi fuera de lugar. Pero finalmente llegamos al antiguo bar de los Fernández, el que ahora tenía un gran cartel azul con la inscripción El Refugio justo en la entrada, y la vi. Joder, si la vi. Estaba rodeada de sus amigos, y no pude evitar tragar saliva con disimulo. ¿Cómo reaccionaría al verme? Sentí vértigo, y una extraña mezcla entre emoción y rencor muy difícil de explicar. Tantos años alejados, y ahora lo único que podía ver era su larga cabellera ondulada pelirroja oscura, su nariz fina que contrastaba con sus labios gruesos, y esa expresión de felicidad al abrazar a su padre. Pero me vio, y las pequeñas marcas de expresión que aparecían en sus ojos dejaron paso a un rostro inexpresivo y contenido que confirmaron que no esperaba verme, que no le había gustado en absoluto encontrarme allí. Le dediqué mi sonrisa más tensa al comprobar cómo cada terminación de su cuerpo parecía contraerse ante mi presencia, y soltó a su padre como si quemara.
Había cambiado mucho. Poco quedaba de esa niña que me sonreía con timidez tiempo atrás, ahora solo podía vislumbrar frialdad y una actitud muy reticente a cualquier situación que se salía de su control. Y eso mismo era yo para ella en ese momento: algo que se salía de su control.
No puedo negar que gocé al ver cómo un pequeño tembleque se apoderaba de sus manos y ella, al notarlo, las escondió rápidamente tras su espalda. Antes de desaparecer, llevó su atención a la mesa de la que se había levantado, donde vi más de una mirada poco amigable. Les sonreí con chulería, sintiéndome muy por encima de ellos.
Lorena y Laura no dejaron de parlotear mientras buscábamos una mesa en la que sentarnos y, cuando lo hicieron, me disculpé para ir al baño.
Aunque estaba claro que mi intención no era ir hacia allí.
La vi de espaldas, con esas medias de rejilla y esa camiseta grande que apenas le cubría los

muslos. Me jugaba la mano derecha a que la camisa de cuadros naranja y negro que llevaba era de su hermano, y me acerqué mientras parecía muy concentrada en beberse un botellín de cerveza de un trago.
Creo que no notó el rubor en sus mejillas mientras me hablaba, y tampoco fue consciente del temblor que le recorría las manos mientras me acariciaba. Pero yo pude notarlo todo. Su fingida actitud segura, su descarado coqueteo para disimular que mi presencia la había perturbado, su necesidad apenas disimulada por mantener el control en una situación en la que era imposible tenerlo. Porque yo sabía bien lo que hacía, y pude confirmar lo que todavía podía generar en ella.
—Bienvenido a casa, capullo —dijo con la boquita pequeña, aparentando una seguridad que estaba claro que no sentía.
Sus labios mullidos parecían llamarme, sus ojos seguían expresando esas ganas de vivir que expresaban entonces. Lo notaba en cada poro de su piel. Marina no me había olvidado, y eso me reconfortaba.

De camino a casa, Laura no paró de hablar sobre lo bien que le habían caído nuestros vecinos y las ganas que tenía de conocer más a Marina y a su hermano. Lorena le había explicado que, años atrás, Guille y yo habíamos sido inseparables, y la curiosidad de Laura fue en aumento. Me parecía insoportable la necesidad de mi novia por caer bien a todo el mundo, pero poco podía decir al respecto. Ella seguía con su objetivo de hacer de este verano una época en la que solucionar todas nuestras mierdas y sentirnos más unidos que nunca. Y yo me sentía anclado a ella de una manera muy difícil de determinar.
Cuando decidí marcharme de La Roca Bruna, mi situación era tan lamentable que pensé que nunca llegaría a superarlo, pero, poco a poco y con ayuda de mi primo, todo fue a mejor. La esperanza se abrió camino en mí como un río rebosando de su cauce, y todo empezó a cobrar sentido con «la idea». Esa idea que forjó mi manera de ver la vida, que me dio un motivo por el que seguir adelante. Esa idea por la que había vuelto.
Laura apareció por casualidad, y se quedó por el mismo motivo por el que muchos se habían alejado. No hacía preguntas, asumía quién era sin ver más allá. Nada podría distraerme de mi plan.

5 - El inicio de la sospecha

La mañana siguiente, mi madre seguía queriendo ahondar en mis perspectivas de futuro, lo que ocasionó otra discusión que terminó con Guille apuntando a la evidencia de que seguía igual de perdida que al comenzar la ESO. Sabía que debía tomar una decisión para mi futuro, pero las continuas insistencias de mi madre y el malicioso tono que usaba Guille para referirse a mi falta de talento me bloqueaban, a la vez que me animaban a reafirmarme en mi decisión de no querer pararme a pensar.

—Cocinar te gusta, Marina, y se te da bien. ¿Por qué no te apuntas ya a la Escuela de Cocina? —insistió mamá ante la mirada divertida de Guille.

Puse los ojos en blanco.

—Tengo tiempo todavía para tomar una decisión —zanjé malhumorada.

—Sí, toda una vida —se mofó Guille.

Atrapó el trozo de tostada que le lancé al vuelo y me dedicó una sonrisa maligna.

—¡Que te den! —espeté enfadada, levantándome.

—¡Esa boca! —gritó mi madre.

—¡La que me has dado!

Corrí a la habitación de Guille y cogí su camisa favorita, de cuadros rojos y negros. Antes de salir dudé, pero finalmente tiré un par de prendas al suelo y las pisé, en un ataque de histeria adolescente.

Salí de casa patinando, sintiendo la brisa ya cálida de media mañana y notando los adoquines bajo las ruedas. Lucas me esperaba dos calles más abajo, con sus pantalones cortos oscuros de algodón y una sudadera ancha de color verde lavado. Para comérselo. Me saludó con su habitual abrazo de oso y nos dirigimos juntos al *skatepark*.

Después de probar unos saltos al más puro estilo Z-Boys, nos sentamos en el suelo de hormigón mientras esperábamos al resto del grupo. Lucas me miraba de reojo, sonriendo tímidamente cuando nuestras miradas se cruzaban, y podía notar cómo abría y cerraba la boca, buscando el momento para decirme algo.

—¿Qué pasa? —dije jugueteando con sus dedos. Él cogió aire y me miró.

—Eh… nada. Solo… ¿Albert era ese amigo de Guille que se marchó hace tiempo? —dijo por fin. Mi cuerpo se tensó al instante y lo miré entornando los ojos.

—Sí —respondí secamente.

—Ya… Bueno, noté algo raro.

—¿Raro cómo?

—No sé… ¿él y tú…?

—¿Ahora eres celoso? —espeté, tratando de evitar cualquier frase que nos tuviera a Albert y a mí de protagonistas.

—No, claro que no. Solo… no sé. Noté algo extraño entre vosotros, y me preguntaba… —dijo inseguro, lanzándome una mirada fugaz sin soltar mis dedos.

—No esperaba verlo. Es todo —zanjé, soltando su mano.

Noté su confusión sin mirarle y, para evitar seguir con esa conversación, me levanté, cogí el monopatín y seguí probando saltos y haciendo movimientos verticales en el bowl. Nos mantuvimos en silencio hasta escuchar los gritos de Elena, que ondeaba los brazos con exageración en el aire para saludarnos. Ambos sonreímos al verla. Hugo, a su lado, probaba saltos ante la atenta mirada de Adrián y Jordi.

—Qué románticos estáis, chicos —se mofó Hugo, señalándonos con el dedo. Lucas levantó

una ceja.

—Le estaba enseñando el salto que intentabas. Te aseguro que ella lo hace mejor que tú —respondió Lucas divertido, empujándolo.

—Eso habrá que verlo —dijo tirante Hugo mientras se acercaba a nosotros.

Hugo, tras esa apariencia de chico malo y esa cara de niño que se esforzaba en disimular, era muy orgulloso. La indirecta de Lucas, al dar a entender que no era bueno en algo, le llevó a esforzarse al máximo por demostrar que estaba equivocado, aunque no fuera así en absoluto. Su carácter obstinado era uno de sus principales atractivos, junto con su habilidad para crear de todo momento algo memorable.

Llevaba unos vaqueros rasgados y una camiseta básica blanca, cubierta por una cazadora de cuero que parecía muy usada y le daba la apariencia de un viejo rockero trasnochado con muchas anécdotas que contar. Sus rasgos aniñados no acompañaban su aspecto, destacados por una nariz pequeña y respingona y un manto de pecas que cubría su rostro y eran objeto de muchas burlas.

Durante un buen rato, estuvimos compitiendo por ver quién era el mejor. Lucas y Adrián eran, sin duda, los que más nivel tenían, pero no por ello el resto nos dejábamos amilanar. Hugo era el más competitivo de nosotros, por lo que Elena y yo nos divertíamos restando mérito a todo lo que hacía, comparándolo con el resto. Jordi, por otro lado, usaba patines, por lo que nos enseñaba diferentes saltos aprovechando la estructura del *skatepark*.

Jordi tenía un estilo particular en todo lo que hacía. Desde que éramos pequeños, fue uno de los mejores nadadores de nuestro instituto, y su actitud rebelde junto a ese talento innato por la competición traía de cabeza a varias de nuestras compañeras de curso. Su apariencia no se quedaba atrás, pues a principios de bachillerato decidió raparse la cabeza, porque aseguraba que su éxito no tenía nada que ver con su aspecto. Sus rasgos eran marcados. Unas cejas prominentes contorneaban sus enormes ojos marrones, sobre una nariz grande que le daba mucha personalidad y unos labios anchos y gruesos que muchas habían podido probar. Muchas veces su aspecto de seductor había sido motivo de mofa en nuestro grupo, pero Elena, Rocío y yo teníamos claro que nuestros amigos sentían envidia de la seguridad con la que Jordi afrontaba cualquier situación.

Elena y yo decidimos dejar a Hugo, Lucas y Adrián competir, mientras nosotras intentábamos copiar los movimientos de Jordi. Justo en el momento en que yo intentaba unas piruetas que nos enseñaba, una voz femenina me saludó y perdí el control del monopatín, cayendo y rodando por encima del cemento. Lucas corrió a ayudarme, y yo seguí la mirada de Elena hacia la voz que me había saludado.

—¡Perdóname, Marina! ¿Estás bien? Te he visto de lejos y… —Laura se acercó corriendo a mi posición. Le dediqué una mueca parecida a una sonrisa.

—Tranquila, estoy bien.

—Apenas nos hemos visto desde que estoy aquí, así que he pensado que podríamos tomar algo un día y hablar —dijo ella con alegría. Albert estaba a su lado, sonriendo de medio lado y mirándome fijamente. Apreté los dientes.

—¿Hablar de qué? —espeté enfadada. Ella palideció y miró a Albert de reojo, cortada. Este apretó los labios tratando de no reír.

—Bueno… Conocernos, ya sabes. Hablar de todo un poco, y de nada en concreto… —seguía hablando nerviosa.

—Claro, Laura. Cuando quieras —atajó Elena con una espléndida sonrisa. Laura soltó el aire, más tranquila. Luego se removió inquieta y alcanzó su móvil del bolsillo.

—Perdonad, tengo que responder —dijo al tiempo que se llevaba el teléfono a la oreja y se

alejaba.

Mis amigos retomaron sus prácticas en monopatín y Elena, nerviosa, cogió a Lucas con la excusa de preguntarle una de las técnicas que usaba. Él me miró con los ojos entornados antes de alejarse.

Apreté los dientes mientras Albert me escrutaba.

—¿Ahora me sigues? —murmuré, mirando de reojo a mis amigos para asegurarme de que no escuchaban nada. Él amplió su sonrisa en una postura relajada. Resoplé—. No sé por qué has vuelto, pero aquí nadie te ha echado de menos.

—¿Segura? —dijo levantando las cejas. Apreté los labios.

—Segurísima. ¿Por qué Guille ni siquiera te ha mencionado? Tan amigos que erais.

Albert mostró sus dientes alineados en una sonrisa increíble, y se alejó.

Vi cómo se reunía con Laura con un nudo en el estómago y la sensación de que la situación se volvía cada vez más extraña. ¿Qué pasaba entre Albert y Guille?

6 - Más cerca, más tenso

Volví a casa pensando todavía en esa sonrisa que Albert me había dedicado al mencionar a Guille. Estaba claro que algo había pasado entre ellos durante esos años que se habían alejado, pero… ¿qué era?

Después de comer, decidí saciar mi curiosidad fingiendo devolverle la camisa a mi hermano. Él estaba recostado en la cama, con el móvil en la mano y los auriculares puestos. Se oía el murmullo de la música estridente que escuchaba y levanté una ceja.

—Te quedarás sordo si sigues escuchando música a ese volumen.

Él sonrió divertido y se incorporó quitándose los cascos. Levantó las cejas al ver la camisa que tenía entre las manos.

—Era nueva —dijo con desgana.

—Y me queda genial —respondí con una sonrisa de medio lado.

Resopló y me la quitó de las manos.

—Hoy he visto a Albert —dije. Él asintió sin entender—. ¿Habéis hablado?

—No.

—¿Por qué?

—¿Por qué deberíamos hacerlo? —Me miró con curiosidad. Noté entonces la tensión en su cuello.

—¿Y por qué no? Erais amigos.

—¿Ahora eres mamá pidiendo explicaciones?

—¿Por qué te enfadas? ¿Ha pasado algo? —pregunté adoptando su misma actitud.

Volvió a tumbarse en la cama y se colocó de nuevo los auriculares.

—Cierra al salir.

Confundida por su reacción, volví a mi habitación enfadada. Escribí un mensaje a Elena para vernos en el parque de debajo de mi casa y, así, poder explicarle mis sospechas. Algo estaba pasando entre ellos dos y quería encontrar la respuesta a esa pregunta cuanto antes.

Me cambié de ropa con calma mientras reflexionaba sobre la extraña reacción que Guille acababa de tener. Me puse una camiseta negra, unas medias finas y unos tejanos cortos con cinturón. Metí el bajo de la camiseta por el pantalón y, para terminar, me puse mis botas militares, que até con diligencia mientras mordía mi labio inferior. ¿Qué podía haber sucedido entre ellos dos para pasar de ser mejores amigos a unos completos desconocidos? ¿Qué había provocado que Guille reaccionara a la defensiva ante una simple pregunta? La inquietud aumentaba mientras recogía mi cabello en un moño despeinado en lo alto de mi cabeza. Deshice unos cuantos mechones del recogido, cogí el móvil, la cartera y las llaves de casa, y me fui.

Al salir, cerré con llave, puesto que la puerta de entrada era vieja y se abría con facilidad. Cuando me giré, Albert me miraba desde su puerta con una sonrisa irónica. Mi calor corporal aumentó unas décimas y, de los nervios, las llaves se resbalaron de entre mis dedos. Cuando levanté la mirada, Albert sonreía con la cabeza ladeada, un gesto que ya parecía propio de él.

—¿Ahora también te haces el encontradizo? —espeté malhumorada.

Albert amplió su enigmática sonrisa y un sudor frío me recorrió la espalda. Se acercó a mí despacio mientras notaba cada músculo de mi cuerpo tensarse. Acarició el mechón que había soltado de mi recogido y, en un acto reflejo, aparté su mano con un manotazo. Él levantó las cejas.

—¿Qué haces? —dije, odiando haber sonado menos segura de lo que quería.

—Lo que me pides.

—Pero… ¿qué dices?

Albert señaló mis ojos con su dedo índice.

—Lo piden a gritos —murmuró, intentando controlar una sonrisa.

Intenté respirar con normalidad, fingiendo tranquilidad.

—¿Y qué piden? —le reté, entornando los ojos con evidente mal humor.

—Que te toque —respondió tranquilamente.

Parpadeé confundida e intenté controlar el nerviosismo que se hacía fuerte contra mi voluntad. Cogí aire.

—¿Sabes qué piden en realidad? Que te largues otra vez. Supongo que la experiencia te ayudará a no perderte en el camino de salida.

Él levantó las cejas y, sorprendiéndome, se carcajeó. Sus ojos dejaron de mirarme durante un segundo mientras reía, momento que aproveché para soltar el aire que su proximidad me hacía contener.

—Así que es eso —dijo divertido.

—No te entiendo.

—Estás enfadada porque me fui.

Su mirada fue mucho más intensa entonces, dejándome más desconcertada.

—Estás chalado —murmuré, apartando la mirada e intentando alejarme de él.

Fue entonces cuando me rodeó contra la pared, al lado de la puerta de mi casa. Volvió a alargar su mano para recogerme el mechón rebelde que amenazaba con meterse en mi ojo y allí, con su boca a escasos milímetros de la mía, susurró.

—Te pido perdón.

Alcé los ojos y nuestras miradas conectaron. Ambos turnábamos la mirada de un ojo a otro, intentando comprender aquello que estaba pasando. Me sentí desorientada, no entendía cómo su proximidad podía provocarme tanto nerviosismo. Cogí aire con lentitud, aspirado a través de sus labios y él suspiró levemente, acercándose. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué era aquello que estaba sintiendo? Cuando noté sus labios acariciar los míos, le empujé y me fui, no sin antes vislumbrar que una sonrisa tremendamente irresistible nacía en sus labios.

Anduve con paso firme rodeando el bloque de pisos en el que vivíamos, con un tembleque en las manos por lo que había pasado hacía menos de un minuto. Un nudo en la garganta impedía que pudiera respirar con normalidad, por lo que tragué con fuerza para intentar sobreponerme. Vi a Elena sentada en un banco, acompañada por Hugo y levanté las cejas. Cuando llegué, ella estaba nerviosa y él sonreía abiertamente.

—Vaya, vaya… —fue lo único que pude decir, mirándolos a ambos con una sonrisa perpleja.

Ella se puso colorada y se tapó la cara con las manos. Hugo, por el contrario, rio con naturalidad.

—Parece que Lucas y tú no sois los únicos con secretos en el grupo.

Abrí mucho los ojos al girarme hacia Elena, que parecía avergonzada.

—¡Tía, se lo has dicho! —grité.

—Lo siento, lo siento, lo siento… —dijo ella, todavía escondida entre sus manos.

Hugo se carcajeó y no pude evitar imitarle, dejándome rodear por su brazo.

No podía negar que Elena y Hugo hacían buena pareja. Ambos sentían y vivían la vida de una manera intensa, y eso generaba que estar con ellos siempre fuera una experiencia impredecible y emocionante. Probablemente era una cuestión de tiempo que decidieran que no era una mala idea llevar su amistad un paso más allá, como hicimos Lucas y yo un año atrás.

—Lo más extraño de todo es que Adrián no sepa esto que pasa entre vosotros —me mofé.

—Puede que lo sepa. —Hugo se encogió de hombros, realmente poco interesado en mantener aquello en secreto. Elena se cubrió la cara con sus manos de nuevo.

—Solo espero que no me pregunte directamente. No sé cómo podría reaccionar si eso pasa —respondió Elena con la voz amortiguada por sus manos.

Yo reí con ganas imaginándome la situación, y Hugo pareció entenderme a la perfección.

Elena, si bien se caracterizaba por una impulsividad y espontaneidad muy propias de Hugo, era una persona tremendamente tímida. Era uno de esos contrastes de personalidad lo que la hacían tan adorable.

Poco después, los tres empezamos a andar hacia El Refugio sin dejar de bromear sobre las posibles reacciones que tendría Elena ante esa situación.

7 - El refugio

Cuando llegamos al *pub*, Lucas, Adrián, Jordi y Rocío ya nos esperaban allí. Omar estaba sentado con ellos aprovechando el ambiente tranquilo del local, así que me animé a servirnos las cervezas. Todos se rieron de mi poca destreza con el abrebotellas, así que les enseñé el dedo corazón una vez me acerqué a la mesa con los botellines en la mano.

La noticia de la relación secreta entre Elena y Hugo había conseguido calmar mis nervios sobre la situación vivida con Albert, pero, aun así, sentía la necesidad de explicarle a Elena mis sospechas respecto a él y mi hermano. Para amenizar el ambiente, propuse jugar al futbolín y la sugerencia, como esperaba, tuvo muy buena acogida. Nos posicionamos con los grupos habituales: Hugo y Jordi, Lucas y Elena, y Adrián y yo. Rocío se encargaba siempre del contador porque, según sus propias palabras, «le parecía un juego de carente interés». La dulce artista.

Mientras jugamos, noté la mirada interrogativa de Lucas, pero me afané en esquivarla con una gran dosis de intensidad en el juego. Incluso Elena me dedicó miradas confusas por mi habitual falta de desgana. Pero fue Adrián quien habló.

—¿Qué pasa, Marina? Pareces muy interesada en hablar sobre algo y, la verdad, me está inquietando tu reciente vitalidad —dijo mientras seguía concentrado en la pelota—. ¡Gol!

Hugo resopló con su habitual intolerancia a perder mientras los demás rieron y Adrián y yo celebramos la victoria una vez más.

Cuando nos sentamos, todos me miraron expectantes y resoplé.

—Algo pasa entre Albert y Guille —sentencié. Todos fruncieron el ceño—. Hoy le he preguntado directamente a Guille y se ha puesto a la defensiva. Algo pasa y no entiendo qué es.

—¿Qué quieres decir? ¿No han hablado desde que Albert volvió? —preguntó Adrián, confundido.

Años atrás, cuando Albert todavía estaba en La Roca, mi grupo de amigos solo se formaba por Elena y Adrián, por lo que ellos fueron los únicos que vivieron la amistad de Guille y Albert, los inicios de mi enamoramiento y cómo me afectó su marcha.

Aun así, no era ningún secreto la existencia de Albert en aquel pueblo y, con el tiempo, todos acabaron sabiendo parte de la historia. La parte concerniente a la amistad que lo unía con mi hermano y su grupo de amigos.

—No. Guille ni siquiera quiere saber nada del tema.

—¿Y Albert? Quiero decir… después de tanto tiempo… ¿por qué ha vuelto? —preguntó Elena realmente interesada. Encogí los hombros con evidente confusión.

—Quizá… quizá ha pasado algo, algo que provocó que se enfadaran —dijo pensativo Adrián.

—Puede ser, pero… ¿por qué su reacción? — pregunté.

Rocío y Elena encogieron los hombros.

—¿Dónde ha estado todo este tiempo Albert? —quiso saber Hugo.

—No lo sé. Solo sé que… está diferente. Muy diferente.

Lucas frunció el ceño y apartó la mirada. Elena, que lo había visto, habló.

—Bueno, han pasado tres años. Me preocuparía más si estuviera igual que antes —zanjó.

Después de eso, Omar se acercó a invitarnos a otra ronda y bromeó sobre la posibilidad de montar noches temáticas para conseguir dinero. Todos reímos y aportamos nuestras ideas, excepto Lucas, que se mantuvo al margen. Hugo se levantó para fumar un cigarrillo y, después de sonreír maliciosamente a Elena, le seguí hacia fuera.

—Qué calladito lo teníais —le piqué con una sonrisa. Él puso los ojos en blanco y me pasó el cigarrillo. Le di un par de caladas y se lo devolví.

—Pues como Lucas y tú —sentenció entre risas—. ¿Hace mucho?

—Un año, más o menos —confesé sin mirarle.

—Tendría que haberlo supuesto. Siempre está muy… atento.

Reí mientras le empujaba. Él me rodeó con su brazo cariñosamente.

—¿Y vosotros?

—Hará unos meses que la cosa fue… a más —dijo mientras daba una calada.

—Siempre has tenido especial predilección por Elena. —Reí. Él sacudió la cabeza.

—En realidad pensé que tendría algo contigo, pero ya sabes… robarle la chica a un amigo no es lo mío —bromeó.

Ambos nos tronchamos cuando golpeé su brazo y seguimos compartiendo cigarrillo.

Sus padres y los míos siempre habían sido muy amigos, así que nos conocíamos casi desde antes de nacer. Hugo pasó un tiempo en la ciudad antes de que, por motivos laborales, sus padres volvieran a La Roca Bruna. Cuando volvió al pueblo, un par de años atrás, no se lo tomó demasiado bien, pero se apoyó mucho en el grupo y consiguió formar un vínculo fuerte con todos. Desde entonces, siempre había manifestado su voluntad por volver a la ciudad, Badet, siendo apoyado solo por Rocío, que vivía y estudiaba allí.

—Así que Albert… —murmuró Hugo con su media sonrisa. Suspiré pesadamente.

—Elena no sabe mantener el pico cerrado, ¿verdad?

Me sorprendió entonces su risa y me giré a mirarlo.

—Ella no me ha dicho nada, Marina, pero hay que estar ciego para no saber que algo pasa.

—¿A qué te refieres? —pregunté tensa.

—Vamos… —se mofó—. Un misterioso amigo de tu hermano que se marchó hace años, y que consigue con su vuelta hacerte parecer una niña temblorosa.

—Pero ¿qué dices? —espeté, malhumorada. Él rio con ganas.

—Solo espero que seas sincera con Lucas.

Tragué saliva ante su mención, y él apretó los labios intentando evitar una sonrisa.

—No le digas nada, Hugo.

Mi amigo levantó las cejas, sorprendido.

—¿Qué es lo que no debería decirle? —Me miró con interés esa vez. Me removí inquieta.

—Nada, porque no hay nada que contar. Eso fue hace mucho tiempo —dije intentando sonar segura. Por su expresión, no sé si realmente lo conseguí.

—Ya.

Al ver mi incomodidad, Hugo consiguió reconducir la conversación y destensar el ambiente, proponiéndome una escapada a la ciudad con todo el grupo. Yo reí ante su repentina ilusión por hacer planes en Badet, y él asumía mis burlas sobre su alma de «chico de ciudad» con dignidad y humor.

Cuando por fin acabamos de fumarnos su cigarrillo llegaron dos chicos altos, de espalda ancha y facciones duras, con cazadora de cuero. Hugo los miró tenso y su reacción me alertó. Nos mantuvimos en silencio hasta que ellos entraron y, entonces, Hugo se movió para volver con los demás.

En la mesa, Lucas hablaba sobre Perú y unos voluntariados que habían llamado su atención. Todos debatían sobre los beneficios de aprender a crear su propio alimento, sobre la construcción y reparación de escuelas en países del tercer mundo y sobre el cuidado y protección de animales en su hábitat natural. Yo los miraba confusa y, debía admitirlo, un poco molesta de que todos animaran a Lucas a viajar miles de kilómetros para alejarse de todos nosotros. Él parecía muy interesado en todos esos debates, por lo que me levanté y me acerqué a la barra para hablar con

Omar. Este me esperaba con un botellín frío y me miraba con una sonrisa divertida.

—Has tardado mucho en venir —dijo acercándome la cerveza. Le di un trago sin apartar mis ojos de él.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, el debate de «Lucas yéndose lejos durante un tiempo indefinido» imagino que no es ideal para ti —comentó él. Yo fruncí el ceño y él ondeó su mano en el aire, quitándole importancia—. Lo sé todo, Marina, no sois muy disimulados cuando bebéis.

Puse los ojos en blanco y reí avergonzada de saber que no éramos tan discretos como creíamos.

—Todos parecen tener bastante claro lo que harán en septiembre. ¿Qué hay de ti?

—Creo que seguiré saqueándote cervezas a precio de mayorista —sentencié divertida. Él me dedicó una mueca.

—Siempre podría añadir una cocina al local —dijo con las cejas levantadas.

—¿Qué os ha dado a todos con intentar que estudie cocina?

Él sonrió con ternura y se giró a atender a un grupo de gente que acababa de llegar. Mientras miraba a mis amigos hablar con ímpetu del voluntariado de Lucas, algo llamó mi atención. Los dos chicos con la cazadora de cuero que habían entrado minutos antes estaban al otro lado de la barra. Uno de ellos bebía de su botellín distraído, mientras el otro me miraba con una sonrisa enigmática. Un sudor frío me recorrió la espalda cuando el chico ladeó la cabeza con interés al comprobar que yo también lo miraba, y me escabullí a la mesa con el resto.

8 - Comida en casa

Guille se reía de mí mientras mamá intentaba convencerme para apuntarme a la Escuela de Cocina. La rutina de cada mañana. Yo resoplaba con fuerza, intentando hacerles entender lo cansada que estaba de su insistencia, pero nada surtía efecto. Mamá, que era la chef de su propio restaurante, intentaba convencerme de que la decisión más acertada para mí era seguir con el negocio familiar. Yo lo único que quería era salir con mis amigos y patinar el resto de mis días, no tenía aspiraciones para más.

—Vale, ya me callo. Solo intento hacerte entrar en razón, hija —dijo, cansada cuando comprobó que no daría mi brazo a torcer tras sus insistencias. Luego sonrió y Guille y yo nos miramos confundidos—. Hoy, aprovechando que no abro La Tasca, tenemos planes. Los tres.

—¿Qué planes? —inquirió Guille.

—He invitado a Albert y a su chica a comer.

De la sorpresa, un trozo de tostada se atravesó y empecé a toser con fuerza, a la vez que Guille escupía su café con leche sobre la mesa. Mi madre nos miró con las cejas levantadas y nosotros, cuando recuperamos la respiración, nos tensamos.

—¿Y eso por qué? —pregunté.

—Tengo cosas que hacer —dijo mi hermano, malhumorado.

—Porque hacía años que no veía a Albert, y su novia me parece encantadora —se justificó mamá. Guille resopló.

—¿Y qué planes tienes más importantes que ponerte al día con Albert, Guille? —pregunté maliciosamente. Él clavó su gélida mirada en mí y yo luché por no hacerme pequeña.

—Eso digo yo —quiso saber mamá—. Puede venir Clara, si es lo que te preocupa.

Sonreí triunfal ante la mención de su novia. Cuando Guille quería evitar una situación que le incomodaba, usaba a Clara como excusa. Esta vez, si yo tenía que pasar por aquello, él lo haría conmigo. Guille gruñó.

—No, no vendrá Clara —afirmó mientras se levantaba.

—Pues no tardarán mucho en llegar. Marina, hija, ayúdame con esto.

Mamá me acercó un bol con patatas para pelar, y una mezcla de picado de carne con nata y verduras para rellenar unas tartaletas. Yo lo cogí de buen grado viendo la mueca de Guille y empecé a rellenar los huecos del hojaldre con la mezcla de pollo. Mi hermano protestó un rato más sobre la poca libertad que le daba mamá, y yo reía paladeando el momento.

—Hoy es San Juan, mamá. Vamos a ir al lago, y dejé preparada en la nevera la comida del restaurante que trajiste el otro día.

Mi madre asintió varias veces con la cabeza, demostrando así que no recordaba qué día era, pero agradecí que no se opusiera.

—¿A qué hora te vas? —preguntó distraída, sin dejar de moverse por la cocina.

—Justo después de comer.

—San Juan se celebra por la noche, Marina —me pinchó Guille levantándose de la mesa. Apreté los dientes intentando controlar la rabia.

—Bueno, realmente Albert era amigo tuyo, así que prefiero dejar que recuperéis el tiempo perdido sin molestar.

Un gruñido contenido de la garganta de mi hermano me hizo sonreír con superioridad, escudándome en la tarea que estaba haciendo.

Una vez peladas las patatas, las puse en una olla a hervir mientras mamá y Guille se preparaban en sus habitaciones. Cuando estaba acabando el relleno, mi hermano apareció en la

cocina con los brazos cruzados y una mirada furibunda. Yo reí sin poder evitarlo.

—¿Qué coño haces? —masculló en un tono bajo, para evitar que mamá nos escuchara. Yo me encaré.

—¿Qué coño haces tú? ¿Cuál es tu problema con Albert? —le reté, en el mismo tono.

Estuvimos mirándonos durante unos segundos completamente absortos en nuestra lucha de miradas cuando sonó el timbre. Mamá corrió a abrir la puerta.

—¡Hola! Cómo me alegro de veros. Pasad, pasad, están en la cocina. —Escuché que decía mi madre.

Cuando aparecieron Albert y Laura, Guille gruñó y se alejó rápidamente. Yo aparté la mirada hacia la olla hirviendo. Mi madre, confundida por nuestras reacciones, animó a Laura a dejar su chaqueta y la llevó hacia el salón. Albert me sonreía desde la puerta de la cocina.

El nerviosismo que me producía la presencia de Albert, muy a mi pesar, se acentuó, haciendo que varias tartaletas se escaparan de mis dedos y cayeran al suelo. Miré por el rabillo del ojo a Albert, que sonreía condescendiente.

—¿Nerviosa? —murmuró divertido.

—¿Debería? —respondí sin pensar. Levantó las cejas sorprendido y aproveché para acercarme a él—. ¿Por qué has vuelto?

—Para enseñarle a Laura el lugar donde me crie.

Una pedorreta se escapó de mis labios cuando intenté controlar la risa, él mostró una sonrisa fugaz y me sonrojé.

—¿Y qué opina de que siempre estés detrás de mí?

Esta vez el comentario provocó una carcajada por su parte, hecho que me produjo una explosión de burbujas en la barriga. Probablemente gases. Sí.

—Vaya, ahora también celos —dijo sin apartar su mirada de mí.

—¿Qué dices?

—Aunque no estás sola, ¿verdad? —siguió hablando él—. Lucas, ¿no? No me esperaba que te gustaran los chicos buenos.

Me giré sorprendida por la confianza con la que hablaba. Parecía que lo mío con Lucas no era tan secreto como me esforzaba en aparentar. Apreté los labios.

—¿Por qué has vuelto? —repetí.

—Por ti —respondió con cara de póker y analizando mi expresión con la cabeza ladeada.

Un silencio significativo nos envolvió entonces, disminuyendo el oxígeno de la cocina. Notaba mis músculos en tensión, y la necesidad de alejarme se hizo palpable. Mi madre apareció y nos miró con interés, momento que aproveché para escabullirme hacia mi habitación.

Apoyé mis manos sobre el escritorio tratando de regular mi respiración que, poco a poco, consiguió volver a la normalidad. Envié un mensaje a Lucas para confirmar la hora a la que habíamos quedado y no me paré a pensar en los motivos que me llevaban a aquello. Sencillamente necesitaba recuperar el control de mí misma de nuevo.

Guille y yo permanecimos en silencio durante el resto de la comida, asintiendo perezosamente y respondiendo con monosílabos cuando mamá nos obligaba a participar en la conversación. Laura no dejaba de parlotear sobre sus estudios de Economía y su futura incorporación a la cadena hotelera de su padre, y Albert habló sobre el bar en el que trabajaba en la ciudad, pero rápidamente centró la atención en el restaurante de mamá, que parecía encantada. Entorné los ojos cuando Albert pareció nervioso hablando de su trabajo, así que miré de reojo a Guille para confirmar mis sospechas. Él parecía distraído, como si, en realidad, no estuviera escuchando la conversación.

Guille y Albert no se miraron ni una sola vez.

9 - San Juan - Parte I

Salí de casa con prisa, antes de que Albert y Laura acabaran con el café. Guille se encerró en su habitación y yo me despedí con un movimiento de cabeza, las bolsas de comida en ambas manos y el monopatín bajo el brazo. Lucas me esperaba dos calles más abajo, con su habitual sudadera tres tallas más grandes de lo que le correspondía, unos pantalones de algodón grises y sus Vans. Cuando me vio llegar, su sonrisa se amplió y no pude evitar imitarle, sintiendo eso que Lucas siempre provocaba en mí: seguridad. Me rodeó con su brazo y besó mi sien, y yo me sentí extrañamente fuera de lugar. Cuando se separó, cogió un par de bolsas de mis manos y yo intenté evitar su mirada subiéndome de un salto en el monopatín. Me alcanzó poco después.

—¿Qué has hecho hoy?

—Pues… mi madre ha invitado a comer a Albert y su novia a casa. —Le miré de reojo. Él parpadeó sorprendido y aproveché para seguir hablando—. Pasa algo, Lucas. Ni siquiera se han mirado. Hay algo que me estoy perdiendo.

—Bueno, quizá… son cosas suyas —murmuró él, sin mirarme.

—Es mi hermano. ¿Por qué él puede saberlo todo de mí y yo no de él? —respondí a la defensiva.

—No digo que no, solo… creo que te estás obsesionando con el tema.

Frené el monopatín y le miré boquiabierta. ¿A qué venía eso?

—Guille está muy raro desde que Albert volvió. Quiero saber por qué —me justifiqué.

Él paró su monopatín unos metros más adelante y suspiró, encogiendo los hombros.

—¿Y qué más te da? Quiero decir… eran amigos, ¿no? Quizá no pasó nada y simplemente… dejaron de serlo.

Su insistencia para olvidar todo aquel tema me sorprendió, pero mi intuición me decía que allí pasaba algo, y Guille era demasiado obstinado como para contarme lo que era.

Llegamos al *skatepark* más relajados. Siempre solía ser así. A Lucas solía envolverle un aura de paz y tranquilidad que se acentuaba cuando mi temperamento e irascibilidad salían a la luz, por eso me relajé al instante cuando me envolvió en sus brazos. Apartó su monopatín y dejó las bolsas a un lado. Mientras esperábamos que llegaran los demás, tiró de mí para que me sentara a horcajadas sobre su regazo, acariciándome con dulzura.

—Algún día tendremos que discutir, ¿sabes? —murmuré, consciente de su habilidad por evitar el conflicto. Él sonrió cerca de mis labios.

—No, si puedo evitarlo.

Un movimiento lejano nos advirtió de que dos figuras se acercaban, y todo mi cuerpo se tensó al comprobar que eran los mismos tipos de la cazadora de cuero que vi en El Refugio. Ambos me miraban mientras hablaban y uno de ellos me provocó un escalofrío cuando asintió a modo de saludo. Tragué saliva con dificultad y me giré hacia Lucas, que me miraba en silencio sin comprender.

—Tengo una novedad que contarte —murmuré con una sonrisa. Él levantó las cejas—. Elena y Hugo están juntos.

—¿De verdad? —dijo sorprendido. Ambos nos reímos con ganas.

—Tendrías que haber visto a Elena cuando los descubrí. Tan nerviosa y sin nada que decir…

—¿Elena nerviosa y sin hablar? —Parpadeó confuso—. La cosa debe de ser formal.

Nos reímos imaginando a Elena en una situación formal. Cuando reía, Lucas parecía un niño a pesar de la barba de tres o cuatro días que se empeñaba en dejarse crecer. Sus ojos se

empequeñecían, y sus dientes alineados captaban todas las miradas. Le acaricié los rizos mientras él paseaba sus manos por mis muslos, produciendo un cosquilleo en mi cuerpo. Cuando me acerqué, sus labios me recibieron húmedos, recorriendo los míos con calma. Cuando le mordí el labio inferior, él rodeó mi cara con sus manos y me separó de él, quedándonos apenas a unos milímetros. Recorrió mi rostro con sus ojos azules y sonreí cuando noté cómo se despertaba. Nos alejamos casi con prisa del *skatepark*, acercándonos a la zona del lago que, aunque era San Juan, todavía estaba tranquila. Dejamos las bolsas en nuestro rincón habitual, para hacer la hoguera más tarde, y nos encerramos en la caseta del lago, que sabíamos que solía estar deshabitada.

Adrián y Jordi fueron los primeros en llegar y, por sus sonrisas, supe que sabían exactamente qué habíamos hecho. Aun así, nadie dijo nada y nos concentramos en extender las toallas que Adrián había traído, formando un círculo alrededor de los troncos que Lucas y Jordi estaban apilando en el centro.

Cuando aparecieron Elena, Hugo y Rocío, mi mejor amiga y yo corrimos a abrazarnos y a saltar, lanzando pequeños gritos que hicieron reír al resto. Adrián y Lucas sacudían la cabeza con fingida vergüenza, mientras Rocío se acercaba a saludar a Jordi. Nos repartimos en las toallas y pusimos la comida en las tres neveras que conseguimos reunir.

Aún era media tarde, pero los primeros grupos de amigos empezaron a llegar, uniéndose a nosotros y formando una gran masa de personas rodeando la orilla del lago Bru. Los compañeros de natación de Jordi y Adrián aplaudieron nuestra organización, y repartimos las bebidas para empezar con los juegos. Uno de ellos sacó un altavoz de su mochila y, junto con Lucas y Hugo, fueron a conectarlo a la caseta del lago.

—No sabía que ese sitio tenía electricidad —murmuró Elena rebuscando entre las bolsas algo de comida.

—Toda la vida viviendo aquí y todavía no sabes nada —se mofó Hugo mientras volvía. Elena le hizo una mueca sacando la lengua.

Apreté los labios para evitar sonreír y me encontré con la mirada de Adrián, que levantaba las cejas significativamente.

No se le escapaba nada.

La música empezó a sonar alta, y eso atrajo a más personas a nuestro espacio. Muchos de ellos eran conocidos de toda la vida del colegio y el instituto, pero me sorprendió ver muchas caras nuevas que se movían entre nosotros. Un grupo de seis chicas se acercó con timidez a nosotras y no pude evitar seguir sus miradas hacia Adrián, que bebía distraído escuchando el discurso de varios compañeros de natación. Golpeé suavemente con el codo a Elena para llamar su atención y ella, con la boca llena de patatas, me miró con los ojos muy abiertos.

—Las trae a todas locas —murmuró entre risas. Yo asentí divertida.

Adrián era innegablemente guapo. Tenía las facciones suaves, una mandíbula cuadrada bien marcada y una barbilla estilizada que le hacía aparentar tener más edad de la que tenía en realidad. Su cabello castaño, más corto por los laterales, reposaba despeinado, pero con estilo, sobre su frente, y sus ojos claros estaban enmarcados por unas cejas bien pobladas. Su nariz recta y sus labios carnosos aniñaban sus rasgos. Pero su belleza no era lo mejor que tenía para ofrecer. Además tenía una personalidad arrolladora. Era un chico con las ideas claras, con unos principios bien definidos y siempre orientado a la mejora constante. Me sentía muy afortunada y orgullosa de poder tener a alguien como él a mi lado. Una persona confiable, leal y lógica que contrarrestaba la impulsividad y rebeldía que emanaba de todos nosotros.

Cuando desvié mi atención de él, apenas quedaban espacios libres en la orilla del lago. En La

Roca Bruna no había demasiada población, pero los pueblos vecinos siempre solían acudir en San Juan por la cercanía del río atravesando la zona. Era algo implícito que, para ese día, ese sector estaba reservado para los jóvenes. Los mayores solían reunirse en salas reservadas en los diferentes negocios, o en diferentes casas con más amplitud para reunir a sus amigos. Mis padres y los García habían organizado un pequeño evento en la terraza de nuestra comunidad y, solo por eso, esa noche tenía muchas posibilidades de ser recordada durante años.

10 - San Juan - Parte II

Se estaba poniendo el sol cuando varias personas decidieron empezar a encender las hogueras. Todo se tiñó de un cálido naranja y nuestros rostros brillaban con el reflejo del fuego. Elena, Rocío y yo habíamos decidido pasear entre los grupos de personas que se agolpaban en la orilla del río mientras bebíamos y reíamos con todos los que nos íbamos encontrando.

A pocos metros de donde estábamos, unos ojos azules enmarcados por unas espesas cejas captaron mi atención. Una gran sonrisa empezó a formarse en su cara y su nariz, chata en estado relajado, se arrugó hacia arriba en una mueca infantil. Abracé con fuerza a Clara, la novia de Guille, cuando corrió hacia donde estaba, haciendo volar sus ondas rubias.

—¿Dónde te escondes? —pregunté soltando el abrazo. Ella puso los ojos en blanco.

—Estoy con unas prácticas de empresa en Badet. En septiembre empiezo el último año de universidad y… ya sabes —dijo moviendo su mano en el aire, quitándole importancia, y con la mirada nerviosa.

Sonreí al recordar su habitual necesidad de tenerlo todo bajo control, así como su desbordante energía. Guille solía decir que Clara no sabía relajarse, que su manera de tener energía era estar en constante funcionamiento, como las baterías de los coches.

Me despedí de ella con un fuerte abrazo y la promesa de vernos pronto, y busqué con la mirada a Elena y Rocío. Cuando las encontré, solo pude reírme. Rocío estaba hablando animadamente con un grupo de desconocidos mientras Elena no dejaba de reírse a su lado.

Rocío, poco habituada a beber, parecía mucho más desinhibida y se acercaba a todas las personas que no conocía. Nosotras, muertas de risa al verla tan diligente en su tarea para ser más social, le explicábamos quiénes eran todos aquellos que ella parecía no conocer, puesto que no estudiaba en nuestro instituto.

—¿Y vosotros quiénes sois? —preguntó a un par de chicos que bebían tranquilamente alejados del bullicio.

Nosotras reímos cuando estos nos miraron divertidos, y la alejamos alegando que queríamos presentarle a otras personas.

Rocío era la dulzura personificada. Siempre había sido mucho más sensible y emotiva que el resto de nuestro grupo y, junto con su apariencia aniñada y delgada, nos despertaba a todos un instinto de protección que ella aseguraba que podía llegar a resultar molesto. Su nariz puntiaguda, sus labios finos y esa voz aguda que la caracterizaba nos enternecía y, a la vez, nos empujaba a sacarla de su zona de confort.

Elena se alejó de nosotras para saludar a unas compañeras de clase mientras yo acompañaba a Rocío. De manera inconsciente, paseaba mi mirada alrededor de todo el gentío hasta que, sin saberlo, encontré a quien buscaba.

Albert levantó un vaso de plástico en mi dirección, a varios metros de distancia de donde me encontraba yo, y tragué saliva. Me fijé en su entorno, en el cual Laura charlaba animadamente con un par de chicas que reconocía de vista del pueblo, y volví a posar mis ojos en él, que parecía analizarme.

—¿Y tú quién eres? —Escuché que decía Rocío, unos pasos alejada de mí.

—Esta noche seré quien tú quieras, princesa —respondió una voz grave que llamó mi atención.

Desvié mi mirada hacia ese chico alto con cazadora de cuero que hablaba con Rocío y se me heló la sangre. Eran esos dos tipos que había visto en El Refugio. Ella empezó a coquetear torpemente y él le ofreció la bebida que sostenía. Sin pensarlo, tiré el vaso al suelo de un

manotazo. Rocío se quejó sin comprender, pero el chico me sonrió con frialdad, mirándome a través de sus pestañas.

—¿Algún problema, guapa? —dijo su acompañante, irguiéndose.

—Dímelo tú —contesté acortando la distancia con ambos—. ¿Quién coño eres?

Rocío se quedó callada al mismo tiempo que noté una mano agarrarme del brazo.

—¿Qué pasa? —Escuché la voz de Hugo detrás de mí.

—Nada —respondí sin apartar mi mirada de esos dos desconocidos con cazadora de cuero.

El ambiente se destensó con rapidez cuando varias personas a nuestro alrededor se giraron a mirar lo que pasaba, y todas las miradas se posaron en aquellos dos foráneos. Ellos sonrieron fingiendo inocencia, y el chico que había hablado con Rocío levantó las palmas de las manos. Antes de dejarme arrastrar por Hugo, levanté la mirada hacia Albert, que seguía mirándome, y en sus ojos pude notar una chispa de diversión que me desconcertó.

El resto de la noche transcurrió sin incidentes. Hugo no había mencionado el encontronazo con esos dos desconocidos, y yo no quería pensar en ello para no sobreanalizar la expresión de Albert ante aquella situación. Rocío parecía arrepentida por su actitud, y nos costó buena parte de la noche que se sintiera animada de nuevo. Decidimos que era buena idea empezar a comer para evitar que el alcohol nos jugara malas pasadas, así que nos reunimos varios grupos en las toallas de Adrián para juntar toda la comida que habíamos traído y empezar con los juegos. Volvieron las risas, los reencuentros con los compañeros de clase y el buen ambiente general que se respiraba siempre en San Juan. Al final de la noche, cuando se acercaba la hora de recoger, muchos de nosotros decidimos darnos el primer chapuzón del año en el agua fría del río, provocando varios gritos y carcajadas por las bajas temperaturas. Lucas me estiró la pierna bajo el agua, separándome del resto, aprovechando el exceso de alcohol que muchos de ellos tenían, y sus manos me caldearon los muslos contrarrestando el frío. Capté las miradas de Elena y Hugo unos metros más alejados, comprendiendo al instante que buscaban la misma intimidad que nosotros, y reímos ante la situación. Todo parecía ir bien y mi estado de felicidad me hacía estar tan relajada que deseé dejarme llevar de la misma manera que Lucas parecía hacerlo.

Volviendo a casa, una sonrisa distendida ocupaba mi cara. No sabía en qué momento exacto Lucas y yo habíamos empezado a vernos como algo más que amigos, pero la naturalidad de las circunstancias no me permitió pensar mucho en aquello y, simplemente, nos dejamos llevar. Yo sabía que él me veía de forma distinta desde mucho antes de nuestro primer beso, pero para mí fue un golpe de realidad que, al principio, no supe gestionar demasiado bien. Elena me sermoneaba y se reía mientras yo intentaba comprender si aquello era realmente buena idea. Un año después, me encontraba en el mismo punto.

No sé qué me llevó a girar la cabeza hacia el parque una vez estuve en mi calle, pero la constante sensación de sentirme observada me inquietaba desde hacía días. Los tipos con cazadoras de cuero me perseguían, aunque esta vez solo era uno de ellos. La falta de luz me impedía ver bien su cara, pero la constitución era diferente a los dos chicos que me había cruzado un par de horas antes. La figura que estaba a unos metros de mí era más alta y menos corpulenta, pero la postura denotaba más seguridad. Estaba fumando recostado en uno de los bancos del parque y, aunque no lo sabía con exactitud, parecía mirar en mi dirección. Contuve el aliento y me acerqué a su posición unos pasos. Todavía nos separaba mucha distancia, pero no vi ningún

indicio de reacción por su parte.

—¿Quién eres? —grité para hacerme oír.

La figura encapuchada ladeó la cabeza en mi dirección, y me moví por instinto hacia atrás a la vez que intentaba recuperar la respiración. Ese movimiento me resultaba extrañamente familiar. Tenía la boca seca y un tembleque en las manos que me impedía coger con normalidad el monopatín. Me alejé con rapidez del parque y corrí hacia casa.

11 - Mi espacio favorito

La inquietud que me había producido la figura encapuchada en el parque seguía estando presente una vez entré en casa, acentuándose con el silencio propio de aquellas horas de la madrugada. Caminé lentamente hacia mi habitación, intentando hacer el menor ruido posible para no alertar a mis padres de mi presencia.

Me reconfortaba saber que mi padre estaría con nosotros durante todo el fin de semana. Echaba de menos su presencia. Sabía que no estaba lejos, la ciudad se encontraba a una hora del pueblo, pero su habitual buen humor y su infinita calma siempre me reconfortaba en los momentos de tensión del día a día. Me prometí pasar más tiempo con él.

Después de desayunar con mis padres, intercambiar mensajes con Elena y darme una ducha relajante, en mi cabeza seguía estando presente la mirada de Albert de la noche anterior. No reconocía aquella expresión, todo él parecía otra persona. Tantas veces en el pasado había imaginado su vuelta, y nada tenía que ver con la manera en la que lo había hecho. En mi imaginación, Albert volvía con su sonrisa cálida, sus miradas juguetonas cuando sabía que Guille no miraba, y sus excusas para estar siempre cerca de mí. En mi mente, cuando le preguntaba el motivo de su vuelta él siempre respondía lo mismo: «por ti». Y en ese momento, todas esas situaciones soñadas se evaporaron para dejar paso a nuestra conversación en la cocina días atrás, donde me aseguraba que yo era el motivo de su vuelta. Por supuesto que no le creía, pero… ¿podía ser?

Sacudí la cabeza mientras me levantaba del sofá. Cogí mi móvil, el altavoz portátil de Guille y un libro al azar, y subí a la terraza comunitaria. Me recibió el olor a flores que una de las vecinas se encargaba de cuidar y embellecer en sus macetas, adornando la puerta de entrada y extendiéndose a lo largo de la pared frontal. El espacio no era muy grande, pero podías tener tu propia intimidad. Consistía en un gran cuadrado que rodeaba el edificio, con algunas zonas techadas, como si fueran extensiones del propio tejado, de piedra de pizarra negra. Mi sitio favorito solía ser uno de esos pequeños escondites con vistas al pueblo, al río Bru y al parque que se situaba justo a los pies del bloque. Aun así, no fue el lugar que escogí para tratar de relajarme puesto que desde esa perspectiva no podía ver la puerta de entrada, por lo que me acomodé en la pared frontal, detrás de unos setos que mi vecina había colocado en grandes tiestos de piedra.

Una vez instalada, envié un mensaje a Guille para preguntarle dónde estaba, encendí el altavoz y hojeé desganada la historia de cómo unos cerdos conseguían manipular al resto de animales de la granja.

No conseguía concentrarme en las letras del libro que sostenía. Bailaban y se movían hasta formar situaciones oscuras protagonizadas por el encapuchado. Busqué con la mirada cualquier rastro de movimiento en el parque de abajo, asomada a la piedra que rodeaba la terraza, pero solo había algunos niños jugando. Había pasado un buen rato perdida entre las hojas del libro y Guille todavía no había respondido a mi mensaje. Estaría trabajando. O con Clara. O los tipos de la cazadora de cuero le estarían dando una paliza.

Tragué saliva ante esa asociación de ideas, e intenté dejar de pensar en ello llamando a Adrián. Él sabría qué decir para evitar que perdiera la cabeza.

—¿Qué haces? —le pregunté en cuanto escuché su voz.

—Poca cosa. Estaba mirando un documental. —Rio. Le imité.

—¿No puedes relajarte sin aprender algo nuevo?

Su risa grave me hizo sonreír.

—No aprendo nada nuevo. Es un documental sobre un asesino en serie.

—Vaya… —fue lo único que conseguí decir. Mi mente empezó a divagar por derroteros más oscuros y tragué saliva.

—Sí, vaya. —Rio de nuevo. Escuché que se movía y esperé—. ¿Qué pasa?

—Sé que nos viste —dije sin pensar, notando cómo el calor de mis mejillas aumentaba al recordar la mirada de Adrián en el lago, mientras Lucas y yo nos poníamos cariñosos. Él volvió a reírse.

—¿Ya habéis formalizado vuestra… tensión? —se mofó. Resoplé frustrada. ¿Es que todo el mundo sabía lo que pasaba entre nosotros?

—Cállate —dije entre risas. Solté el aire antes de abarcar el tema en el que realmente tenía puesta mi atención—. Es que… ¿tú crees que me estoy obsesionando con el tema de Guille?

Adrián suspiró y yo me puse alerta. No podía escuchar una respuesta afirmativa de él, así que seguí hablando:

—Es mi hermano. Y me preocupa.

—Es normal, Marina. No me malinterpretes. Creo… creo que es mucho más fácil obcecarte con ese tema que pensar en lo que en realidad te pasa.

Su explicación me sorprendió y parpadeé confundida.

—¿A qué te refieres?

—Pues… a que te sientes perdida. Como todos. Pero tienes una curiosa manera de gestionar tu confusión.

—No es nada de eso —respondí a la defensiva. Pude imaginar su sonrisa paternal incluso a través del teléfono.

—Estás huyendo de tener que tomar una decisión —sentenció, seguro de sí mismo.

—Yo… sé que pasa algo, Adri. Guille está esquivo, y no sé cómo Albert siempre encuentra la manera de hacerme perder los nervios —murmuré. Él se mantuvo en silencio.

—¿Quieres que hablemos de…?

—No —le corté, puesto que sabía que a continuación mencionaría la marcha de Albert y no estaba preparada para esa conversación. Él suspiró pesadamente.

—Pues investigaremos. Si hay algo que averiguar, lo sabremos. Tanto si la explicación reside en la relación de Guille y Albert, como si es entre Albert y tú.

—No hay nada entre Albert y yo —dije con rapidez. Él se rio.

—Mejor. Quiero mucho a Lucas.

Iba a responder con una mofa cuando la puerta de la terraza se abrió y apareció Guille con su sonrisa.

—Hablamos mañana —me despedí de Adrián.

Guille se acercó sonriendo mientras se encendía un cigarrillo.

—Sabía que te encontraría aquí.

—No era una apuesta arriesgada —respondí con una mueca.

—¿Con quién hablabas? —Levantó las cejas Guille.

—Con Adrián.

—Ese es nuevo —se mofó. Puse los ojos en blanco.

—Mi AMIGO Adrián —remarqué.

Él se rio y paseó por la terraza. Llevaba una camiseta blanca que marcaba su pecho, con su habitual camisa de cuadros por encima, esta vez verde. Su espalda era ancha y estaba fibrado,

pero no por ir al gimnasio ni por hacer excesivo deporte. Mi hermano tenía la constitución de mi padre: altos, musculosos, con más espalda que cadera. Con sus veinte años, ya se podía vislumbrar que sería un hombre atractivo, aunque el simple pensamiento me producía incomodidad. Era mi hermano, por Dios.

—¿Irás mañana al evento? —pregunté, sacándole de sus pensamientos. Él asintió—. ¿Con quién?

Se giró a mirarme divertido.

—Con los de siempre.

—También Albert era uno de los de siempre —me aventuré. La tensión atravesó su cuerpo con la mención y volvió a mirarme, entornando los ojos y acabando su cigarrillo.

—Mantente al margen, Marina —sentenció, yendo hacia la puerta—. Nosotros nos encargamos.

—¿Os encargáis de qué? ¿Nosotros, quién?

—Que haya vuelto no puede significar nada bueno —dijo antes de salir por la puerta.

Sus palabras fueron la confirmación de que algo pasaba y, aunque cierto alivio me recorrió al comprobar que mis sospechas no eran infundadas, la agresividad de su respuesta implicaba que, quizá, la situación era mucho más complicada que dos amigos que se separan con el tiempo.

Por más que reflexioné, no pude encontrar ninguna explicación lógica al rechazo que parecía producirle a mi hermano la sola mención de Albert. La distancia entre nosotros por culpa de toda esta historia era palpable y, pese a no querer todavía darle una solidez concreta, supe, en un instante de claridad, que debía seguir investigando en todo aquello.

12 - Evento deportivo

Elena y yo compartíamos un refresco mientras nos reíamos de los movimientos espasmódicos de Hugo en la pista de fútbol. Cada año, el último sábado de junio, La Roca Bruna celebraba un evento deportivo que reunía a todos los pueblos de la zona para competir por el título a mejor equipo de la provincia de Badet. Cada pueblo tenía su equipo local y, aunque realmente a pocos nos interesaba el fútbol, todos queríamos apoyar a Lucas y Hugo.

—No entiendo cómo puede ser bueno en todo lo que hace. Da hasta rabia —decía Jordi mirando a Lucas. Todos reímos.

—No es mejor que tú nadando —afirmó Adrián sonriendo. Tanto él como Jordi destacaban en la natación.

—Pero míralo, parece que haya nacido para practicar todos los deportes del mundo.

—Como tenga ese talento para todo… —murmuró Elena en mi oreja, sonriendo traviesa. Como respuesta, recibió una colleja.

Jordi y Adrián me miraban con una sonrisa, y yo giré la cabeza hacia el lado opuesto, notando el rubor en mis mejillas. Unos metros más alejados, vi al grupo de amigos de Guille, pero él no estaba allí.

—Ayer hablé con Guille —murmuré llamando la atención de todos. Elena me instó a continuar—. Sigue esquivando el tema de Albert.

—¿Qué te dijo? —insistió Elena.

—Dijo que su vuelta no podía significar nada bueno.

Todos fruncieron el ceño, confusos. Los miré uno a uno, buscando un apoyo para poder seguir hablando de ello, pero Jordi y Rocío centraron su atención en el campo. Adrián apretó los labios y Elena hizo una mueca que, en otras circunstancias, habría sido cómica. Lucas y Hugo se acercaron en ese momento, destensando el ambiente. El primero, sin pensar, acarició mi muslo y se acercó. Ambos abrimos los ojos exageradamente y nos apartamos como si nos hubiéramos quemado. Las carcajadas posteriores hicieron que a ambos nos apareciera color en las mejillas.

—¿A quién intentáis engañar? —preguntó Jordi.

Lucas le golpeó el brazo y todos reímos. Yo aparté la mirada de nuevo hacia los amigos de Guille. Cuando mi hermano había mencionado «nosotros nos encargamos», ¿se refería a ellos? Me levanté para salir de dudas y, sin previo aviso, Hugo anduvo a mi lado.

Al llegar hasta allí, uno de ellos, el más alto, levantó las cejas sorprendido.

—Cuanto tiempo, Marina… Cómo has… crecido —dijo conteniendo una sonrisa. Levanté una ceja.

—¿Dónde está Guille? —pregunté bruscamente.

—Hace tiempo que no le vemos —respondió el mismo chico.

Miré a Hugo y ambos fruncimos el ceño. Controlé mi expresión y volví a girarme hacia él.

—Bueno, ya sabes… desde que Albert volvió… —me aventuré. La reacción no tardó en aparecer. Varios de ellos se irguieron.

—¿Ha movido ficha? —soltó sin pensar el chico alto.

Levanté las cejas con sorpresa al tiempo que otro de ellos, un chico delgado y alto como mi hermano, de ojos claros y cabello despeinado, le golpeaba el brazo con fuerza.

—Cállate, ella no sabe nada —dijo con voz grave, sin apartar sus ojos claros de los míos. Tragué saliva sutilmente.

—Claro que lo sé. Soy su hermana.

—Pequeña. Su hermana pequeña —matizó el chico de ojos claros con una sonrisa irónica.

Me erguí con furia y me encaré. Él ni siquiera parpadeó.

—¿De qué vas? —espeté apretando los dientes.

Hugo agarró mi brazo y me separó con fuerza. Intenté soltarme sin éxito.

—Mantente al margen, Marina.

—Sí, ya has hecho suficiente —murmuró el alto.

Intenté acercarme a él con rabia, pero Hugo me agarró con más fuerza y me alejó de ellos. Me deshice de las manos de Hugo a medio camino de llegar con el resto de mis amigos. Le miré inquisitivamente.

—¿Qué quería decir con eso? —pregunté, todavía alterada.

—No lo sé, pero… esto me huele raro —dudó Hugo. Entorné los ojos.

—¿A qué te refieres?

—Nada, probablemente no sea nada —sentenció él, volviendo a encaminarse hacia el resto.

Lo sostuve para evitar que se alejara.

—El otro día… en el *pub*… —empecé a decir. Él apretó los labios, confirmando así que sabía de lo que hablaba.

—Esos tipos son malas noticias, Marina.

Vi cómo se alejaba mientras mi mente funcionaba a toda velocidad, intentando unir toda la información que tenía. El cambio de actitud en Guille, su advertencia, la aparente coincidencia de encontrarme siempre a Albert, sus comentarios que parecían esconder intenciones ocultas, la aparición de chicos con cazadoras de cuero que parecían tensar el ambiente… Y ahora el hermetismo de los amigos de Guille, la advertencia de Hugo y la sensación de ser apartada constantemente de la respuesta a todo aquello.

Observé las miradas confusas de mis amigos cuando Hugo llegó hasta ellos sin mí y yo, que no podía contener una extraña sensación de soledad, me fui.

Cuando llegué a casa, mi humor no había mejorado. Me sentía confundida por las advertencias de Guille y Hugo y el reproche de los amigos de mi hermano. Pero también enfadada, porque todos parecían tener una constante necesidad de mantenerme al margen de todo. Si el comentario del chico alto era cierto, yo tenía algo que ver en toda aquella situación que parecía rodear a Guille y Albert, y sus esfuerzos por apartarme lo único que conseguían era que deseara con más fuerza saber qué estaba pasando.

Sin pensar, fui directamente a la cocina y añadí harina de maíz a un bol de agua con sal. La tarea mecánica de amasar me ayudó a descentrar mi atención de lo que ocurría, y me dediqué al completo a la tarea de preparar unas arepas rellenas de huevo, jamón y queso para comer. Reflexioné brevemente sobre las constantes conversaciones con mi madre sobre mi futuro, y cómo ella parecía animarme siempre a seguir su mismo camino en la cocina. Aunque todavía no estaba lista para asumirlo, y mucho menos para que ella lo supiera, siempre había pensado que mi profesión iría relacionada con los fogones. Aun así, el estado de confusión y cambios constantes en el que me encontraba desde hacía mucho tiempo me imposibilitaban tomar la decisión definitiva. Las dudas eran tan grandes que me paralizaban. ¿Y si, poco después, me cansaba? Cocinar para mí siempre había sido la mejor manera para evadirme de las sensaciones y situaciones difíciles de gestionar. Pero también me interesaban el deporte y la fotografía. Incluso me planteaba formarme para ser guía de montaña, o instructora en algún deporte relacionado con la naturaleza. Todo ese dilema solo me hacía querer evadir tener que tomar una decisión.

Cuando acabé de preparar la comida, subí a la terraza para aislarme de todo y comer tranquilamente.

13 - Su padre la mató

Mientras masticaba la masa traté de pensar en cualquier cosa que no implicara hermanos, amigos con secretos y cazadoras de cuero, así que retomé el debate interno sobre qué pasaría si empezaba a estudiar cocina en la escuela que me había propuesto mamá. No obstante, la reflexión duró poco cuando la puerta de la terraza se abrió. Resoplé con dejadez cuando la sonrisa de Albert se asomó en mi campo de visión. Se sentó a mi lado, apoyado en la pared de hormigón.

—Te he visto en el evento —dijo. Yo fingí no escucharle, no verle y, por supuesto, no sentir nada con su presencia—. Lucas juega bien.

Me giré hacia él y sonreí de lado.

—Cuidado, Albert. Tu pose de tipo duro se desvanece con los celos.

Su carcajada me sorprendió y observé su expresión, tan relajada e inocente como recordaba. No pude evitar sonreír.

—¿Puedo? —dijo, acercando su mano al plato de comida. Encogí los hombros al tiempo que él cogía una arepa. Su expresión mutó a la sorpresa cuando empezó a masticar—. ¡Está buenísimo!

—Es ofensivo que te sorprendas tanto, ¿sabes? —respondí, fingiendo indignación.

Él sonrió, mirándome de reojo, y siguió masticando con calma.

Tenerle cerca estaba resultando más complicado de lo que esperaba. Los años habían pasado, pero Albert parecía una persona totalmente distinta. La seguridad con la que se movía y la mirada con la que parecía analizar todo su entorno no se asemejaban al chico tímido e inseguro que conocí en el pasado. ¿Vería también estos cambios Guille?

—¿Por qué te fuiste? —murmuré.

—No podía quedarme. Era menor de edad.

Me giré a mirarlo de nuevo, confundida. Él parpadeó lentamente.

—Debería haberlo supuesto.

—¿El qué?

—Mi madre murió, Marina —dijo. Sus ojos estudiaban mi reacción y yo, completamente atónita, negué lentamente con la cabeza intentando ubicar esa información en mi cabeza.

—Pero… ¿tu padre…? —dije, cada vez más perdida. Él estaba serio, muy serio, y seguía estudiándome, paseando sus ojos alrededor de mi rostro.

—Mi padre la mató —dijo con evidente mal humor, apartando su mirada.

Bajé mi cabeza hacia mi regazo, donde reposaba el plato con arepas. ¿Cómo pude no darme cuenta de aquello? Nuestras madres eran muy amigas… Guille y yo estábamos muy unidos entonces… Me sentí tan fuera de lugar que la incomodidad por no haberme dado cuenta de aquello empezó a invadirlo todo.

—No… no sé qué decir —dije en un hilo de voz.

—No hay nada que decir —respondió tranquilamente mientras seguía comiendo.

—Lo siento.

—No fue tu culpa.

Estaba totalmente paralizada por esa confesión. ¿Cómo podía no saber algo así? ¿Cómo podía Guille no haberme dicho…?

—¿Por eso Guille y tú…? —me aventuré, mirándolo. Él apretó los dientes, marcando su mandíbula.

—Si no te dijo nada es por algo —dijo cortante.

—¿Qué quieres decir?

Él me miró y pude ver la duda en sus ojos. Pude detectar esa misma duda años atrás. Su mirada viajó por mi rostro hasta conectar con la mía. Tragué saliva.

—Tu hermano guarda muchos secretos. Mucha mierda.

—Pero… ¿Qué os pasa? —pregunté.

—Eso deberías preguntárselo a él —dijo Albert mientras se levantaba.

Se giró hacia mí y me sostuvo la mirada unos segundos. No sabía qué decir, su historia me había dejado totalmente paralizada. Albert sonrió con melancolía, y mi estómago dio un vuelco cuando su mano se acercó a mi boca. Ni siquiera podía respirar cuando cogió una miga que había quedado en mis labios y se la llevó a su boca. Luego sonrió, recobrando su semblante seductor.

—Hasta mañana, enana —dijo.

Y lo vi alejarse mientras intentaba entender el cosquilleo que sentía allí donde él me había tocado.

Intenté recordar la época en la que Albert desapareció, pero todos los recuerdos de entonces se hicieron un borrón en mi mente. Era confuso ordenar todas las fases por las que pasé, siendo la tristeza y el enfado las más recurrentes. No era una apuesta arriesgada pensar en que fue durante esa época cuando empecé a encerrarme en mí misma. Empezaron los problemas en casa, las discusiones con mamá, las ausencias en clase y las escapadas nocturnas. Guille empezó a comportarse más como un padre que como el hermano que siempre había sido, convirtiéndose en alguien controlador hasta un punto insoportable. La tensión entre mi hermano y yo fue creciendo conforme pasaban los años, pero nunca me había sentido tan alejada de él como en ese momento, con la vuelta de Albert. Y, sin encontrarle un sentido lógico a todo aquello, me enfadé.

Abrí la puerta de la habitación de Guille con furia, todavía sosteniendo el plato vacío de arepas.

—Tenemos que hablar —dije, soltando el plato en su escritorio con fuerza.

—¿Te importaría llamar antes de entrar? —comentó enfadado.

—Pero… ¿Qué te pasa? —levanté la voz.

—¿Es tan raro que quiera intimidad en mi puta casa? —vociferó él, cerrando con fuerza el armario donde acababa de colgar una camisa de cuadros.

Me alteré y me moví nerviosa delante de él.

—¿Intimidad? ¿Para guardarme secretos?

Me miró sorprendido.

—¿De qué hablas?

—Lo sabes bien —murmuré con inquina.

Cerró los ojos y se pasó la mano por la cara. Suspiró.

—Albert, ¿verdad?

—Albert, su madre… ¡No me dijiste nada! —grité, totalmente fuera de control.

—¿Por qué coño iba a decirte nada? Era MI amigo, al margen de la película que te montaste en la cabeza —dijo con rabia. Levanté las cejas.

—Pero ¿qué dices?

—Deja de meterte en mi vida. Deja de intentar saberlo todo —vociferó frustrado.

—Eres mi hermano, ¿por qué iba a dejar de hacerlo? —remarqué sin mucho sentido.

—¡¡PORQUE ERA MI PUTO AMIGO!! —gritó, asustándome.

—¡También era mi amigo! —dije, intentando hacerme fuerte. Pero dudé.

—¿Tu amigo? —Se rio con odio—. No era tu amigo. Con los amigos no te besuqueas por los rincones a escondidas.

Knock out. Nos vio.

Aproveché para subir a la terraza a escondidas porque Guille había ido a comprar unas cervezas. Sabía que Albert estaría allí.

Cuando me vio, se sorprendió, pero supo disimularlo rápido con una sonrisa que solo me dedicaba a mí mientras me llevaba hacia el rincón.

—A Guille no le hará gracia verte aquí —dijo con los ojos brillantes.

—Me da igual —respondí, controlando mi sonrisa.

Él rio y me rodeó con su brazo. Alargó su mano señalando el horizonte.

—En unos años, tú y yo viviremos allí, en la ciudad, y Guille vendrá a comer los domingos.

No pude hacer otra cosa que reírme, sintiendo su aliento cálido en mi cuello.

—Vale, pero cocinarás tú.

Él asintió mientras reía y paseó su nariz por mi mejilla. Con su mano izquierda me acarició y ejerció presión, hasta que nuestras narices se rozaron.

—Eres lo más bonito que tengo, Marina.

Fui yo quien acercó mis labios a los suyos, pero fue él quien me rodeó la cara con sus manos e intensificó el beso. Albert me besó tierno, pausado. Cuando se separó, yo no podía despegar mis ojos de los suyos. Dudé y él sonrió.

—No hace falta que digas nada. Lo dicen todo tus ojos.

14 - Que empiece el juego

La insinuación de Guille me mantuvo inquieta durante un buen rato, intentando comprender cómo era posible que él supiera lo que había pasado entre Albert y yo años atrás. El simple recuerdo de sus labios hizo que un hormigueo me recorriera entera, y necesitaba alejarme de todo aquello que había significado para mí en el pasado. «Ya no», me repetí como un mantra.

La mañana siguiente, llamé a Hugo para vernos y solucionar lo que había pasado el día anterior. No entendía por qué él también me guardaba secretos, aunque simplemente fueran teorías. Necesitaba despejar mis dudas lo antes posible para evitar pensar más. Descubrir que Guille sabía lo que pasó entre Albert y yo me mantuvo despierta gran parte de la noche, y el misterio que parecía rodear su relación con Albert era demasiado inquietante.

Cuando bajé y me dirigí al parque, él me esperaba solo, sentado en un banco, y sonrió al verme.

—¿No hay camisa de Guille? —se mofó.

—Hemos discutido.

—Como si eso fuera novedad…

Le miré apretando los labios, pensando en cómo podía despejar mis dudas, pero él se adelantó.

—¿Qué pasa, Marina? —murmuró, serio.

—¿Quiénes son, Hugo? Los de la cazadora de cuero.

Él suspiró pesadamente y me miró. No había sorpresa en su mirada, solo resignación.

—Son Rebels.

Fruncí el ceño, confusa. ¿Qué eran los Rebels? O, más bien… ¿Quiénes eran?

—Son una banda de la ciudad.

Me explicó con paciencia que, durante los años que él estuvo viviendo allí, formaba parte de un grupo que se hacían llamar Rebels. Surgieron a raíz de los conflictos que Badet tenía con la ciudad vecina, proclamándose los defensores. Pero todo se desmoronó cuando empezaron a participar en peleas callejeras sin sentido, atemorizando a los habitantes y aumentando así la delincuencia en determinadas zonas de la ciudad. Por lo que contaba, eran un grupo que, aun pareciendo anárquico, se regía por unas estrictas normas. Normas que todos, sin excepción, debían acatar. Esas reglas las imponía un código de honor no escrito, pero conocido por todos sus integrantes, siendo el líder la máxima autoridad para todos ellos. Yo escuchaba con atención su relato, estupefacta por la existencia de una banda así en un lugar tan cercano, y realmente atónita por no haber oído nunca nada sobre ellos. Hugo parecía no sentirse orgulloso de su participación en el grupo.

—Cuando salen de la ciudad es porque planean algo —finalizó. Yo apreté los labios, confundida.

—¿Y por qué crees que están aquí?

—No lo sé, pero… tengo una mala sensación. —Nos miramos e insistí para que siguiera. Él me dedicó una mirada de obviedad, chasqueando la lengua—. Vamos, Marina. ¿Cuándo aparecieron estos tipos? ¿Quién apareció en el mismo momento que ellos y parece tener problemas con tu hermano?

La sangre abandonó mi cuerpo cuando entendí qué quería decirme Hugo. ¿Era posible que Albert formara parte de ese grupo? Parecía tener problemas con Guille, desde que apareció encontraba chicos con cazadora de cuero y, lo más inquietante, me notaba constantemente observada.

—Pero… —intenté ordenar mis ideas. Él sacudió la cabeza.

—No lo sé con seguridad, Marina. Pero no creo en las casualidades. Y menos con los Rebels de por medio.

Cuando llegamos al *pub*, Elena, Adrián, Jordi, Rocío y Lucas estaban en la mesa habitual, junto al futbolín. Elena me recibió con su habitual energía, formando un gran revuelo y llamando la atención de las demás personas del local. Cuando levanté la mirada hacia Omar para saludarle, mis ojos se clavaron en las dos figuras del final de la barra, dos chicos con cazadora de cuero. Hugo y yo nos miramos con los labios apretados, y le insté a sentarse mientras me ofrecí a ir a por nuestras bebidas. Omar me recibió con una sonrisa tensa y comprendí que la presencia de esos dos tipos no era del agrado de nadie. Cuando le pedí una ronda más para todos, él se afanó en prepararla mientras yo esperaba. Levanté las cejas hacia ellos, que me devolvieron el gesto con curiosidad. Decidí seguir con el juego y le pedí a Omar dos cervezas sin alcohol para los Rebels. Él levantó las cejas y negó sutilmente con la cabeza.

—No creo que sea buena idea, Marina —susurró incómodo.

Le insistí y él suspiró resignado mientras servía las bebidas. Cuando la recibieron, me miraron confusos y alcé mi botellín en su dirección, brindando en la distancia.

Cuando volví a la mesa, Lucas me miró con una expresión interrogante debido a lo que acababa de presenciar. Le besé en la mejilla para tranquilizarle, provocando varios vítores por parte de mis amigos, y fui al aseo. «Que empiece el juego», pensé mientras me alejaba.

Cuando entré en el baño, abrí el grifo y me mojé la nuca con agua fría. No tardó en aparecer uno de ellos, sonriendo.

—Gracias por la invitación, aunque la prefiero con alcohol —dijo mientras se acercaba. Yo sonreí falsamente.

—Pensé que estando de servicio no beberíais alcohol.

Su sonrisa se desvaneció y ladeó la cabeza, provocándome un escalofrío. Ese gesto… Entornó los ojos y se acercó, arrinconándome contra la puerta de uno de los baños. Tragué saliva con dificultad al notar su fría mirada clavada en mi gesto. En ese momento, la puerta del baño se abrió y apareció Lucas, apartando al Rebel con rabia. Este, debido a la sorpresa, trastabilló y chocó con la pared. Antes de que se recuperara, me escabullí y cogí a Lucas del brazo para alejarlo. Suspiré aliviada cuando nos acercamos a la mesa con el resto. Decidimos irnos de allí y, antes de abandonar el local, crucé una mirada con Omar. Parecía confuso y me prometí hablar con él en otro momento.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Elena cuando ya estábamos fuera.

No pude evitar mirar a Hugo, que parecía tenso, y todos siguieron mi mirada. Lucas le cogió el brazo.

—¿Quiénes coño son? —espetó, todavía nervioso.

—Rebels.

Todos parecían confundidos excepto Rocío, que alzó las cejas y apretó los labios. Hugo la miró interrogativo. Rocío boqueó cuando se sintió observada.

—¿Qué pasa? —preguntó Adrián, que alternaba su mirada entre Hugo y Rocío.

—Esos tipos… son malas noticias —murmuró Rocío esquivando nuestras miradas.

Todos se quedaron en silencio, y no me di cuenta de que estaba apretando con intensidad mi camiseta hasta que Lucas cogió mi mano y la acarició para infundirme tranquilidad. Nos miramos sin saber muy bien qué decir.

Cuando vimos salir a los Rebels del local, decidimos entrar de nuevo para hablar con Omar.

—Empezaron a aparecer antes de acabar las clases —dijo mientras se mantenía ocupado secando copas—. Suelen venir esos dos, aunque a veces aparece un tercero.

Fruncí el ceño confundida. No había visto nunca a un tercero.

—Ese —nos sorprendió Omar, susurrando sin levantar la mirada.

Todos nos giramos hacia la puerta de entrada, donde Albert y Laura acaban de entrar. Mi corazón se saltó un latido al tiempo que Albert ladeó la cabeza al mirarme.

15 - Albert

Acepté salir por el pueblo debido a las continuas insistencias de Laura. Llevaba días nerviosa por la ampliación de hoteles en la multinacional de su padre, y aseguraba que el éxito de ese contrato recaía sobre ella. Ella, que todavía era una estudiante, pero se había criado con uno de los peces más gordos de toda la provincia.

—Desde que hemos llegado, apenas hemos pasado tiempo juntos. Vinimos para reconectar, y nuestra rutina se parece sospechosamente a la misma mierda que teníamos en Badet —me dijo la noche anterior.

Laura, la misma que se ruborizaba ante los demás por cualquier tontería, fingiendo ser inocente y dulce, en nuestra intimidad era una tirana que hacía lo que quería conmigo.

Así que accedí, la llevé a pasear por el pueblo, le enseñé las calles por donde me crie y, finalmente, la llevé a El Refugio. Cuando entramos me encontré de frente con Marina y sus amigos. Y todos nos miraban.

Tragué saliva con disimulo y adopté mi tan ensayada actitud de persona que está por encima de todo y de todos.

—¿Qué pasa, vecina? —sonreí con suficiencia.

—Parece que hayas visto un fantasma —se rio Laura.

—Pues casi —murmuró ella, apartando la mirada incómoda.

Sabía algo, lo veía en sus ojos. Mi mirada viajó sin darme cuenta a los dos chicos que se mantenían en tensión al final de la barra, y centré rápidamente la atención de nuevo en Marina. Sonreí mientras rodeaba a Laura por los hombros, notando como esta me miraba embelesada, y analicé la reacción de Marina. Desvió la mirada con rapidez.

—¿Os quedáis a tomar algo con nosotros? —propuso Laura. Marina me miró sin comprender y yo, sin poder evitarlo, abrí la boca para rechazar esa estúpida petición. Pero la amiga rubia de Marina se adelantó.

—¡Claro!

Todos la miraron interrogativos y yo cerré la boca. Una vez sentados, se generó un incómodo silencio que provocó que Laura se moviera inquieta y les dedicara sonrisas falsas por doquier.

—Bueno, Laura… ¿qué te parece el pueblo? —preguntó la amiga de Marina.

Bajé la cabeza divertido, riendo entre dientes y Laura me golpeó cariñosamente en un costado, incómoda.

—Eh… es muy bonito. Muy pequeño…

—Laura es más de ciudad —la defendí. Marina entornó los ojos, visiblemente tensa, y yo sonreí con placer por su reacción.

—Como tú, entonces —me dijo ella.

—Me adapto bien —contesté con una sonrisa ladeada.

—Sí, pareces bastante camaleónico —murmuró Lucas, el perrito faldero de Marina, ante la sorpresa de todos. Le dediqué una sonrisa tensa y no pude evitar ladear la cabeza en su dirección.

Marina pareció satisfecha con el comentario del que suponía que era su pareja, y eso me molestó más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—¿Albert? —se mofó Laura divertida—. Que no os engañe, se le ve venir. Yo lo calé enseguida.

Reí al ver a Marina poniendo una mueca, siendo tan transparente como recordaba. La rubia,

llamada Elena, la miró con atención.

—¿Sí? ¿Y eso? —preguntó con fingido interés. Aguanté mis ganas de reír por la pésima sobreactuación.

Laura me miró con complicidad, y yo volví a disfrutar de la tensión que emanaba de Marina.

—Veréis… Albert y yo nos conocimos en La Guarida, el *pub* donde trabaja. No me perdió de vista en toda la noche. Se las arregló para servirnos las copas a mis amigas y a mí, incluso se hizo el encontradizo varias veces de camino al «almacén». —Rio mientras hacía un gesto de comillas en el aire.

—Vaya, qué sutil. Rozando el acoso —dijo Marina con inquina. Aguanté mis ganas de reír.

—Soy un chico con las ideas claras. Quería su teléfono y lo conseguí —manifesté mirando a la hermana de Guille fijamente, intentando provocar una reacción en ella. Su mueca no se hizo esperar, y sonreí complacido.

Laura rio con exageración, provocando muecas de aceptación entre los amigos de Marina.

—¿Y cómo lo conseguiste? —preguntó Marina, probablemente sin pensar.

Lucas la miró con curiosidad y no pude evitar sonreír con suficiencia. Laura siguió con su relato.

—Me habló de mis ojos. De lo que le transmitían y de…

Pero el discurso terminó antes de lo esperado. Marina se levantó de la silla con fuerza, sorprendiéndonos a todos. Su pecho se movía agitadamente, y su mirada estaba atenta a mi expresión. No supe cómo reaccionar entonces, pero tuve la certeza de que esa sería la primera vez de muchas que ella supondría un riesgo para mi plan. Para la idea. Esa idea que, poco a poco, me quemaba más y más por dentro. Aparté la mirada cuando fui consciente del sufrimiento que todo aquello supondría para ella cuando se alejó de la mesa. No podía permitirme pensar en eso.

Un silencio tenso se formó en el ambiente entonces. Elena se levantó poco después y recorrió el mismo camino que Marina había hecho minutos antes. La mirada de Lucas se clavó en mi perfil con fuerza, con tanta intensidad que tuve que hacerle frente.

—¿Qué te propones? —cortó el silencio este, visiblemente contenido.

Entorné los ojos en su dirección, pues no podía soportar su expresión. Muchas cosas habían cambiado desde que me fui, pero cuando vi por primera vez a Marina acercarse a ese chico de ojos claros fue cuando en realidad comprendí el tiempo que había pasado. Y la rabia volvió más fuerte que nunca.

Al volver a casa, Laura estaba sospechosamente callada. Yo seguía pensando en todo lo que había pasado momentos antes en el *pub*, intentando aparentar una tranquilidad que estaba muy lejos de ser lo que sentía.

Días antes me encontré a Guille al salir de casa y la tensión se palpó al instante. Su primera reacción fue gruñir, un hábito que ya tenía años atrás. Mostré una ligera sonrisa al recordarlo, pero recobré rápidamente mi habitual expresión seria. Él no me miraba cuando ambos entramos en el ascensor, y una gran parte de mí gozaba con la sensación de producirle incomodidad.

—¿Por qué estás aquí? —murmuró Guille cuando las puertas del ascensor se cerraron. Sonreí.

—Debe ser la duda más recurrente estos días —me mofé. Él se giró a mirarme, visiblemente airado.

—Olvídate de ella.

—¿De quién? —pregunté, disfrutando al ver sus nudillos volverse blancos.

—Lo sabes bien. No te acerques a Marina, olvida que existe. Si te veo cerca de ella…

—¿Qué? —me encaré. Él imitó mi gesto y ambos terminamos frente a frente, retándonos con la mirada.

—Lamentarás haber vuelto —zanjó.

Sonreí, confirmando así que Marina siempre fue y será su debilidad más absoluta.

—Veremos si ella puede mantenerse alejada de mí —murmuré con placer.

Las puertas del ascensor se abrieron y vi a Guille dudar. Finalmente, resopló y se marchó.

Me quedé mirando el camino por el que se marchaba, alejándose con rapidez y paso firme, y pensando en todo aquello que había cambiado desde la última vez que lo vi.

Debía pagar por lo que hizo.

16 - La verdad que no supe ver

Me levanté con fuerza y sin pensar, tratando de controlar mi respiración entrecortada y con una necesidad imperante de acallar los bombeos de mi corazón, que latían con fuerza en mis tímpanos. Albert apartó la mirada y noté que algo se rompía dentro de mí.

Me alejé rápidamente sin tiempo para reflexionar en las consecuencias, y salí fuera. Cuando la brisa fría de la noche me rodeó, dejé caer mi peso sobre los escalones que se encontraban en el lateral del local. Elena apareció enseguida.

—Menudo cabronazo —dijo sin dejar de darme friegas en la espalda.

Apoyé mis codos en las rodillas y tiré de mi cuero cabelludo para tratar de normalizar mi respiración.

—Pensé que habías cerrado esa puerta —murmuró Elena sin mirarme.

—Y lo había hecho —respondí con un hilo de voz.

—¿Entonces?

Nos miramos y vi algo claro entonces. Elena siempre supo que esta historia me perseguiría, lo intentó hablar conmigo varias veces en el pasado sin mucho éxito, y yo no pude hacer más que morder mi labio inferior con fuerza, incapaz de afrontar todo aquello.

—Marina… tienes que olvidar esto. Primero fue la advertencia de Guille. Ahora lo que nos ha dicho Omar de los Rebels… Si todo esto es cierto… debes alejarte.

Asentí sin mirarla, con mi cabeza todavía escondida entre mis brazos. Elena se levantó y, cuando alcé la cabeza, Lucas estaba mirándome con los labios apretados.

—Esto… voy a pedir otra ronda, ¿vale? —dijo nerviosa mientras se alejaba.

Cuando estuvimos solos, Lucas se acercó lentamente y se sentó a mi lado. Intenté sonreírle y él me rodeó con su brazo, suspirando.

—Es él, ¿verdad? —murmuró apático.

—Era.

—Con lo que acaba de pasar, no sé si hablar en pasado es…

—Es pasado —le corté, mirándolo con intensidad.

No pareció convencido, pero, al final, asintió, girando su cabeza al frente. No podía soportar hacerle daño y supe que lo había herido por su expresión, por lo que le acaricié la mejilla y volví a dirigir su mirada hacia mí. Él cerro los ojos.

—Mírame —susurré. Él lo hizo—. Ahora solo estás tú, ¿vale?

Él apretó los labios, inseguro, pero se dejó llevar. Mis labios lo abordaron con necesidad, abriéndose camino con fuerza para intentar dinamitar las dudas que había entre nosotros. Quise creer con todas mis fuerzas la veracidad de mis palabras.

Al día siguiente, mi madre estaba preparando una ensalada de legumbres en la cocina mientras me explicaba cómo cortar el pimiento. Yo asentía distraída, sin poder evitar pensar en lo que había pasado el día anterior. Necesitaba despejar las dudas sobre la historia que Albert me había contado en la terraza, sobre por qué no sabía o no conseguía recordar nada sobre sus padres.

—¿Qué pasó con Albert, mamá? —pregunté, cortando su interesante explicación de por qué era importante lavar las verduras antes de cortarlas.

Ella se giró mientras suspiraba, y yo la miré con atención.

—La situación en su casa era… complicada. Su madre, Lucía, nunca expresó abiertamente el calvario que vivía en casa. Pero todos los que estábamos cerca de ella podíamos intuir cuál era su

realidad. Aun así, ella se esforzaba por desmentir todos los rumores y yo… quise creerla —relató visiblemente herida. Sus ojos empezaban a empañarse y apartó la mirada hacia la tabla de cortar —. Debí hacer algo, debí ayudarla. Pero no sabía cómo. Solo… intentaba hacerla reír, intentaba que saliera de casa y se olvidara de lo que fuera que pasaba dentro de esas cuatro paredes. Pero no fue suficiente.

Asentí apesadumbrada, intentando imaginar cómo podría ser la rutina de una familia viviendo esa realidad. Tragué saliva.

—Yo… no sabía… ¿Por qué no sabía nada? —me aventuré. Ella sonrió tiernamente, acariciando mi mejilla.

—Cariño… cuando Albert se marchó te encerraste en ti misma. Durante mucho tiempo, fue imposible mantener una conversación contigo más allá de la habitual.

—Podríais habérmelo dicho. Han pasado años —exclamé a la defensiva.

—No era ningún secreto, Marina. Lo hablamos varias veces en casa, pero tú… parecías no querer escuchar. Y tu hermano… —dijo mamá, dejando su discurso en el aire. Me giré a mirarla con interés.

—Y mi hermano, ¿qué?

Ella formó una fina línea en sus labios y sacudió la cabeza.

—Tu hermano se sintió culpable durante mucho tiempo, y por ello decidimos dejar de hablar de todo aquello.

—¿Culpable? ¿Por qué? —quise saber, sorprendida.

—Él no sabe esto, pero sé que fue él. Le escuché hablar con la policía. Él avisó de la situación en casa de Albert.

Esa confesión me dejó sin palabras, pero en mi interior se originó el desencadenante que unió los puntos necesarios para comprender la situación.

La historia seguía, y yo tenía un hilo del que tirar.

17 - Atando cabos

Adrián y Elena se sorprendieron cuando les llamé para vernos en el lago. Salí de casa con prisa, con la camisa de cuadros verde de Guille atada a la cintura y las Vans desabrochadas. Cogí las llaves y el monopatín y me fui antes de que mamá pudiera acabar con la comida.

Cuando llegué, ellos ya estaban allí sentados sobre una toalla vieja y roída que, apostaba una mano, era de Elena. Levanté una ceja en su dirección.

—¿No has encontrado una toalla más mugrienta? —bromeé. Ella puso los ojos en blanco.

—No me has dejado mucho tiempo para escoger una mejor, no me juzgues —replicó mientras comía un bocadillo de jamón de medio kilo.

—Pero para hacerte el bocadillo, sí —murmuró Adrián conteniendo una sonrisa.

—¡Es mi desayuno! —se justificó.

Adrián y yo reímos mientras ella masticaba con vigor. Nos acomodamos sobre la toalla mirando hacia el lago y suspiré, intentando ordenar todas las ideas que se agolpaban en mi mente. La reciente conversación con mi madre había aportado luz a muchas de las dudas, pero necesitaba ser completamente sincera con mis mejores amigos para conseguir ver toda la situación en perspectiva. Adri me miró y yo apreté los labios, tratando de encontrar las palabras.

—Hay algo que no os he contado… —empecé mi relato.

Durante un largo rato, les expliqué las diferentes ocasiones en las que Albert había aparecido, sus insinuaciones y coqueteos y el misterio que parecía rodearle. Ellos asentían, escuchándome atentamente, mientras yo relataba sus acercamientos con cierta vergüenza. También reflexioné sobre el cambio de actitud de Guille desde que él había aparecido, cómo parecía esquivarle y la insistencia de Albert para que fuera él quien me explicara todo. Por último, les hablé de la reciente información sobre la muerte de su madre, la supuesta implicación de su padre y la última revelación de mamá. Elena se tapó la boca sorprendida mientras no daba crédito a lo que escuchaba, y Adrián apretó los labios en una muestra de disgusto.

—¿Crees que puede tener relación? —preguntó Elena una vez finalicé la historia.

—Pensadlo. Guille y Albert eran muy amigos y ahora parecen no soportarse. Albert dijo que su padre mató a su madre… y luego está la llamada de Guille a la policía. Tiene que tener relación —dije, intentando atar cabos.

—Si Guille decidió llamar a la policía, probablemente fue porque la situación en casa de Albert era insostenible —reflexionó Adrián. Yo asentí, pensativa.

—Quizá… quizá había malos tratos. Es lo único que podría tener lógica —dijo Elena.

—Mi madre ha dado a entender eso mismo. Malos tratos continuados en su casa, Guille decidió ayudar a su amigo llamando a la policía, pero… salió mal. Su padre se enteró y se enfadó. —Los miré, sintiéndome muy incómoda por frivolizar así una situación tan complicada, pero comprobando que podía tener sentido.

—Pero, entonces… ¿qué relación tienen los Rebels en esta historia? —comentó Adrián, confundido.

Los tres nos miramos, intentando encontrar una teoría que enlazara a esa banda de la ciudad. Abrí mucho los ojos.

—Albert tuvo que irse de aquí. Quizá… quizá fue a la ciudad. Hugo me contó que los Rebels actúan en Badet. Quizá él empezó a salir con ellos viviendo allí. Toda la situación con sus padres lo dejaría hecho polvo y quizá buscaba…

—Autodestruirse —finalizó la frase Adrián, sacudiendo la cabeza.

Yo asentí lentamente y se formó un silencio que aproveché para intentar atar los cabos sueltos

de manera lógica. Si realmente la historia había sido tal y como estábamos teorizando… entendía el cambio de actitud en Albert. La sola idea de que todo aquello pudiera ser verdad me inquietaba y, sobre todo, me apenaba. La expresión de Elena cortó el hilo de mis pensamientos y movió los brazos en el aire con fuerza.

—Ayer Laura mencionó La Guarida, el *pub* donde trabaja Albert —dijo alzando la voz. Adri y yo levantamos las cejas—. Deberíamos ir.

—¿Para qué? —respondió Adrián, no muy seguro.

—¿Y si está relacionado? —insistí, apoyando la idea de Elena.

—¿Por qué iba a estar relacionado su lugar de trabajo?

—¿Por qué no? Seguro que podemos sacar alguna teoría que dé sentido a todo esto —respondió Elena con seguridad.

—No sé, chicas… —dudó Adrián.

—Nosotras iremos. —Asentí en dirección a Elena, que movió rápidamente la cabeza para apoyarme—. Seguro que Rocío también se apunta.

—Vale, lo hablaremos con los demás —sentenció Adrián.

Nosotras sonreímos y nos lanzamos sobre él, entre risas.

. . .

—De verdad que no entiendo a qué tenéis que ir a la ciudad ahora que tu padre ha conseguido alargar el fin de semana —se quejaba mamá mientras me veía preparar la mochila.

—¿A la ciudad? —Apareció mi hermano por la puerta. Puse los ojos en blanco de espaldas a ellos.

—Hace cinco minutos, tu hermana ha decidido que pasarían un par de días en la ciudad. Justo cuando tu padre no está.

—¿Qué se te ha perdido en la ciudad? —preguntó todavía confuso Guille.

—Si en septiembre empiezo en la Escuela de Cocina, quiero conocer antes la zona donde viviré. Es lógico, ¿no?

Mamá levantó mucho las cejas y pareció emocionarse por un momento.

—¿Te apuntaste al final?

—No, pero hasta finales de julio puedo hacerlo. —Sonreí al ver la expresión de felicidad congelada de mamá.

Mi madre salió de la habitación murmurando algo sobre lo poco que me entendía y Guille se acercó. Suspiré con disimulo.

—¿A qué vas a la ciudad? —murmuró cerca de mi oído.

—¿Ya me hablas? —pregunté tirante. Él apretó los labios.

—Quizá me apunto. Creo que le diré a Clara que me haga un tour, para cuando nos mudemos juntos allí —intentó picarme.

—Deja de meterte en mi vida. Deja de intentar saberlo todo —espeté con furia. Él levantó las cejas, olvidando su anterior buen humor—. ¿Te suena? Pues aplícatelo.

Cerré la cremallera de la mochila con fuerza y le dejé confundido en mi habitación.

18 - Badet

Cuando llegamos a Badet, Rocío nos esperaba en la parada de autobuses y no dejó de hablar emocionada sobre todo lo que quería enseñarnos. Todos sonreímos al verla tan feliz. Hugo rodeó a Elena por los hombros y se sonrieron en un gesto tan íntimo que tuve que apartar la mirada, encontrando a Lucas mirándome divertido. Decidimos separarnos por grupos para dejar nuestras mochilas. Adrián y Jordi decidieron ir a casa de Rocío, mientras Lucas, Hugo, Elena y yo nos encaminamos a la casa de mi padre.

En cuanto entramos, Hugo y Elena soltaron las bolsas y se besaron, ella subida a horcajadas sobre su cadera. Lucas y yo pusimos los ojos en blanco.

—Supongo que no os escandalizaréis, ¿verdad? —dijo Hugo divertido, seguido de una risita infantil de Elena.

Mientras paseábamos por la ciudad, Rocío nos explicó dónde estaba todo, señalando emocionada cada edificio y contándonos anécdotas de cada rincón. Hugo y Jordi la imitaban con intensidad.

—¡Rocío! ¿Eso es un árbol en la ciudad? —preguntó Jordi con fingida emoción. Todos reímos con ganas.

—¡No me jodas! ¡Mira ese banco de ciudad! —respondió Hugo, con el mismo tono emocionado.

Seguimos andando, observándolo todo a nuestro paso como si nunca hubiéramos estado allí. Los edificios eran mucho más altos y las calles asfaltadas estaban acompañadas de árboles en ambos lados de la calle. Había muchos negocios locales, así como también grandes cadenas de multinacionales.

—Mirad, chicos. Ahí estudiaré yo —dijo Adrián señalando un edificio antiguo adornado por unas columnas con volutas detalladas en su entrada.

—Pues está muy cerca de la Escuela de Cocina —dijo Rocío, mirándome de reojo. Parpadeé lentamente, adivinando el tono que adoptaría la conversación.

—¿Aún no sabes si vendrás? —preguntó Jordi.

—No he decidido nada aún.

—Ya sabéis, hasta el último día no tomará una decisión —bromeó Elena, recibiendo mi mirada de desaprobación.

—Luego todo serán prisas —siguió Hugo, provocando risas en todos.

—La emoción de vivir al límite, ¿verdad? —me defendió Lucas con una sonrisa.

Le respondí con un golpe cariñoso en el brazo y rodeó mi cintura. Todos se mantuvieron en silencio, mirándonos.

—Dejad de haceros los sorprendidos —dijo Lucas.

Todos estallaron en carcajadas y yo sonreí cuando Lucas envolvió mis hombros con su brazo.

Fuimos a ver la Rambla, la plaza del Ayuntamiento, la zona de universidades y comimos una hamburguesa grasienta en un restaurante en el casco antiguo. Para hacer tiempo, y queriendo aprovechar al máximo nuestra visita a la ciudad, Rocío nos enseñó los parques más cercanos al centro. Eran como pequeños pulmones de vegetación rodeados de bloques de viviendas, y se respiraba tal calma que pude imaginarme viviendo allí mismo, rodeada de todos ellos. Nos sentamos en el césped de uno de los parques más grandes, el cual estaba rodeado por una valla de hierro que se cerraba por la noche, y bebimos de nuestros refrescos mientras escuchábamos

nuestros planes de futuro.

Jordi y Adrián habían encontrado un piso cercano al centro, asequible y relativamente grande. No podían ir a verlo hasta septiembre, puesto que los estudiantes que ocupaban las habitaciones habían decidido pasar el verano allí antes de volver a sus casas. Elena, por otro lado, seguía a la espera de saber si la habían aceptado en los estudios de Moda, pero si todo salía según lo planeado optaría por buscar una habitación cercana a su centro de estudios.

Lucas se mantenía firme en la idea de tomarse un año sabático para realizar un voluntariado, mientras Hugo y yo seguíamos todavía decidiendo nuestros próximos pasos. Sobre las siete de la tarde, decidimos encaminarnos hacia el *pub* La Guarida.

Cuando llegamos a la ubicación que Rocío seguía con diligencia en su teléfono, el silencio que nos envolvía evidenciaba que todos tenían reparos sobre el plan, pero decidí tomar las riendas para evitar huir del lugar. El *pub* se encontraba en un callejón estrecho, bastante cercano al centro. El muro exterior de La Guarida estaba pintado en negro, contrastando mucho con los bloques color crudo que lo flanqueaban, y parecía haber sido restaurado recientemente. Un cartel en la parte superior ocupaba la amplitud del local, donde se leía La Guarida en letras rojas góticas y un fondo desgastado negro que daba un aspecto grunge. Cuando entramos, nos recibió un lugar oscuro y casi vacío, donde se escuchaba la canción Holiday, de Green Day, a un volumen tan alto que impedía escuchar hasta mis propios pensamientos. A nuestra derecha se encontraban varias mesas de madera vieja, con diferentes banquetas y taburetes negros con desconchones. A nuestra izquierda, una barra americana ocupaba gran parte del espacio, rodeada por un futbolín en la parte más cercana a la puerta y un billar en la parte más alejada, junto a los baños del fondo. Una tarima destartalada y baja hacía la función de escenario, donde reposaban una batería, un piano portátil y un par de guitarras. Nuestra entrada llamó la atención de la camarera, una chica joven con el pelo teñido de rosa y con una camiseta rota de un grupo de música que apenas se leía. No apartó la mirada hasta que nos sentamos en una de las mesas centrales, a medio camino entre la puerta y los baños.

—¿Habías estado aquí antes? —preguntó Elena recostada sobre la mesa para hacerse oír por encima de la música.

Hugo negó con la cabeza al mismo tiempo que la camarera se acercaba a nosotros. Nos miró con una sonrisa irónica y pidió nuestros carnés. Cuando sostuvo el mío, me dedicó una mirada curiosa.

—No sois de por aquí —afirmó. Nosotros negamos con la cabeza—. Bueno, cuatro de tres. Os serviré las cervezas a vosotros y, si las compartís, será bajo vuestra responsabilidad.

La camarera del pelo rosa señaló a Hugo, Jordi, Lucas y Elena con una sonrisa y se fue hacia la barra a preparar nuestras bebidas.

—Qué bien sienta ser mayor de edad —suspiró divertida Elena.

Todos reímos y nos levantamos para jugar al futbolín, mientras yo seguía pensando en la mirada que la chica del pelo rosa me había dedicado al ver mi DNI. Adrián y yo decidimos jugar contra el vencedor, mientras Rocío se encargaba de las puntuaciones y los demás se colocaban en sus posiciones. Un silbido llamó nuestra atención y, al girarme, vi como la camarera colocaba los botellines en la barra y se recostaba para mirarme con una sonrisa. Hugo y yo fuimos a por las bebidas.

—Me resultas familiar —comentó mirando a Hugo. Él sonrió tenso.

—Tengo una cara muy común.

—Ya… —murmuró ella entornando los ojos.

—Venimos recomendados por un amigo —dije, intentando desviar la atención. Ella me miró

con curiosidad—. Albert.

Ella levantó las cejas y su sonrisa irónica mutó a la diversión.

—Tiene sentido. Venís de La Roca, ¿verdad? —preguntó mientras secaba una copa.

Hugo y yo nos miramos fugazmente. Asentí con la cabeza.

—Esperábamos encontrar a unos amigos en común. Rebels —me aventuré. Su expresión se ensombreció y mis músculos se tensaron.

La chica dejó la copa a un lado y se apoyó en la barra, mirándome fijamente. Sostuve su mirada sin titubear, intentando comprender su reacción. Cuando ella sonrió, solté despacio el aire de mis pulmones.

—Deben estar al caer. Podréis saludar a Albert también —dijo mirando el reloj colgado en la pared contraria—. Siempre llega antes de empezar el turno.

La sangre abandonó mi cara y tuve que sostenerme en uno de los taburetes para no perder el equilibrio. Hugo se afanó en sonreír.

—Genial —dijo.

Con los botellines en la mano, volvimos al futbolín mientras nuestros amigos nos miraban confusos.

—Tenemos que irnos —musité nerviosa. Elena frunció el ceño.

—¿Por qué? Debo reconocer que este sitio tiene su encanto.

—Albert va a venir ahora —susurró Hugo con los ojos muy abiertos.

Volvimos a la mesa intentando disimular nuestra prisa. Adrián se acercó a la barra para pagar mientras nosotros recogíamos nuestras cosas.

—Joder… —murmuró Lucas, mirando por encima de mi hombro.

Cuando nos giramos, vimos a Albert parado en la puerta, hablando en voz baja con los tipos de cazadora de cuero con los que venía y sin apartar los ojos de mí.

19 - Mario

Cuando Adrián llegó a la mesa después de pagar, se paralizó al ver nuestra tensión. Albert se acercó con paso decidido, con el ceño fruncido y apretando los dientes. Nos miró lentamente uno a uno hasta posar sus ojos en mí y yo apreté los labios, intimidada. Me cogió del brazo con fuerza, sin cambiar su expresión, y Lucas se levantó, alargando la mano hacia su brazo. Me pareció escuchar los dientes de Albert rechinar.

—Te aseguro que no es tu mejor idea —masculló Albert en tono frío. Lucas apretó los dientes y apartó la mano.

Albert tiró de mí y me llevó hasta el baño, cerrando a sus espaldas y apoyándose para bloquear la puerta. Cruzaba los brazos con fuerza y parecía nervioso, mirándome con intensidad. Dejó ir un suspiro contenido y me llevó hacia uno de los baños privados, cerrando con el pestillo.

—¿Y bien? ¿No vas a decir nada? —espetó enfadado.

—¿Yo? Eres tú quien me ha arrastrado al baño de hombres. Y huele fatal, por cierto. A ver si te pones las pilas en tu trabajo… —dije conteniendo una sonrisa. Él clavó su mirada enfadada en mí.

—¿Bromeas? Eres incluso más ingenua de lo que creía —dijo con rabia, acercándose a mí.

Estaba tan cerca que podía sentir su calor corporal, y bajé la mirada para evitar que viera el rubor en mis mejillas. Albert suspiró un par de veces, tratando de calmarse.

—¿Ahora me sigues tú también? —dijo en un tono más suave. Levanté la mirada.

—¿También? ¿Confirmas que me seguías?

—Sí.

Entorné los ojos y me fijé en su expresión. Apretó los labios para contener una sonrisa.

—¿Qué esperas encontrar? —murmuró.

—Pruebas.

—Pruebas… ¿de qué? —preguntó curioso, con la cabeza ladeada.

Su proximidad lo invadía todo y, cuando acortó la distancia, contuve la respiración.

—De que eres un Rebel y has vuelto al pueblo para vengarte de Guille —susurré en un hilo de voz.

Albert levantó las cejas, sorprendido, y se separó. Después me dedicó una sonrisa condescendiente.

—¿Y qué conclusiones sacas?

—Que es cierto. —Tragué saliva, todavía con la esperanza de que negara todo aquello.

Él amplió su sonrisa, parecía tranquilo en contraste con el nerviosismo que yo sentía.

—Ya… ¿no hay nada más? —dijo clavándome la mirada. Negué con la cabeza—. ¿Segura?

Asentí.

—¿No querías ver el lugar donde conocí a Laura? —Su sonrisa se ensanchó cuando vio cómo tragaba saliva—. No te enfada saber que conocí a alguien, ¿verdad? Vernos enamorados. Saber que la beso, que dormimos juntos, que tenemos planes para vivir juntos. Aquí, en la ciudad.

Tragué saliva notando cómo el nerviosismo mutaba a la rabia. Sabía que decía todo aquello para provocar una reacción en mí, y yo no quería satisfacerle. Apreté los dientes con fuerza y bajé la cabeza cuando se acercó. Respiré con dificultad al notar su proximidad y no pude evitar alargar una mano hacia su estómago, intentando evitar que acortara más la distancia. Pero él la cogió con calma, acariciando mis nudillos con sus dedos, y la aparté. Él sonrió y se separó, apoyándose en la pared del fondo.

—Dile a Guille que empieza el juego —murmuró con una sonrisa ladeada.

—Estás enfermo —susurré, avergonzada por mi reacción.

—Vete de aquí, Marina —dijo en un tono cansado.

Cuando volví a la mesa, mis manos temblaban y sentía una irrefrenable necesidad de escapar.

—Vámonos —fue lo único que conseguí decir mientras cogía mis cosas.

Notaba la mirada de Lucas clavada en mi nuca, pero no fui capaz de enfrentarlo en ese momento. A mis espaldas, la puerta de entrada se abrió y, cuando me giré, encontré una cara conocida que no esperaba ver.

—¿Marina? —dijo sorprendida, con sus rizos rubios recogidos en una coleta alta y parándose en seco.

—¿Clara? —pregunté confusa. Miré al chico que rodeaba sus hombros con inquietud. Su sonrisa me heló la sangre.

—¿Qué haces aquí? —murmuró ella, apenas audible.

—¿Y tú?

—Vaya, vaya… ¿qué hace la hermana de Guille por aquí? —dijo el chico alto de pelo corto que la acompañaba.

Clara bajó la mirada a sus pies y la tensión se acumuló en mi cuello. Me fijé con detenimiento en su acompañante. Era alto, más alto incluso que Albert. Su pelo negro caía despeinado sobre su frente, con los laterales rapados. Tenía los pómulos marcados y la barbilla cuadrada. Pero su rasgo más inquietante eran sus ojos oscuros levemente hundidos. Me estudiaba con interés.

—¿Y tú eres…? —pregunté.

—Mario.

Habló con seguridad y me escrutó el rostro, analizando mi expresión. Levanté una ceja hacia él y sonrió.

—¿De verdad no sabes quién soy? —preguntó atónito, riéndose con los demás—. Soy un viejo amigo de tu hermano.

Se acercó con la intención de darme dos besos y me separé con brusquedad. Él volvió a reír divertido.

—Hay que ver qué desconfiados son los de pueblo, ¿verdad, Albert?

Ante su mención, me giré para comprobar que él estaba allí, muy serio y sin apartar la mirada de Mario.

—Lárgate —murmuró, lanzándome una mirada fugaz.

Parpadeé confundida por su reacción y noté el brazo de Hugo tirando de mí hacia fuera.

20 - Miedo

—¿Qué coño acaba de pasar? —dijo Elena mientras nos alejábamos a toda velocidad del *pub*.

—¿Qué te ha dicho Albert? —preguntó Lucas.

—¿Esa era Clara, la novia de tu hermano? —quiso saber Hugo.

Respiré con dificultad cuando todos se pararon delante de mí, mirándome y esperando respuestas. Todos parecían igual de confundidos que yo.

—La pregunta es… ¿por qué Mario sabe quién eres? —murmuró Rocío.

Todos centramos nuestra atención en ella, sorprendidos.

—¿Quién es Mario? —pregunté con un hilo de voz.

Rocío se removió nerviosa, buscando la mirada de Hugo. Él apretó los labios, visiblemente tenso.

—Mario es un problema —sentenció. Rocío rio sin ganas.

—No. Mario es EL problema.

Tragué saliva con dificultad, intentando ordenar el caos de información y pensamientos que me sobrevolaban.

—¿Por qué? ¿Qué pasa con ese tío? —preguntó Jordi olvidando su habitual desgana.

—Mario es el líder de los Rebels —respondió Hugo.

Tragué saliva al recordar la figura del líder de los Rebels en la explicación de Hugo días atrás

—¿Y por qué Mario, el líder de los Rebels, estaba con Clara, la novia de mi hermano? —pregunté intranquila.

—Marina… tienes que hablar con Guille. Esto ha dejado de ser un juego —dijo Elena asustada.

—Que empiece el juego… —murmuré recordando las palabras de Albert. Todos me miraron al instante.

—¿Qué? —Lucas se acercó a mí.

—Albert. Me ha dado un mensaje para Guille. «Dile a Guille que empieza el juego», me ha dicho.

—Joder… —Hugo se pasó la mano por la cara, nervioso.

—¿Qué pasa? —murmuró Elena con un hilo de voz.

—Pasa que tenemos que irnos, hablar con Guille y trazar un plan —sentenció Hugo, serio.

Después de debatir durante un buen rato sobre nuestro siguiente paso, finalmente decidimos pasar la noche juntos en casa de mi padre. Rocío, Jordi y Adrián fueron a por sus mochilas mientras nosotros preparábamos la cena, todavía inquietos por lo vivido recientemente.

—¿Te ayudo? —Se acercó Lucas una vez estuve en la cocina.

—He traído masas de pizza ya hechas. También tenemos bacon, queso, rúcula, champiñones… —dije atropellándome al hablar.

Lucas tiró de mi mano y me rodeó la cara con las suyas, mirándome fijamente con una expresión preocupada.

—Todo irá bien, ¿vale? —susurró cerca de mis labios.

—No… no entiendo nada, Lucas. ¿Qué hacía Clara con ellos?

—No lo sé, pero hablaremos con Guille.

—Creo que me siguen, Lucas. Que me vigilan —susurré con los ojos muy abiertos. Él frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

Al ver su expresión de preocupación, opté por callar mis sospechas. No dije nada sobre los Rebels que aparecían allá donde yo iba, ni sobre la figura encapuchada y, sobre todo, tampoco mencioné cómo Albert parecía siempre saber dónde iba a estar.

—Nada… No lo sé… Estoy nerviosa —dije, dejándome arropar por sus brazos.

Después de cenar, el silencio y la ansiedad nos sobrevolaban. Hugo y Rocío hablaban sobre los Rebels, explicándoles a los demás lo que en su día Hugo me contó a mí. Mi cabeza desconectó con rapidez, intentando encontrar una explicación a todo aquello. La necesidad de Guille por mantenerme al margen de toda esa historia encabezaba la lista de preguntas que se amontonaban en mi cabeza. Mario había dado a entender que eran viejos amigos, pero la sonrisa lobuna y el tono de su voz evidenciaban que la amistad no era lo que los unía. Albert, por otro lado, no había negado su voluntad de venganza contra mi hermano, y eso me dolía más de lo que estaba dispuesta a admitir. ¿Realmente la llamada que Guille hizo a la policía había terminado con su amistad o había algo más? Más interrogantes. La aparición de los Rebels había ocasionado malestar en el comportamiento de Guille durante los últimos días, sin ahondar en los motivos por los que sus amigos también parecían querer apartarme de esa situación. ¿Tendría yo algo que ver con todo aquello?

Recordé el último día de clase en el *pub*, la sensación de sentirme observada por una extraña figura que se evaporó en cuanto la vi. Esa percepción de sentirme constantemente perseguida no había desaparecido desde entonces, al margen de lo mucho que me esforzara por fingir que no pasaba nada.

El miedo se instaló en un lugar tan profundo que me costó darle forma, pero en cada situación vivida el sentimiento crecía.

Lucas me acarició la mejilla mientras los demás hablaban. Su semblante denotaba preocupación y le sonreí forzosamente para infundirle tranquilidad. Sin éxito, claro. Me recostó sobre su pecho mientras el resto seguían preguntándose cómo era posible que los Rebels me conocieran.

—Albert es un Rebel —murmuré ante la sorpresa de todos. Se formó otro silencio—. Albert es un Rebel y ha venido al pueblo a vengarse de mi hermano.

Ellos suspiraron con desazón ante mi afirmación. Notaba el peso de todas sus preguntas en mis hombros, así como la certeza de que esta historia no había hecho más que empezar.

21 - El enfado de Guille

Después de un trayecto en autobús especialmente largo, nos despedimos en el puente del río Bru. Elena me abrazó con fuerza.

—Habla con Guille y, después, nos llamas.

Asentí con una sonrisa tranquilizadora. Lucas andaba a mi lado despacio, mordiendo el interior de su labio y mirándome de reojo de vez en cuando hasta llegar a la puerta de casa. Se despidió con un beso lento, sin dejar de acariciarme el pelo. Sentí desasosiego viéndole marchar.

Era el último martes de junio al mediodía y, aunque pensé que encontraría a mi familia en casa, no había nadie. Probablemente papá había aprovechado para verse con los amigos que tenía en el pueblo mientras mamá trabajaba en el restaurante. Dejé mi mochila sobre la cama y miré por la ventana las montañas que se extendían en la lejanía. Era un día soleado y cálido de finales de junio y, aun así, no conseguía evitar los escalofríos. La soledad de la casa acrecentó mi vacío interior, y era una sensación tan contraria a mí que solo hizo que aumentara mi miedo.

Cogí mi móvil y envié un mensaje a Guille, queriendo resolver mis dudas de una vez por todas y recuperar la normalidad.

Marina:
¿Dónde estás?

Guille:
En el *pub* con los demás. ¿Qué pasa?

Marina:
Tenemos que hablar.

Tardó unos segundos en responder, pero, cuando lo hizo, supe que tendría la oportunidad de obtener las respuestas que necesitaba.

Guille:
Te espero.

Me acerqué a El Refugio con el monopatín, notando cómo me superaba la situación y odiándome por sentir esa debilidad. Cuando llegué, mi hermano me esperaba en la puerta fumando un cigarrillo. Me miró con interés mientras me acercaba.

—Recuérdame que te compre tus propias camisas por tu cumpleaños —bromeó, sujetando un trozo de tela de la camisa entre sus dedos.

Yo asentí intentando sonreír, pero alcanzando solo a mostrar una mueca muy extraña. Guille frunció el ceño.

—¿Con quién estás? —pregunté apartando la mirada.

—Con los de siempre.

—¿Y Clara? —murmuré. Él pareció confundido—. La vi, Guille. La vi en la ciudad.

Guille dejó su mano suspendida a medio camino después de dar una calada a su cigarrillo, mirándome.

—¿Con quién? —preguntó lentamente.

—Ya sabes con quien.

—Lo que intento entender es cómo lo sabes tú.

Suspiré pesadamente y me dejé caer en un escalón lateral al *pub*. Él hizo lo mismo. Empecé a

explicarle todo lo que había pasado en mi visita a la ciudad, incluyendo mi conversación con Albert.

—Me dio un mensaje para ti —susurré con la cabeza gacha.

—¿Qué te dijo?

—Que empieza el juego.

Su expresión se contrajo en una mueca, intentando controlar la ira. Gruñó y se levantó, pateando una de las sillas de la terraza hasta hacerla caer en un fuerte estruendo.

—Hijo de puta… —murmuró con rabia mientras volvía a patear la silla.

—Cuéntame qué pasa, Guille —dije, levantándome.

—No te metas, Marina —espetó con rabia.

—¡Ya estoy metida! ¡Mario sabe quién soy! —grité. Él se giró alarmado.

—¡Joder!

—¿Qué hacía Clara con ellos, Guille? —pregunté desesperada, intentando comprender.

Guille perdió los nervios y la emprendió a golpes con las mesas y sillas. Yo intentaba frenar su ataque sin éxito, respirando con dificultad y comprendiendo entonces la gravedad del asunto. Mi hermano empezó a golpear el muro de piedra del *pub* hasta que la sangre empezó a teñirlo todo de rojo. Me aparté asustada y, en ese momento, varios de sus amigos salieron del local, tratando de tranquilizarlo.

—¿Qué pasa? —vociferó uno de ellos.

—Han movido ficha —murmuró Guille, apenas consciente de la herida en su mano.

Se formó un tenso silencio, y varios de ellos me miraron.

—Será mejor que te vayas a casa —dijo uno, que reconocí del día del evento deportivo.

—Sola no —gruñó Guille.

—La acompañaré —respondió el mismo chico.

Me alejó de mi hermano a la fuerza, agarrándome fuerte del brazo. Era un chico alto, castaño, con el pelo rapado por los laterales y mechones más largos en la parte superior de la cabeza. Tenía los ojos claros, los rasgos finos y angulosos y la piel muy blanca. Caminaba a mi lado en silencio, fumando un cigarrillo y lanzando miradas a nuestro alrededor.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté. Él se giró a mirarme con expresión seria. Dio una calada honda antes de responder y apartar la mirada.

—Sergio.

—¿Por qué el otro día no quisiste contarme nada? —me aventuré.

Él me lanzó una mirada fugaz.

—Guille dijo que te mantuviéramos al margen.

—Ya no estoy al margen.

—Imagino que te has encargado de ello —respondió con inquina.

Frené en seco, indignada.

—Pero, ¿a ti qué te pasa? —le espeté.

—Mira, Marina. Guille solo ha intentado protegerte. ¿Quieres un consejo? No te metas más de lo que lo has hecho. No vayas sola, no vuelvas a la ciudad y, sobre todo, no te fíes de Albert —sentenció, tenso.

Volvió a andar y le seguí, intentando buscar algo que reprocharle. Cuando llegamos a la puerta de casa, seguía sin encontrar nada que decir.

—No salgas sola —murmuró sin mirarme.

Se fue andando lentamente, volviendo a encenderse un cigarrillo y dejándome sola en la

puerta, sin entender nada.

22 - Adrián y mi primera vez trabajando

Me desperté cansada y con los músculos entumecidos. Intenté estirarme y cada pequeño movimiento suponía un gran esfuerzo. Había dormido poco y mal, pensando en todo lo que había pasado durante los días anteriores. Mario sabía quién era, Albert amenazaba a Guille a través de mí y Clara… ni siquiera conseguía formar una teoría que enlazara a Clara con los Rebels. Mi mente divagó un rato más recreándose en la advertencia de Sergio, hasta que la imagen de Albert acercándose a mí acabó de despertarme por completo.

En la cocina, mamá estaba desayunando mientras hojeaba un libro de recetas. Me sonrió al entrar y me preguntó sobre mi visita a la ciudad. Le expliqué lo que habíamos visto, obviando el *pub* oscuro donde trabajaba Albert, y ella pareció satisfecha con mi relato.

—Podrías venir al restaurante a probar un pase —dijo sin poder disimular cómo analizaba mi reacción—. Para comprobar si te gusta.

Asentí distraídamente, aferrándome a cualquier cosa que me sacara a Albert y a los Rebels de la cabeza.

. . .

—¿Por qué solo estoy yo aquí? —preguntó Adrián.

Estábamos sentados en la terraza, en mi rincón favorito, después de haberle enviado un mensaje para invitarle a una cerveza. Encogí los hombros.

—Necesitaba un poco de cordura —murmuré.

Él sonrió divertido. Le expliqué lo que había pasado con Guille y él escuchaba con atención mientras bebía. Le conté también la advertencia de Sergio y, llena de indecisión, le pregunté cómo veía él todo aquello.

—Yo soy yo, y tú eres tú. No vas a quedarte tranquila manteniéndote al margen, Marina.

—¿Por qué dices eso?

—¿Cuántas veces has seguido un consejo ajeno? —se mofó. Yo apreté los labios conteniendo una sonrisa—. Tú vives al límite, la emoción del último momento, la intensidad de llegar hasta el final. No dejes que te arrebaten eso.

Su afirmación me hizo reflexionar. Si bien nuestras personalidades eran totalmente opuestas, Adrián se esforzó por ponerse en mi lugar. Recordamos varios momentos vividos en el instituto, donde yo encabezaba todas las bromas a profesores y asumía las consecuencias con una sonrisa victoriosa en los labios. Reímos sobre algunas de las mejores anécdotas de años atrás hasta que, por un momento, olvidé toda la situación en la que me había sumergido recientemente. Lo miré de reojo.

—Gracias —murmuré, agradecida.

Él me empujó cariñosamente el costado y yo me sentí afortunada por tenerlo como amigo.

—Así que Lucas y tú… —murmuró mientras llevaba el botellín a sus labios. Le empujé divertida—. No me lo esperaba.

—¿Y eso por qué?

—Lucas es un buen chico —dijo. Levanté las cejas, sorprendida, y él rio—. No me malinterpretes, tú también lo eres.

—No tanto. —Reí, dando un sorbo a mi cerveza.

—Siempre te imaginé más con alguien como Hugo.

Arrugué la nariz con incomodidad.

—Somos demasiado amigos para eso —aclaré.

—¿Y con Lucas no?

—Es… distinto. Me da paz —confesé avergonzada. Él asintió.

—Lucas es Buda —bromeó.

—¿Y a ti quién te da paz? —pregunté, girándome para mirarle. Él apretó los labios.

—No pienso en eso —dijo finalmente.

—Ya, claro…

Ambos reímos y, aunque insistí en saber más sobre lo que pensaba, él no dijo nada. Después de eso, me explicó más detalles del piso que había encontrado en Badet con Jordi, cercano a la Universidad de Empresariales y al club de natación donde trabajaría Jordi. Parecía muy contento al contarme que, en septiembre, empezaría a trabajar con el padre de Rocío en su gestoría.

—Cobraré poco y apenas tendré vida social, pero estoy ilusionado —comentó con una sonrisa tímida.

—Merecerá la pena —murmuré, abrazándole.

Poco después, se marchó y yo empecé a prepararme para ir al restaurante, un poco más ilusionada tras mi conversación con él.

Cuando llegamos a La Tasca, el restaurante que mamá abrió años atrás, ella delegó las tareas al equipo de cocina para poder dedicarse a enseñarme dónde estaba todo. Sin poder evitarlo, mis dedos recorrían las encimeras impecables mientras seguía a mi madre por las distintas secciones. Había cinco personas en la cocina, y dos camareros de sala. Todos me acogieron con buen humor y me sonreían con calidez mientras cada uno de ellos me explicaba con precisión su función. Mi primer contacto fue cortando verduras junto a Quique, la mano derecha de mamá, y, posteriormente, me explicaron que, durante el servicio, daría apoyo en la sección de fríos y, por último, los postres. Me concentré en cada tarea intentando aprender lo máximo posible, disfrutando de la sensación de formar parte de un equipo bien sincronizado. Mamá me sonreía con orgullo cuando nos cruzábamos por la cocina, y yo escondía la sonrisa avergonzada. Cuando acabamos el turno, todos empezamos a limpiar con vigor y nos reíamos con las bromas de Quique.

Al salir, mamá rodeó mis hombros mientras se despedía de los demás.

—Te veo feliz —dijo risueña. Yo reí.

—No me manipules porque haya limpiado —me mofé. Ella se carcajeó.

—Lo llevas dentro, Marina. Te he visto disfrutar. No recuerdo cuándo empezaste a hacerlo.

—Hará unos tres años… —murmuré, casi inaudible. Mi madre sonrió.

—Lo imaginaba.

—¿A qué te refieres? —pregunté, sorprendida de que me hubiera escuchado.

—Hace unos años era un niño muy risueño, ¿sabes? Su madre estaba muy orgullosa de él. «Mi niño es muy espabilado, llegará lejos», decía siempre.

Recordé la amistad que unía a mi madre y a la madre de Albert y apreté los labios recordando la historia que me contó.

—No es fácil perder a una madre, y mucho menos de la manera en que él la perdió. Solo espero que vuelva a encontrar el rumbo —dijo pensativa, abrazándome con fuerza.

—Mamá… ¿cómo sabías que yo… bueno, que Albert…? —murmuré tímida.

Ella solo sonrió, sacudiendo la cabeza.

—Las madres sabemos más de lo que crees. —Me empujó cariñosamente, haciéndome reír, y luego volvió a rodearme los hombros—. Vamos, esta noche haremos hamburguesas.

Y seguimos andando abrazadas hasta casa.

23 - Seguir con el plan

La mañana siguiente a mi primer día trabajando en la cocina con mi madre me sentí pletórica. La conversación con Adrián me había ayudado a ser fiel a mí misma y probar un pase en el restaurante de mi madre me había motivado para empezar a pensar en mi futuro. La ilusión con la que Adri hablaba del suyo me había transmitido tanto optimismo que decidí probar qué se sentía al hacer algo que me gustaba, sin pensar en mantener mi siempre fiel postura rebelde y desmotivada.

Cuando fui a desayunar, Guille me sonrió con la boca llena, ganándose una colleja de mamá. Respondió con carcajadas mientras yo me preparaba mis tostadas con tomate.

—Estás de buen humor —dije para evitar escuchar el desagradable ruido al masticar. Él asintió, encogiendo los hombros—. ¿Qué harás hoy?

—Trabajar. Alguien debe hacerlo —me pinchó.

Me preguntó sobre mi primer día en el restaurante y le resumí las que habían sido mis funciones, extrañada con su interés y su aparente buen humor. Mientras me comía mis tostadas, me apoyé en la encimera y lo miré.

—¿Sabes algo más? —murmuré.

Guille me miró, más serio esta vez, y acabó de masticar. Acercó su plato al fregadero.

—Mantente al margen —susurró fríamente.

Lo vi alejarse de la cocina con inquietud al tiempo que mi móvil vibró sobre la mesa.

Elena:
Esta tarde-noche plan en tu tejado. Invita a tus vecinos.

Sonreí sacudiendo la cabeza al leer su mensaje.

Marina:
Es una terraza. No se puede subir al tejado.

Elena:
Yo distraigo a la novia mientras tú le sacas información al objetivo.

Me reí de sus expresiones y, finalmente, accedí. ¿Qué era lo peor que podía pasar?

Llamé a la puerta de Albert más nerviosa de lo que jamás confesaría, sosteniendo un plato lleno de galletas de chocolate recién horneadas. Me abrió sin camiseta, y ladeó la cabeza al verme. Tragué saliva con dificultad, esforzándome en no apartar los ojos de su cara y mostrar frialdad. Él sonrió, probablemente vislumbrando mi nerviosismo, y cogió una galleta del plato sin dejar de mirarme divertido.

—¿Está Laura?

—Sí —respondió mientras masticaba. Asintió sorprendido con una cómica expresión cuando saboreó el dulce.

—¿Marina? ¿Qué tal? —Laura apareció por la puerta, mirándonos confusa. Alargué el plato de galletas hacia ella mecánicamente, con una mueca que quiso parecerse a una sonrisa—. ¡Qué detalle!

—Sí, eh… ¿Tienes planes por la tarde? —pregunté a bocajarro. Ella parpadeó confundida—. Estamos organizando una pequeña fiesta en la terraza comunitaria y me preguntaba si…

—¡Claro! ¡Me encantaría, qué ilusión! —dijo emocionada.

Yo asentí varias veces, demasiado atónita por su reacción, y Albert fingió un puchero.

—¿Yo no tengo invitación?

—Pensaba que trabajabas —dije con una ceja levantada.

—Hoy libro —contestó con una sonrisa inocente.

—Qué casualidad… —murmuré.

Laura nos miró a ambos con los ojos entornados y yo aproveché para escabullirme a casa. Mamá se estaba preparando para irse cuando llamó mi atención.

—Te ha llamado Lucas —dijo distraída mientras preparaba su bolso—. Me ha dicho que venía a comer. Os he sacado sofrito y unos trozos de lomo del congelador.

La visión de Albert sin camiseta no me abandonó hasta que Lucas llegó a casa con una amplia sonrisa y mucha hambre. Me estrujó entre sus brazos en uno de nuestros abrazos de oso y nos pusimos manos a la obra en la cocina.

Mientras comíamos, le expliqué la reacción de Guille en el *pub* después de nuestra visita a la ciudad. Él asentía serio.

—Por eso el objetivo de hoy es sacarle información a Albert. Hay algo que no sabemos y que parece importante —dije esperando una reacción por su parte. Él formó una fina línea con sus labios.

—Me lo dices para que no me ponga celoso, ¿verdad?

—No tienes razones para estarlo —respondí, buscando su mirada.

—Ya…

La situación, de pronto, se volvió incómoda y en el aire flotaron dudas que nada tenían que ver con mi hermano o los Rebels. Dejé de masticar y me acerqué, sentándome a horcajadas sobre él. Él parecía dolido, pero me acomodó en su regazo mientras paseaba las yemas de sus dedos por mis muslos.

—No las tienes —susurré pegada a sus labios.

Lucas se acercó a besarme con dulzura, sin dejar de acariciarme el muslo. Suspiró con alivio cuando el beso aumentó de intensidad, y me reconfortó la sensación de seguridad que siempre me producía su presencia. Lucas se levantó de la silla conmigo, sujetándome con fuerza bajo mi trasero, y yo no dejé de besarle mientras cruzaba mis pies alrededor de su cintura. Nos movimos hacia la habitación.

. . .

Cuando llegó el resto del grupo, Lucas parecía mucho más tranquilo y cariñoso conmigo, provocando en los demás muchas risas en las que yo no participé, avergonzada.

—¡He preparado una lista de música genial! —dijo Elena en un alarde de su habitual intensidad. Hugo puso los ojos en blanco—. Y te he traído ropa bonita.

—¿Qué le pasa a mi ropa? —pregunté fingiendo indignación.

—Nada, solo… por probar algo más… seductor —dijo ella paseándose por mi habitación.

Jordi y Hugo se rieron, y Lucas sonrió al tiempo que se llevaba una manzana a la boca.

—A mí me gusta tu estilo —me dijo mientras masticaba.

—Dijo él con expresión relajada… —se mofó Jordi, haciendo que todos rieran a carcajadas.

24 - Reunión de… ¿amigos?

Elena, Rocío y yo estábamos en mi habitación mientras el resto se encargaban de preparar las cosas de la fiesta. Rocío se ondulaba el pelo frente al espejo y Elena se entretuvo en sacar varios conjuntos de su mochila. Puse los ojos en blanco al ver que nada de lo que había traído me haría sentir cómoda, pues eran faldas, vestidos y todo de un color estridente y vivo.

—Hazme caso, pruébatelo —insistió ella por enésima vez.

—No tengo tetas como para llevar esto, Elena. —La miré con desaprobación, sosteniendo un vestido corto amarillo, de cuello campesino y manga corta abullonada. Todas palabras exactas de Elena, claro.

—Sí las tienes, Marina. Aunque te niegues a admitirlo —dijo ella cansinamente.

Rocío se rio y yo arrugué el labio.

—No me pega nada —murmuré.

—Por eso mismo —sentenció—. Y deja de refunfuñar. El vestido te va a quedar genial.

—Es verdad —asintió Rocío.

Cuando subimos a la terraza, los chicos se giraron a mirarnos y quedaron boquiabiertos al verme. Entorné los ojos con odio cuando Jordi, Hugo y Adrián intentaron controlar la risa, y lancé una mirada furibunda hacia Elena, que se afanó en ir a la mesa de las bebidas. Lucas se acercó a mí parpadeando sorprendido.

—Ostras, Marina —dijo, incapaz de mantener la boca cerrada.

—No te rías —le advertí, estirando el bajo del vestido.

—Estás increíble.

—¿Tú crees? —respondí, no muy segura.

Él asintió rápidamente, sin apartar sus ojos de mi vestido, y yo escondí una risa apoyada en su pecho.

La lista de música que Elena había preparado era, en su gran mayoría, latina. Jordi y ella se lanzaron rápidamente a bailar mientras animaban al resto a imitar sus movimientos. Los invitados comenzaron a llegar, principalmente antiguos compañeros de clase que parecían tener muchas ganas de fiesta.

—¿A cuánta gente has invitado? —pregunté saludando con sonrisas fugaces a los compañeros que llegaban. Ella movió la mano en el aire despreocupadamente.

Lo que iba a ser una reunión de amigos, fue convirtiéndose en una fiesta improvisada de finales de junio. Sacudí la cabeza divertida mientras la miraba alejarse. Elena parecía feliz mientras movía las caderas al son de la música, riendo a carcajadas cuando Hugo intentaba imitarla sin mucha gracia. Adrián y Rocío también parecían pasarlo bien, de una manera mucho más calmada y sin alejarse demasiado de la mesa de bebidas. Por otro lado, Jordi hablaba y bailaba con tres chicos de su equipo de natación, y parecían muy interesados en su propio debate. Miré hacia la puerta esperando a que entrara una persona en específico cuando Lucas tiró de mi mano e hizo que girara sobre mí misma. Le sonreí con sorna al tiempo que él se acercaba a mi cuello, aprovechando que todos parecían ocupados.

—Baila conmigo —susurró cerca de mi oído.

—Lo estoy haciendo.

—Baila conmigo como lo está haciendo Elena con Hugo.

Giré la cabeza para mirar a Elena, que estaba cogida al cuello de Hugo y bailaba sensualmente

sin separarse ni un milímetro. Una pedorreta escapó de mis labios y él me miró divertido, alzando las cejas.

—Creo que has bebido demasiado —bromeé. Él rio en mi cuello.

—No tanto.

—Mejor dejamos esos bailes para cuando estemos solos —murmuré.

Él hizo un puchero y, al segundo, me ofreció su botellín con una gran sonrisa. Yo sacudí la cabeza, divertida, y bebí de él, comprobando que estaba vacío. Me ofrecí a ir a por más y él se apoyó en el muro. Cuando me acerqué a la mesa de bebidas, abrí un par de botellines contra la mesa.

—¡Marina! —gritó alguien a mi espalda, asustándome.

Cuando me giré, Laura me ofrecía una sonrisa espléndida, con el pelo castaño liso cayendo sobre sus hombros y un vestido negro muy ajustado. Automáticamente, busqué a su espalda a Albert, que me miraba con las cejas levantadas. Me sonrojé al instante al notar sus ojos recorriendo mi cuerpo.

—¡Bienvenidos! —gritó Elena a nuestro lado, sobresaltándome de nuevo.

—¡Menuda fiesta tenéis montada! —respondió Laura animándose.

Laura y Elena empezaron a hablar sin parar mientras cogían una bebida. Albert no apartó los ojos de mí.

—Vas muy guapa —murmuró, cogiendo el botellín de mis manos.

—Tú vas… como siempre.

Él soltó una carcajada y yo tomé aire. Mantuve mis manos ocupadas con el botellín de cerveza mientras él cogió patatas de un bol y miraba a todos lados, inquieto.

—¿Nervioso? —susurré mientras me acercaba a su oído para hacerme escuchar por encima de la música.

Dio un respingo y su espalda se tensó, pero recuperó rápidamente la seguridad.

—¿Y tú? —respondió, ladeando la cabeza. Apreté los labios y él humedeció los suyos, en un gesto que aumentó mi calor corporal—. Imagino que hablaste con Guille.

—Imaginas bien.

—Imagino también que su reacción te sorprendió. —Le miré, confusa, y él amplió su sonrisa —. Tu hermano es muy predecible, casi tanto como tú.

—No seré tan predecible cuando te sorprendí en tu bar —me encaré con chulería. Su expresión se ensombreció, pero recuperó rápido su aparente tranquilidad.

—Eso solo me demostró lo celosa que estás.

—No estoy celosa —repliqué, cada vez más tensa.

—¿Por qué? —preguntó. Parecía realmente curioso.

Su pregunta me pilló por sorpresa y vacilé mientras le miraba. Los recuerdos de lo que habíamos vivido años atrás parecieron envolvernos, haciendo que me adentrara en esa época donde sabía exactamente qué quería y con quién lo quería. Me removí inquieta ante el recuerdo de nuestro beso, de los planes de futuro que él dijo tener para los dos y sacudí la cabeza. No podía volver a caer en eso.

—Porque te fuiste —contesté, notando cada músculo de su cuerpo tensarse ante la mención de su marcha.

Pareció querer decir algo cuando Guille abrió la puerta de la terraza y su expresión se ensombreció al vernos. Tragué saliva y me aparté instintivamente de Albert, al mismo tiempo que él suspiró.

25 - Albert

Quería chincharla, esa es la verdad. Verla con ese vestido amarillo, en un estilo totalmente opuesto al suyo, me había desconcertado y solo quería saber el motivo por el que había decidido hacerlo. ¿Había sido por mí? Chasqueé la lengua al darme cuenta de lo ególatra que estaba siendo. Pero…

Laura estuvo preparándose durante, mínimo, una hora. Probándose varios vestidos, maquillándose, peinándose… Cuando ya tuve suficiente, la amenacé con irme solo y eso nos costó otra discusión más. Ya no nos aguantábamos. Dudaba que lo hubiéramos hecho en algún momento. Y ver a Marina justo al entrar, con ese vestido ceñido amarillo, y la atención que parecía querer dedicarme… No pude evitarlo. La repasé de arriba abajo, asegurándome de que ella lo notara, solo para ver ese rubor en sus mejillas. Le recalqué lo guapa que iba solo para poder reírme a gusto de una de sus salidas de tiesto. Pero debía controlarme, lo sabía. No podía dejarme llevar.

Cuando se acercó para susurrarme en el oído, creí que caía. Que mandaba todo a la mierda y seguía mi instinto más primario. Todos los recuerdos se agolparon en mi mente durante una milésima de segundo, para quedarse congelados en el momento en el que sentí por primera vez sus labios sobre los míos. Pero la imagen de mi madre lo emborronó todo, y volví a ser consciente de dónde estaba y por qué.

No pude resistirme a sacar a Guille en la conversación. Probablemente quería alejar cualquier tentación que me desviara del plan, pero lo cierto era que ella me recordaba tanto a él que era difícil sostener todo aquello. Pero necesitaba averiguar lo que sabía, necesitaba tener la información con la que contaba. Necesitaba tener cualquier excusa para exculparla por todo y que ella no estuviera metida en todo aquello… pero no era así. Ella seguía investigando por su cuenta, así que tuve que aprovecharme de su visita a Badet para que Guille entendiera que tenía las de perder.

Guille abrió la puerta de la terraza y entró como un toro. Noté a Marina alejarse unos pasos al instante, y resoplé con diversión al ver que seguía siendo el mismo show man de antes. Siempre le gustó el drama, forzar las situaciones al extremo para quedar como el líder. Y, siendo sincero, me divertía sobremanera poder ser yo quien rompiera esa actitud de rebelde con solo un comentario.

Marina y Guille se entendieron con una sola mirada, y todos empezaron a desaparecer casi al instante. Laura se acercó dubitativa a mí, con mirada de no entender nada, mientras yo abría un botellín y le dedicaba un gesto cariñoso para que no se preocupara. Cuando Guille se acercó, lo hizo a tan solo unos centímetros, provocando que todos los que todavía estaban en la terraza se giraran a mirarnos. Menudo niñato.

—Lárgate —murmuró Guille, apenas audible.

—¿Qué tal, Guille? —Sonreí con suficiencia. Cogí a Laura de la mano y la acerqué—. Ella es Laura, mi chica.

Ni siquiera la miró, pero noté cómo ella se sentía cada vez más incómoda. Tiró de mi brazo al comprobar que ninguno de los dos nos movíamos.

—Te lo dije. Mantente alejado de ella —zanjó Guille.

Varios amigos suyos se acercaron e intentaron separarlo, alegando que había personas que no tenían por qué presenciar aquello. Ladeé la cabeza en dirección a ese chico de ojos claros, delgaducho y con el pelo castaño.

—Ya está, Guille —murmuró este sin apartar los ojos de mí.

—Es la última vez que te lo digo —dijo Guille, alejándose.

Cuando se marcharon, Laura parecía aterrada. Me acerqué a ella para tratar de tranquilizarla, pero me sorprendió con un empujón.

—¿Qué coño pasa? ¿Quién es esa «ella» de la que debes mantenerte alejado? —dijo enfadada.

—No es nada. Pequeñas disputas del pasado.

—¡Y una mierda! —exclamó levantando la voz y olvidando su habitual actitud de inocencia.

Ante esa situación, no pude hacer más que girar sobre mis talones e irme, siendo seguido de cerca, obviamente, por sus improperios.

Lo único en lo que pensaba cuando me acosté fue en cómo poder justificar esa imperiosa necesidad de seguir pasando tiempo con ella. Y todos sabemos a qué ella me refiero.

26 - Son familia

—¿Qué coño haces? —me gritó Guille en casa, después de acabar la fiesta—. ¿Eso es mantenerte al margen?

Sergio, el amigo que lo había acompañado a casa, me miraba desde el sofá mientras Guille se desgañitaba en mi dirección. Yo intentaba buscar las palabras para poder defenderme de sus acusaciones, pero apenas me dejaba abrir la boca.

—Solo estaba dando una fiesta… —intenté defenderme. Él parecía enfadarse más a cada minuto.

—¡Con Albert! Siempre que me despisto te encuentro con él. ¿Es una casualidad, dices? —berreó mi hermano.

—Sí.

—¡Y una mierda! —gritó, paseándose por el comedor.

Sergio se levantó con pereza e intentó calmarlo, consiguiéndolo tras varios intentos. Cuando Guille se encerró en su habitación, nos miramos. Él fue a hablar, pero paró y sacudió la cabeza. No entendía nada de todo aquello.

Por la noche, y con la discusión con Guille todavía presente, decidí volver al restaurante con mi madre al día siguiente para alejarme de toda aquella situación. No había conseguido sacar nada en claro de mi conversación con Albert, y no sabía cómo afrontar eso delante de mis amigos. Estaba enfadada. Enfadada con Guille, por su control constante, con Albert, por lo confusa que siempre me dejaba, y conmigo. Sobre todo, conmigo. Odiaba la inseguridad que su vuelta me había provocado, moviendo unos cimientos que yo creía ya sólidos, pero todavía incapaz de sincerarme conmigo misma. La estabilidad que había conseguido tiempo atrás se desvanecía a cada instante, y yo solo quería huir de todo aquello.

A la mañana siguiente, cuando mamá y Guille se marcharon para trabajar, desayuné en la cocina sin poder parar de pensar en la conversación con Albert. Me odié en silencio por haber dejado vislumbrar la inseguridad que me producía su vuelta. Debería haber sido firme, haberle preguntado sobre Mario y, sobre todo, no haberle dado muestras de flaqueza cuando jugaba conmigo. Pero su cercanía, su sonrisa traviesa y esa habilidad que siempre tuvo para desarmarme y que parecía no haber perdido… No podía ser.

Llamaron al timbre cuando me preparaba para el turno de tarde en el restaurante y abrí vestida con un pantalón vaquero y un top interior corto, todo negro. Apreté el pomo de la puerta con fuerza al ver a Albert mirándome fijamente, sin muestras de sonrisa.

—¿No me vas a invitar a entrar? —preguntó él.

—¿A qué has venido? —quise saber con voz trémula. Él entornó los ojos.

Se abrió camino hacia la cocina, dejándome plantada en la misma posición.

—Ayer parecía que querías preguntarme algo. Dispara —dijo con tranquilidad mientras se preparaba un café con total confianza.

—Me tengo que ir —me justifiqué, maldiciéndome al instante por sonar decepcionada.

—¿Dónde? —Me miró con curiosidad. Yo reí sin poder evitarlo.

—¿Qué pasa? ¿Has dejado de seguirme y te inquieta no saberlo todo? —me mofé. Él pareció no entender nada.

—¿Quién te sigue?

—Tus perros.

Albert me miró divertido, conteniendo una sonrisa.

—No son mis perros. Son los de Mario.

—Os vi muy unidos —murmuré con interés. Él asintió lentamente con la cabeza, sin dejar de mirarme.

—Es lo que tiene la familia. Se une ante las adversidades. —Le miré boquiabierta ante esa confesión y él se acercó—. ¿Sabes? Eres un libro abierto.

Su cercanía lo envolvió todo, convirtiendo los nervios que sentía en un cosquilleo casi placentero. Volvió a acortar las distancias, quedando a menos de un palmo de mí, y reaccioné colocando una mano en su estómago.

—Para —susurré con un hilo de voz. Él sonrió cuando recogió un mechón de mi pelo. Tragué saliva con dificultad—. ¿Sois familia?

Esta vez, nuestra distancia se acortó mucho más y contuve la respiración. Albert habló sobre mis labios temblorosos.

—Primos. —Analizó mi expresión, probablemente buscando la sorpresa, pero yo solo podía concentrarme en respirar sin despegar mis ojos de sus labios—. ¿No tenías que irte?

La burbuja en la que parecíamos haber entrado se desvaneció al momento, cuando recobré la consciencia y lo aparté de mí. Me sentí débil ante la certeza de haber vuelto a caer en su juego.

—Yo también tengo que irme —dijo tranquilamente, mientras se erguía—. ¿No me vas a preguntar dónde?

—Me da igual —espeté, enfadada.

Él rio y se marchó, dejándome totalmente desconcertada.

Llegué al restaurante sin aliento, recibiendo una mirada reprobatoria de mi madre y encaminándome hacia el jefe de sala, que me explicó todo lo que necesitaba saber para afrontar mi primera vez como camarera. Cuando llegaron los primeros comensales, yo solo sentía el corazón latiéndome con fuerza y la irrefrenable necesidad de rascarme allí donde tocaba la camisa blanca del uniforme. Todo parecía ir bien. El resto de compañeros eran comprensivos con mi falta de experiencia y me explicaban pacientemente cómo anotar los pedidos de las mesas, así que empecé a recobrar la seguridad en mí misma hasta que le vi. Albert apareció cogido de la mano de Laura, que me vio al mismo tiempo. Giré sobre mis talones para huir de aquello, refugiarme en la cocina o, no sé, enterrarme bajo las baldosas del baño, pero Laura hizo evidente el encuentro.

—¡Marina, no sabía que trabajaras aquí!

Volví a girar para mirarlos, con la sonrisa más postiza que conseguí hacer, y dediqué una mirada incrédula a Albert, que sonreía ampliamente.

—Y no lo hago —murmuré, todavía con la mueca que pretendía aparentar una sonrisa.

—Es el restaurante de su madre —le explicó él con cariño. Luego posó su mirada en mí, divertido—. Queremos una mesa íntima.

—¿Dentro de la chimenea es suficiente íntima? —dije, encarándome a él con la misma sonrisa falsa.

Laura congeló su sonrisa con incomodidad y Albert pareció divertirse mucho.

Bienvenida al infierno, Marina.

27 - «No podía aguantarlo más»

Bajo el pretexto de mi inexperiencia, le pedí al jefe de sala que me permitiera ocuparme de las mesas más cercanas a la cocina y él, confuso, aceptó. La visita inesperada de Albert y Laura había sido lo suficientemente incómoda como para afectar a mi trabajo, y no quería empeorar la situación teniendo que ver como alardeaban de su amor delante de mí. La confusión con los platos, las copas rotas y la crema catalana en la camisa de un cliente fueron suficientes para que mamá y el resto de compañeros decidieran que, por ese día, mi función como camarera había terminado.

Al contrario de lo que ellos esperaban, reafirmé su decisión con ímpetu y me encerré en el baño para tratar de tranquilizarme. Me mojé la cara y la nuca con agua fría para controlar la intranquilidad que me recorría desde la visita de Albert y, cuando levanté la mirada hacia el espejo, allí estaba. Resoplé con frustración cuando cerró la puerta tras de sí. Sin decir nada, se acercó sin dudar hacia mí y me arrastró hacia el baño de hombres.

—¿Qué te pasa con el baño de hombres? —dije, olvidando por un momento que estábamos solos, casi a oscuras, a menos de un palmo de distancia.

Albert respiraba con dificultad y se quedó parado delante de mí, con el rostro escondido entre sus manos. Acerqué la mano a su antebrazo, de pronto preocupada, y un cosquilleo recorrió mi cuerpo cuando levantó poco a poco su cabeza, atrapándome contra la pared. Solo podía escuchar nuestras respiraciones agitadas y, sin previo aviso, estampó sus labios contra los míos con fuerza. El momento de confusión inicial mutó rápidamente a la necesidad, moviéndonos al unísono para acercarnos más el uno al otro. Su beso fue agresivo, casi violento, y algo dentro de mí respondió con alivio a ese impulso recién descubierto. Todos mis poros reclamaban su atención, sin pensar en nada más que no fuera esa sensación de sentirme en casa. Cuando se separó, ambos seguíamos respirando con dificultad y nos mantuvimos unos segundos más quietos, mirándonos fijamente.

—No podía aguantarlo más —murmuró apenas audible.

Me rodeó la cara con sus manos y yo cerré los ojos, sin querer pensar en nada que no fuera su tacto sobre mi piel. Cuando dejé de sentir su cercanía, abrí los ojos y ya no estaba.

El beso de Albert me persiguió durante todo el día. Cuando cerraba los ojos, veía nítidamente su rostro sobre mí, sus manos cubriéndome las mejillas y la presión de sus labios sobre los míos. Sentí que perdía la cabeza.

Esa tarde, después de ducharme y robarle una camisa a Guille, me reuní con mis amigos en el lago, donde me esperaban para darnos un chapuzón. Nos sentamos junto a la caseta que se encontraba a unos metros del agua, como siempre solíamos hacer. Pusimos unas toallas en el suelo, formando un círculo e hicimos una pequeña hoguera después de notar cómo el frío nos calaba en los huesos. La temperatura en esa zona de los Pirineos, aunque fuera verano, bajaba mucho cuando se ponía el sol, por lo que nos envolvimos en las toallas después de salir del agua y nos resguardamos del frío acercándonos al fuego. Elena, sentada a mi lado como de costumbre, intentaba hacerme reír con sus debates sin sentido, pero yo apenas podía escucharla. Lo único en lo que podía pensar era Albert. Albert serio, Albert sonriendo, Albert mofándose de mí, Albert intentando seducirme… Albert besándome. Sacudí la cabeza cuando la nítida imagen de su cuerpo pegado al mío me recorrió, y Elena alzó las cejas.

—¿Qué pasa? —murmuró en mi oído mientras el resto hablaban. Yo la miré con preocupación, dudando. Finalmente decidí contárselo.

—Me ha besado —susurré. Ella abrió mucho los ojos.

—¡¿Qué?!

Todos se giraron a mirarnos sorprendidos y yo golpeé el hombro de Elena.

—Que dice que se mea. La acompaño —dijo levantándose rápidamente y tirando de mi brazo.

Puse los ojos en blanco y nos alejamos del resto.

—Muy elegante —comenté divertida.

Ella se giró con los ojos entornados y los brazos en jarras.

—Cuéntamelo.

—No hay mucho que contar, solo… se presentó con Laura en el restaurante de mi madre, me arrastró al baño de hombres y… me besó.

—¿Así, sin más? —preguntó incrédula.

—Así, sin más.

—Pero… ¿por qué? Quiero decir… ¿no dijo nada?

—Dijo que no podía aguantarlo más —murmuré avergonzada. Ella abrió mucho los ojos y su boca empezó a formar una sonrisa anonadada. La miré con preocupación—. Yo no… no he podido dejar de pensar en ello. Creo que me estoy volviendo loca.

—Parece que él también se está volviendo cucú… —se burló ella dando vueltas a su dedo índice sobre su sien, ganándose así una mirada reprobatoria. Apretó los labios y se movió inquieta, de lado a lado, mientras yo la seguía con la mirada—. Y ahora… ¿qué harás?

—¿A qué te refieres?

—Bueno… está claro que ninguno de los dos os habéis olvidado. —Levantó una ceja cuando intenté decir algo, y me callé al momento. Suspiró profundamente—. Es complicado… Lucas… Lucas está muy enchochado. Y Guille… madre mía cuando lo sepa Guille. Y luego están los Rebels, claro. Y esa estúpida venganza.

—Y Mario —dije de pronto asimilando la información que Albert me había dado horas antes. Ella me miró confusa—. Mario y Albert. Son primos.

Elena abrió la boca, totalmente desencajada por la sorpresa, e insistió en que esa era una información que debía compartir con el resto, así que volvimos para informarles.

28 - La discusión con Lucas

Durante las dos primeras semanas de julio estuve trabajando en el restaurante de mi madre. El motivo principal por el que convencí a mamá de unirme a la plantilla de La Tasca fue para comprobar si realmente la cocina podía llegar a ser una opción real para mi futuro o sencillamente lo veía como una afición. Pero en aquel momento tenía claro que el motivo real, aunque no quisiera admitirlo, era dejar de pensar en Albert y todo lo que parecía rodearle.

Los días pasaron rápidamente desde que les conté a mis amigos la relación que unía a Albert y Mario. Entre todos, formamos una teoría que se sostenía con lógica: Mario, el líder de los Rebels, ayudaba a Albert con su venganza contra mi hermano. No llegamos a concretar quién llevaba las riendas de su plan, puesto que Albert pareció no tener nada que ver con los Rebels que me seguían y Mario parecía estar muy dedicado a molestar a Guille a través de Clara. Que supiera quién era yo probablemente se debía a su obsesión por amenazar a Guille, y eso no me tranquilizó en absoluto.

Trece días habían pasado y yo seguía sin tener noticias de Albert desde nuestro beso. Ni siquiera lo había visto desde entonces. Aun así, estaba presente en mi mente en cada momento, y eso empezó a afectarme a los nervios. Hice todo lo posible por olvidar su ausencia manteniéndome ocupada entre el trabajo y los diferentes planes que surgían con el resto, tanto en el *pub* como en el *skatepark* y el lago. Nuestras rutinas se basaron, de manera principal, en evadir el tema de los Rebels, puesto que todos habían podido comprobar lo inquietante que me resultaba ese misterio. Una de esas tardes, Jordi, Adrián y Rocío nos informaron de que pasarían unos días en la ciudad, entregando los últimos papeles para sus respectivas universidades, así que la tarde siguiente Elena, Hugo, Lucas y yo decidimos vernos en mi terraza.

—Quizá… ya se ha acabado todo —dijo ella bebiendo de su botellín.

Hugo y yo la miramos con la ceja levantada. Elena se encogió de hombros.

—Si todo hubiera acabado… Guille habría dejado de evitarme, ¿no?

—O no. Tu hermano es muy raro a veces —murmuró ella, haciéndonos sonreír a todos.

—Lo que no entiendo es el papel de Clara en todo esto. ¿Qué relación tiene con Mario? —pregunté al aire.

Los silencios eran cada vez más extensos cuando hablábamos de ese tema, y se podía palpar la incertidumbre en el ambiente. Nadie tenía respuestas, nadie parecía querer implicarse totalmente en conseguirlas y… Albert, que era el único que podría resolver mis dudas, se había evaporado.

—Quizá… quizá Guille y Clara rompieron. Ella vive en la ciudad, ¿no? Quizá Mario es su nueva pareja —se aventuró Lucas. Resoplé enfadada.

—Es imposible, sería demasiada casualidad —murmuré tensa—. Guille dijo que habían movido ficha. ¿Y si él también lo está haciendo?

Recordé entonces la advertencia de Sergio que, sin apenas conocerme, parecía saber lo que me proponía. ¿Y si cada vez que yo intentaba investigar retrasaba sus planes para mover ficha? Eso podría tener sentido. Hugo pensó lo mismo.

—Sin olvidar que el amigo de Guille te aconsejó que te mantuvieras alejada y no hicieras nada más. Como si eso afectara a lo que sea que se traigan entre manos.

—Quizá deberías hacerles caso y mantenerte al margen —dijo Lucas. Apreté los dientes enfadada cuando me giré hacia él.

—Sí, quizá podría dejar de ser quien soy para no ser tan molesta, ¿verdad? —espeté.

Lucas frunció el ceño y Hugo y Elena se miraron. Se levantaron, murmuraron una despedida escueta, y nos dejaron a solas

—Pero ¿qué te pasa? —dijo Lucas, confuso y visiblemente herido.

—¿Qué te pasa a ti?

—A mí, nada. Tú, en cambio, parece que busques cualquier excusa para discutir conmigo —Lucas levantó la voz, indignado. Intenté controlar mi mal humor apretando los dientes. Él suspiró—. ¿Qué ha pasado? ¿Realmente es por toda esa historia con Guille y Clara?

—¿Qué si no? —respondí con insolencia.

—No sé, ¿Albert?

—¿Otra vez con los celos? —me alteré.

—Solo intento entenderte —dijo él con frustración.

—Entiende que no somos pareja, somos AMIGOS —espeté elevando la voz, haciendo hincapié en la última palabra. Él pareció dolido—. ¿Entiendes eso?

Lucas sacudió la cabeza, consternado.

—¿Todo esto es porque en septiembre me voy? —murmuró con un hilo de voz.

—Todo esto es porque no me importa que lo hagas —contesté sin pensar.

Él levantó las cejas y apretó los labios, asintiendo dolido. Cerré los ojos y me apreté el puente de la nariz, tratando de recobrar la cordura.

—Lucas, no quería… —Intenté acercarme a él, pero levantó las manos, evitando el contacto.

—Queda todo claro —dijo antes de marcharse.

Me quedé paralizada y en silencio un buen rato antes de dejarme caer en el suelo. Era la primera vez que discutía con Lucas, y la imagen de su rostro dolido me persiguió incluso con los ojos cerrados. Pensé en los motivos que me habían llevado a comportarme de aquella manera, en alejarlo de una forma tan ruin. Quizá Lucas tenía razón y lo que me pasaba es que no podía asimilar que se marchara en septiembre. O, quizá, me aterraba haber sentido alivio al pensar que lo nuestro no podía avanzar puesto que se iba. Tragué saliva ante esa certeza, sintiéndome cobarde por aprovechar esa situación.

La puerta de la terraza se abrió y Albert me miró desde allí.

—Hola, enana —saludó mientras se acercaba. Resoplé con rabia.

—No me apetecen tus juegos ahora, Albert.

—¿Problemas en el paraíso? —se mofó, divertido.

Cubrí mi rostro para evitar que viera el estado de vulnerabilidad en el que me encontraba. Me había comportado de forma cruel con Lucas y ahora Albert estaba allí riéndose de mí. Él sostuvo mis manos entre las suyas, y me miró de cerca.

—Ven conmigo —susurró.

Y yo, sin querer plantearme nada más, le seguí.

29 - La traición

Seguí a Albert escaleras abajo por nuestro bloque. La debilidad que sentía minutos atrás se alejó para dejar paso a una sensación de cosquilleo y expectación que me provocaba su presencia. No tenía la fuerza necesaria para pelear esa vez, por lo que me dejé llevar confiando en todo lo que él conseguía hacerme sentir. No se giró a mirarme ni una sola vez, y tampoco dijo nada sobre dónde íbamos, pero le seguí a través de los callejones que rodeaban nuestra zona sin decir nada. Cuando paró al final de uno de ellos, se giró a mirarme, formando una fina línea con sus labios a la que respondí con un mal presentimiento y la certeza de que algo no iba bien. Mario apareció detrás de él con una sonrisa, y mi cuerpo adoptó un estado de alerta que me impidió moverme. Miré a Albert, que bajó la mirada hacia el suelo y se hizo a un lado cuando Mario llegó a nuestra posición. Este me miró con curiosidad y una amplia sonrisa en su rostro.

—Nos volvemos a encontrar —dijo, atento a mi expresión.

Asentí a cámara lenta, totalmente entumecida y paralizada, sin apartar mi mirada de Albert. Mario llamó mi atención riendo a carcajadas y mirándonos a ambos.

—Parece que no te puedes fiar de nadie, ¿verdad? —comentó Mario mirando a su primo.

Albert mantenía la cabeza agachada, apoyado sobre la pared y con las manos en los bolsillos.

—¿Qué quieres? —pregunté, encarándome a Mario.

—Resolver tus dudas. Imagino que Guille no te cuenta nada, como es lo habitual.

Apreté los labios, intentando mantener la calma. Recobré algo de fuerza al darme cuenta de que había vuelto a caer en el juego de Albert. Él seguía jugando conmigo, centrado en su venganza personal contra Guille. Dejé salir el aire lentamente de mis pulmones.

—¿Por qué estabas con Clara el otro día?

—Está conmigo ahora —aclaró mordaz Mario.

—¿Por qué estás aquí?

—Te debía una visita, no pudimos hablar demasiado la última vez que nos vimos. Sentía… curiosidad —dijo él, ladeando la cabeza en un gesto que me estremeció.

—Curiosidad… ¿de qué? —pregunté confundida. Él sonrió, miró de reojo a Albert y volvió a mirarme.

—Eres la hermana de Guille.

—¿De qué conoces a mi hermano?

Mario volvió a reír, sin ganas esta vez.

—Es difícil no conocer a la persona que trata de arrebatarte todo lo que tienes —espetó.

Fruncí el ceño, dispuesta a seguir preguntándole al respecto, pero un movimiento llamó mi atención. Varios Rebels aparecieron detrás de Mario y el miedo se abrió camino en mi interior. Miré a Albert, que apretaba los dientes al notar la presencia de los demás, y se irguió, haciendo que me pusiera alerta al instante.

—Ahora me tengo que ir, pero nos veremos pronto —dijo Mario en un tono que denotaba amenaza. Yo tragué saliva—. Albert te acompañará a casa, así os podéis despedir bien.

Guiñó un ojo y, cuando se marchó junto a los otros Rebels, Albert y yo volvimos a quedarnos solos. Él no dijo nada, no me miraba, y yo seguía esperando algún tipo de explicación para lo traicionada que me sentía.

—Eres un cabrón, ¿sabes? —espeté en su dirección. Él me miró, entornando los ojos.

—Querías respuestas. Ahí las tienes —dijo fríamente.

—¿Respuestas? —pregunté irónica. Él asintió—. ¡Me has traído a un callejón, sola, para ver a Mario!

—Prometió comportarse —murmuró.

Yo reí sin ganas ante su justificación, sintiéndome tan débil y traicionada que no podía pensar más allá. Estaba tan cansada…

—Estás enfermo.

Giré sobre mis talones y caminé con paso decidido hacia casa. Cuando noté la mano de Albert en mi antebrazo, me deshice con violencia de él.

—Eres su marioneta. Estás tan necesitado de atención que ni siquiera sabes pensar por ti mismo —le solté con furia. Su mandíbula se marcó aún más cuando apretó los dientes—. No mereces que nadie te quiera. Cuando Laura descubra qué tipo de persona eres, se alejará y te quedarás solo. Porque mereces quedarte solo.

Cuando volví a encaminarme hacia casa, nadie me siguió.

Me encerré en mi habitación llorando, con un vacío interior tan intenso que, por un momento, quise morirme. La visita de Mario me asustó más de lo que estaba dispuesta a admitir, y no encontraba ningún tipo de lógica a la retorcida mente de Albert. Me enfadé conmigo misma entonces, asustada e indignada con la facilidad con la que Albert parecía saber manipularme. Lloré durante horas sentada en el suelo, apoyada sobre la puerta y notando cómo cada músculo de mi cuerpo dejaba de funcionar una vez pasada la adrenalina.

Fui consciente de varias evidencias entonces. Tuve la certeza, por primera vez, de que la vuelta de Albert no había tenido nada que ver conmigo ni con lo que pasó tres años atrás. También comprendí que, por mi impulsividad y necesidad de controlarlo todo, me había metido en una historia que iba más allá de mí, con un final incierto e inquietante. Pero lo que más me dolió fue la certeza de que yo era solo un peón en este juego, movido al antojo de Mario y Albert, con la única misión de herir y manipular a mi hermano. Me sentí estúpida al darme cuenta de que, tanto mi hermano como el resto de mi entorno, se habían esforzado por hacerme entender que debía mantenerme al margen de todo aquello y yo, por una necesidad a la que no sabía darle forma todavía, me esforcé por complicar las cosas y convertirme en un objetivo para los Rebels y su venganza.

Me moví hacia la cama cuando sentí que no me quedaban más lágrimas por derramar, permitiéndome sentirme desgraciada por esa noche. ¿Qué consecuencias habría por mi manera de afrontar todo aquello? ¿A quién habría perjudicado con mi modo de actuar?

Las preguntas se amontonaban en mi cabeza, generando más ansiedad de la que nunca pensé que sentiría y, todavía con lágrimas en los ojos, caí rendida sobre la almohada.

30 - Todo encajaba

A la mañana siguiente, unos golpes secos en la puerta de mi habitación me despertaron. Había dormido a ratos y mis músculos seguían entumecidos. Estaba cansada y sin ganas de moverme.

—¿Todo bien? —preguntó Guille desde la puerta.

—Vete —murmuré, girándome hacia la pared.

Escuché la puerta cerrarse y los pasos cautos de mi hermano acercándose a la cama. Noté el colchón ceder ante su peso y abrí los ojos, intentando despegar mis pestañas.

—Hugo me ha comentado… —empezó a decir él. Me giré con rapidez.

—¿A santo de qué hablas tú con mis amigos? ¿Yo me tengo que mantener al margen, pero tú puedes meterte en mi vida cuando quieras? —espeté con rabia, con la voz grave propia de haberme despertado segundos antes.

Guille suspiró y me miró con preocupación. Acercó la mano a mi mejilla y la aparté de un manotazo. Él apretó los labios.

—Cuando Albert volvió… Clara empezó a distanciarse. Al principio no entendí nada, pero luego até cabos y entendí que no había olvidado lo que había pasado años atrás —comenzó a hablar Guille, en un tono tan bajo que tuve que incorporarme para escuchar. Suspiró pesadamente antes de continuar—. Me arrepentí mucho, ¿sabes? De haber llamado a la policía. Pero en ese momento creí que era la única opción que tenía. Yo… noté que él se distanciaba de mí. Cada vez iba más con Mario y… me vi solo.

»Cuando pasó todo, cuando llamé a la policía y él se marchó… fue cuando la conocí. Me salvó de mí mismo. La culpa y la vergüenza me convirtieron en una persona horrible, me autodestruía y hería a todos aquellos que me rodeaban. Pero ella me apoyó. Me ayudó a volver en mí, me salvó de mí mismo. Por eso, cuando me dijiste que la habías visto en la ciudad con Mario… perdí los nervios. Recordé toda aquella época y, como hacía antes, te aparté de la forma más dolorosa que pude. No consigo explicarme todavía por qué Clara se apartó de mí cuando Albert volvió, y mucho menos por qué estaba con su ex.

Abrí los ojos sorprendida ante esa confesión.

—¿El primo de Albert es el ex de Clara? —pregunté atónita. Él frunció el ceño, confundido.

—¿Primo? —dijo. Unos segundos después, abrió mucho los ojos y maldijo en silencio—. ¡Joder, claro!

—¿Qué pasa?

—Antes de llamar a la policía, intenté convencer a Albert de tomar cartas en el asunto con su padre. Su padre… era un mal tipo. Él dijo que se encargaría, que la hermana de su madre sabría qué hacer. Mis insistencias para que pusiera fin a la situación con sus padres empezaron a enfadarle, y fue entonces cuando empezó a acercarse a ti. —Tragué saliva ante lo que aquello significaba. Él me miraba, pero pareció ver a través de mí, recordando esa historia—. El hecho de que yo avisara a la policía precipitó la situación en su casa. Los Rebels iban a ayudarle a solucionar todo aquello, y yo me adelanté. Por eso se enfadó tanto…

Poco después, Guille tuvo que irse a trabajar y yo me quedé en la cama durante un buen rato, con la misma sensación de pesadez que el día anterior. Albert se acercó a mí años atrás para tratar de contener a Guille. Todo fue mentira. Todo lo que me dijo fue para poder manipular a su antojo a Guille, para poder conseguir tiempo y solucionar el problema con su primo Mario y el resto de Rebels. El mundo se tambaleó a mis pies cuando advertí que estaba usando el mismo recurso esta vez, y me odié aún más por haber vuelto a caer en su juego. Temblorosa, cogí mi

móvil y llamé a Hugo para intentar encontrar una relación desde que pasó todo aquello y su participación en el grupo, pero no respondió. Me levanté de la cama con dificultad, intentando recuperar algo de entereza. Después de ducharme, intenté localizar a Elena con el mismo éxito, así que decidí salir a despejar mis ideas y me dirigí al *skatepark*. El aire frío me recibió en cuanto salí de casa y empecé a deslizarme por las callejuelas adoquinadas. Evité la calle donde la noche anterior había visto a Mario, sin pensar demasiado en ello, y llegué al *skatepark* sin aliento. El viento movía las copas de los árboles de una forma fantasmagórica, y el silencio solo interrumpido por algunos pájaros, lejos de relajarme, me mantuvo alerta. Fue entonces cuando me fijé en una figura encapuchada al lado contrario de donde me encontraba. Durante unos segundos, me quedé paralizada mientras intentaba averiguar la mejor escapatoria. La figura se mantuvo inmóvil mientras yo me movía despacio a través del camino que bordeaba el río, cada vez más aterrada con la imagen del encapuchado persiguiéndome. Escuché los pasos sobre el asfalto del paseo retumbar en mis oídos, y aceleré mi carrera, cruzando el puente casi derrapando y adentrándome en las calles que conducían a El Refugio. Cuando entré, estaba sin aliento y Omar me miró boquiabierto. Se acercó a mí con preocupación y yo hice un gesto con mi mano en el aire para quitarle importancia, notando el oxígeno entrar en mis pulmones por fin. Estreché a Omar entre mis brazos, sintiendo una irrefrenable necesidad de sentirme segura de nuevo, y él me rodeó con los suyos un poco indeciso. No dejaba de preguntar si estaba bien, si necesitaba algo y qué había pasado, pero yo solo podía hundir mi cara en el hueco de su cuello y aspirar su aroma familiar, tratando de tranquilizarme. Cuando se separó, me ofreció un café con leche y me insistió para que me sentara en un taburete frente a la barra. La temperatura de la taza caliente que me puso delante me relajó lo suficiente como para poder dejar de temblar, e intenté tranquilizarle con una sonrisa que, lejos de calmarlo, pareció alterarlo más. Cuando la puerta del local se abrió, contuve el aliento y me giré lentamente, encontrándome a Hugo y Lucas.

31 - Todo se desmoronaba

Cuando me vieron, ambos parecieron sorprendidos, pero Lucas apartó la mirada enseguida y se dirigió a nuestra mesa habitual. Hugo, por el contrario, se acercó avergonzado.

—He intentado localizarte cuando he visto tu llamada.

Palpé mis bolsillos al instante, para averiguar que mi móvil no estaba allí.

—He debido perderlo —respondí tirante.

Miré a Lucas con desazón.

—No creo que sea buena idea —murmuró Hugo, deduciendo mis intenciones.

Pero me levanté y me dirigí hacia él. Lucas levantó la mirada con frialdad cuando me paré a su lado.

—Te he llamado varias veces, pero… —murmuré en un hilo de voz, achantada por su actitud.

—Lo sé, pero yo no tengo nada que decirte.

—Podrías escucharme —dije más brusca de lo que pretendía. Él entorno los ojos.

—¿Sabes? Te he escuchado siempre, he antepuesto siempre tus necesidades a las mías. Joder, Marina, te quiero y tú lo único que haces es apartarme. No quiero escucharte más, no quiero que intentes convencerme de algo que ni tú misma crees. Eres una egoísta. Todo tiene que girar siempre a tu alrededor, y me he cansado —exclamó con rabia.

Sus palabras y el tono de voz que había usado me dejaron sin argumentos, así que asentí y me alejé, volviendo a sentir ese vacío que me había acompañado la noche anterior. Me despedí de Omar y Hugo, que me miraban desde la barra, y me fui. Estaba enfadada y confusa por la declaración de Lucas. Los últimos acontecimientos me tenían en un estado de intranquilidad y miedo constante y, poco a poco, fui encerrándome en mí misma, sintiendo apatía. Enfadada con Guille, enfadada con Lucas… y enfadada con Albert. Sin pensar, me encaminé al *skatepark* a recuperar mi móvil.

—¿Buscas esto? —Me sorprendió una voz antes de llegar al lugar.

Mario se acercó con el móvil en la mano y me lo tendió. Lo cogí con rabia.

—¿Qué haces aquí? —espeté mientras empezaba a andar hacia casa.

—Turismo —dijo él con una sonrisa, andando a mi lado—. ¿Qué le has dicho a Albert?

Me giré a mirarle.

—¿Ha corrido a lloriquearte sobre el regazo? —murmuré con una risa seca.

—Algo así.

—¿Y vienes a darme una lección? —dije recuperando el ritmo. Él rio.

—Nah… esa lección la aprenderás sola. Vengo a por tu hermano.

Volví a mirarle y una sonrisa fría ocupó su expresión. Tragué saliva calculando la distancia que tendría que correr hacia la puerta de mi casa.

—¿Crees que conseguirás algo de mí?

—Creo que jugando contigo puedo ganar antes la partida.

—¿La ludopatía es cosa de Rebels o haciendo símiles con el juego pretendéis recuperar a vuestro niño interior? —mascullé tensa, encarándome a él, que ladeó la cabeza divertido.

—Hay que reconocer que los tienes bien puestos, aunque… supongo que toda esa seguridad que finges tener desaparece cuando Albert te presta un poco de atención —dijo, sonriendo.

Apreté los dientes con rabia, sintiéndome de nuevo insegura. Mario me miraba fijamente, con una expresión que me recordaba tanto a Albert que me desarmó.

—¿Qué coño quieres? —quise saber.

—Solo pasaba a saludar. Nos vemos pronto.

Se alejó con una sonrisa en la cara y paseando con calma por las calles adoquinadas que componían mi zona. Cuando fui consciente, vi que me había acompañado hasta la puerta de casa y el hecho de que supiera dónde vivía me sumió en tal estado de intranquilidad que acentuó mi miedo.

Todo se estaba desmoronando. La presencia de Mario empezaba a desdibujar los límites de lo que era real o solo producto de mi imaginación, y la sola idea de su participación en toda aquella historia erizaba mi vello. Subí a casa con los músculos tensos por el pavor que me producía su proximidad, encontrándome a mamá cocinando tranquilamente en la cocina. Respiré profundo varias veces antes de cerrar la puerta de casa para aparentar normalidad, y me dispuse a ayudarla con las verduras. Ella me miró con aprobación cuando recogí mi cabello a su lado en un moño alto, y fue guiándome a través de los pasos a seguir.

—Te he apuntado en la Escuela de Cocina —dijo, sorprendiéndome. Dejé el cuchillo a un lado antes de girarme hacia ella.

—Gracias por respetar mis tiempos —mascullé enfadada.

Ella resopló divertida.

—Tus tiempos no siempre van alineados con los del resto de la sociedad. En un par de semanas se acababa el plazo de inscripción.

Asentí, intentando aparentar indignación, y en su cara apareció una sonrisa, confirmando así que mi madre me conocía mucho mejor que yo misma. Cogí aire despacio.

—Mamá… ¿crees que soy egoísta? —murmuré sin mirarla. Ella me miró de reojo sin dejar de picar el pimiento.

—A esta edad, todos lo somos.

—Eso no responde a mi pregunta.

—No hay una respuesta acertada para esa pregunta. Cuando tienes una idea en tu cabeza, eres… intensa. No consigues pensar en nada que no sea ese objetivo. ¿Egoísmo? No sabría decirte. Creo que a veces te obsesionas tanto con tus retos autoimpuestos que te olvidas del resto.

Yo asentí, comprendiendo que el rechazo que sentía hacia sus palabras eran una respuesta afirmativa a mis dudas.

—¿Por qué no invitas a Elena a pasar la noche en casa? Intuyo que un rato a solas, como en los viejos tiempos, puede resolver cualquier cosa que estés pasando.

La miré, asintiendo lentamente, mientras en mis labios se formaba una sonrisa inconsciente que mi madre parecía conocer bien.

32 - En el lago

—Ah… cómo necesitaba esto —suspiró Elena tumbada a mi lado, en la terraza comunitaria. Sonreí con su presencia tranquilizadora—. Necesitaba olvidarme por un rato de todos los dramas que nos rodean, ¿sabes? Ni siquiera sé si me han aceptado todavía en la Escuela de Moda. ¿Quién se creen? Soy la mejor estudiante que podrán tener.

Hablamos sobre los estudios de Confección y Patronaje para los que llevaba años preparándose, sus inquietudes sobre la inseguridad que le producía no haber obtenido respuesta y sobre la idílica idea de poder vivir juntas en la ciudad. Me sorprendía a veces la claridad con la que Elena afrontaba el futuro, sin dar espacio a las dudas propias de nuestra edad. Reíamos sobre su visión optimista de la vida cuando la puerta de la terraza se abrió y aparecieron Albert y Laura.

Laura se acercó a saludarnos con alegría y Albert borró su sonrisa al instante, visiblemente incómodo. Yo opté por fingir que escuchaba la conversación mientras me hundía cada vez más en el drama que implicaba la historia de Albert, Guille y Mario. Cuando se alejaron, Elena se giró a mirarme con curiosidad. Yo encogí los hombros mientras me recostaba de nuevo en el suelo.

—No te das cuenta, pero cuando te enfadas, muerdes. Y creo que no solo Lucas ha recibido un bocado.

Su intuición, una vez más, me dejó sin palabras y cerré los ojos, evitando pensar en todo aquello. A veces, la evasión era la única forma que conseguía alejarme de todas mis inseguridades, pero recordé algo. La conversación con Guille, esa misma mañana, había estado presente en mi mente durante todo el día, y decidí compartirla con Elena entre susurros.

—Deberíamos decírselo a los demás —decidió ella.

—Por el momento es mejor que no sepan nada. Lucas tiene razón, el mundo no gira a mi alrededor.

Ella apretó los labios, pero asintió, aparentemente de acuerdo con mi lógica. Después de aquello, Elena decidió destensar el ambiente recordando nuestras vivencias del último año. Las bromas que gastamos a los profesores, los planes improvisados en el lago bañándonos en pleno febrero o las noches de karaoke en El Refugio provocando risas en todo el local.

—Deberíamos hacer la última, antes de tener que ser adultas responsables —propuso con un levantamiento de cejas.

No necesitó decirme más para que me levantara de un salto y nos fuéramos entre risas.

La noche por las calles poco transitadas e iluminadas de La Roca Bruna eran mágicas. Nos sentíamos las dueñas del lugar, conociendo cada pequeño secreto que escondían sus calles. Con unas latas de cerveza en la mano, Elena y yo recorríamos cada rincón recordando los momentos vividos durante los últimos años. Cómo Adrián ponía los ojos en blanco ante nuestras locuras, cómo Hugo intentaba hacer el pino contra la pared o cómo Lucas se emborrachó por primera vez amenazando con tirarse desde el puente para darse un chapuzón. Todo era tremendamente sencillo y divertido recordando esos momentos, hasta que Elena tuvo clara cuál sería nuestra próxima aventura.

Cruzamos el puente a toda velocidad, riendo mientras intentábamos un salto con el monopatín, y nos adentramos en las callejuelas de la parte este del pueblo. Todo estaba en silencio, solo se escuchaban las ruedas de nuestros monopatines repiquetear contra la piedra y nuestras risas amortiguadas. Cuando llegamos a nuestro objetivo, nos miramos con sonrisas

traviesas. Conseguí abrir la puerta del local con una horquilla que Elena me había prestado, y el olor a madera y barniz nos recibió al entrar. Elena controló su risa mientras leía las inscripciones de la madera tallada en diferentes carteles colocados alrededor del local. La tienda del padre de Hugo era muy conocida en toda la zona de la provincia, atrayendo a muchos negocios de la zona y turistas que buscaban un toque diferente para sus casas. Escuchamos un ruido en el piso superior y, sorprendidas, cogimos dos carteles de madera tallada y nos fuimos corriendo.

Cuando llegamos al lago, reíamos tanto que apenas nos quedaba oxígeno en los pulmones. Elena sostenía el cartel como si hubiera pescado un gran pez, y yo empecé a desvestirme para bañarme en el lago. Poco después, las dos estábamos metidas con el agua hasta el cuello, moviéndonos sin parar para alejar el frío. Salimos dando pequeños saltos y nos empezamos a vestir cuando notamos la presencia de dos figuras muy cerca de nosotras. Elena me miró con los labios apretados, pensando que el vigilante del lago nos había cazado, pero mi sensación fue mucho peor, confirmándose cuando las figuras se acercaron lentamente.

—Pero si es Marina… —dijo fríamente. Elena me miró sorprendida y yo tragué saliva.

—Nos vamos —susurré en dirección a Elena mientras recogíamos nuestras cosas.

—Y yo Elena, capullo… ¿y tú eres? —se encaró ella, con el cartel en la mano. Cerré los ojos con fuerza.

—Mario.

Elena se giró a mirarme, asustada de pronto.

—Y supongo que te acompaña Albert —espeté malhumorada, intentando centrar la atención de Mario en mí. Él se rio con ganas.

Cogí a Elena por el antebrazo y tiré para alejarla de todo aquello, pero Mario se interpuso y agarró el cartel de madera que sostenía. Leyó la inscripción, «Cuidado con los perros», y se rio.

—Chica mala… —murmuró, sonriéndome.

Miré a Albert, que apartó enseguida la mirada, y volví mi atención a Mario, que levantó las cejas.

—Vaya, ¿seguís enfadados? —se mofó.

—Nos vamos —respondí, tirando de nuevo de Elena. Mario volvió a interponerse en nuestro camino.

—No lo tengo tan claro.

—¿No vas a decir nada? —elevó la voz Elena mirando a Albert. Él le devolvió la mirada, pero no respondió.

—Elena, vete. Avisa a mi hermano —dije sin apartar mis ojos de los de Mario.

—No pienso irme.

—Lárgate —soltó fríamente Mario, mientras se acercaba a ella.

Albert se acercó a nosotras y le puso una mano en el pecho a Mario, que lo miraba serio.

—Yo me encargo —dijo al coger a Elena por el antebrazo y alejarla de allí.

Pude ver la mirada asustada de mi mejor amiga antes de alejarse.

33 - La necesidad

—¿Qué quieres de mí? —pregunté impaciente, viendo cómo Albert y Elena se alejaban.

—Me generas curiosidad. Hay mucha gente dispuesta a protegerte. Es muy conmovedor —dijo Mario, fingiendo mantener una conversación tranquila—. Claro que entre ellos no está Albert. Fue idea suya salir a estas horas, ¿sabes? ¿Le cuentas tus planes? Es bonito, aunque… ingenuo —sonrió con frialdad.

Acercó su mano a un mechón húmedo pegado a mi cara, y lo aparté violentamente al notar su tacto. Él volvió a sonreír, como si esperara esa reacción.

—Supongo que repetimos la historia. ¿Después viene el beso? —Soltó una carcajada. Cuando volvió a acercarse, le empujé con todas mis fuerzas, provocando más carcajadas en él.

—Lo que me produces son náuseas.

—Bueno, supongo que eso es un síntoma del amor —rio de nuevo al ver mi expresión asqueada—. Vamos, seguro que querrás contarle todo esto a Guille.

—¿Por eso lo haces? ¿Para cabrear a Guille? —pregunté atónita.

—Es uno de los motivos.

—Eres un demente.

—Es parte de mi encanto. —Una sonrisa volvió a aparecer en su rostro.

Cuando llegué a la puerta de casa, todavía trémula por la reciente conversación con Mario, Albert estaba allí. Se irguió cuando me vio.

—¿Dónde está Elena? —pregunté fríamente.

—Arriba.

Resoplé con indignación e intenté esquivarle para entrar, pero cogió mi brazo en el camino.

—No te atrevas a tocarme —mascullé, notando la ira en cada poro de mi cuerpo.

—Deja que me explique —dijo él despacio, sin soltarme.

—¿Para qué? ¿Para contarle mi reacción a Mario? El mensaje para Guille me lo ha dado él, tu misión ya ha acabado —dije intentando deshacerme de su mano. Él se acercó más a mí y yo me encaré, dedicándole la mirada más fría que pude—. ¿Ahora viene la parte de recogerme el mechón? Ya ha pasado. ¿O quizá esta vez me amenazarás directamente y dejarás el juego a un lado?

—Mírame —murmuró él, con una expresión torturada que me sorprendió.

—¡Lo estoy haciendo! —vociferé.

—No, mírame… como antes —susurró, acercando su mano a mi mejilla. Tragué saliva, confusa—. Como si te importara.

—No sé fingir tan bien como tú.

—No entiendes nada —murmuró, cada vez más cerca.

—Pues explícamelo —susurré en sus labios, sin fuerza para evitar aquello que estaba sucediendo.

Él miró fijamente mis ojos, pasando de uno a otro con lentitud, y los cerró. El beso fue suave al principio, como un primer contacto dulce a algo que sabes que no será bueno para la salud. La misma sensación que la primera vez se abrió camino entre nosotros, aumentando la intensidad de ese contacto y convirtiendo ese beso en una necesidad escondida durante mucho tiempo. Pegó su cuerpo contra el mío, respirando con dificultad y gruñendo mientras yo tocaba la piedra fría de la pared con mi espalda. Le besé con rabia, con rencor y, como la última vez, con el alivio de poder ser, durante unos segundos, sincera conmigo misma.

. . .

Cuando entré en mi habitación, Elena saltó de la cama con evidente ansiedad y me abrazó fuerte. Yo seguía intentando asimilar todo lo que había pasado minutos antes, notando todavía el intenso beso con Albert.

—¡Joder, Marina! No había sentido tanto miedo en mi vida —dijo ella hundida en mi pelo, sin soltarme.

Le acaricié la espalda distraídamente, aliviada al comprobar que, a pesar de los nervios, ella estaba bien. Preguntó entonces qué había pasado, qué me había dicho Mario y por qué había dejado que ella se marchara para quedarme a solas con él. Admití entonces que no era la primera vez que nos veíamos después de ese día de la ciudad y ella pareció realmente aterrorizada. Intenté tranquilizarla mencionando el motivo de sus continuas visitas sorpresa.

—Solo intenta hacer reaccionar a Guille —comenté, quitándole importancia. Ella frunció el ceño, alterada.

—¿Y por qué Guille todavía no ha reaccionado?

—Porque no se lo he dicho —confesé, intentando advertirle con la mirada de que era una mala idea informar a Guille de todo aquello. Ella resopló.

—Espero que sepas dónde te estás metiendo, Marina.

Encogí los hombros, centrando mi atención en desvestirme para ponerme el pijama, y ella me reveló que no había encontrado a Guille pero que había avisado a Hugo. Cerré los ojos con pesar cuando su móvil vibró y corrió a abrir la puerta de casa. Hugo apareció rápidamente en la puerta de mi habitación y me miró con desaprobación.

—Estamos bien —le aseguré, tratando de averiguar lo que pensaba. Él apretó los labios y rodeó a Elena por los hombros.

La mañana siguiente, pese a la insistencia de Elena por quedarse, finalmente conseguimos convencerla de volver a su casa. Hugo parecía enfadado, muy tenso conmigo y con toda esta situación, y fui incapaz de explicarle nada. Tampoco creía que, de haberlo hecho, él me hubiera entendido.

Cuando se marcharon, suspiré nerviosa y acudí a la terraza, donde me citó Albert el día anterior.

—Hola —saludó con una sonrisa contenida cuando me vio.

—Hola —respondí con el mismo gesto.

Cuando nos acercamos, ambos nos quedamos sin palabras. Acaricié sus brazos y él recorrió mi mandíbula con su dedo índice, recordándome todas aquellas sensaciones que había despertado en mí años atrás. Me besó con la misma necesidad que las veces anteriores, sujetando mi cuerpo mientras yo enroscaba mis piernas en su cintura. El bálsamo de sus labios me aisló por completo de plantearme si aquello que hacíamos estaba bien o no, centrando mi atención únicamente en el cosquilleo que me provocaba su tacto. Necesité sentirlo más cerca, así que estiré su camiseta hacia arriba al tiempo que él desabrochaba mi pantalón vaquero corto. Un suspiro escapó de mi garganta cuando sus labios besaron mi cuello y su mano derecha recorría mis muslos, subiendo despacio por todo mi costado. Me animó a rodear su cadera con mis piernas, subiéndome a horcajadas y llevándome a ese rincón tan especial para mí, donde teníamos la intimidad que necesitábamos. Lentamente, fui recorriendo su mandíbula con tiernos besos, disfrutando de la textura de su barba incipiente. Albert tenía los ojos cerrados y no

sonreía, pero su expresión denotaba calma. El calor fue aumentando cuando deshice su cinturón y dejé caer su pantalón al suelo, momento que él aprovechó para subir mi top y dejarme vestida solo con las braguitas. Bajé la mirada hacia su estómago plano, acariciándolo con calma con mis yemas y sintiendo su vello erizarse con mi contacto. Sonreí y le miré, comprobando que él tenía esa misma expresión mientras peinaba mi pelo hacia atrás. Sin soltarme, se deslizó hacia el suelo, manteniéndome sentada sobre él y aumentamos la intensidad del beso.

Albert sonrió de lado, sin dejar de mirarme, mientras abría el envoltorio del preservativo. No recordaba haber estado tan nerviosa y expectante nunca antes. No quería perderme ni un detalle de lo que estaba pasando, y tampoco era capaz de reflexionar en nada que no fuera esa placentera sensación que aparecía cuando estábamos juntos.

No quise plantearme nada. Ni su necesidad por vengarse de mi hermano, ni los motivos por los que se acercaba a mí… nada.

Me dejé llevar y todo pareció ir bien entonces.

34 - Todo se resquebrajaba

—Sigo enfadada.

—Y yo —dijo, dedicándome una sonrisa relajada.

Nos resguardábamos del sol en el pequeño tejado que ocupaba mi rincón favorito de la terraza, él rodeándome con su brazo y yo acariciando sus dedos. Ese pequeño oasis de paz terminaría pronto, pero quería recordar el calor de su cuerpo para siempre. Supe que la calma daba paso a la seriedad cuando se irguió, y ambos nos sentamos apoyando la espalda en el muro.

—¿Pensabas realmente todo lo que me dijiste? —murmuró con un hilo de voz. Me sorprendió ver la vulnerabilidad que me mostraba—. Yo también lo pienso. Pero supongo que me dolió más escucharlo de ti.

—No quería hacerte daño —susurré con pesar. Él sonrió triste.

—Mentirosa. Sí querías. Y lo entiendo. Yo también quería hacerte daño.

—¿Por qué?

Él pareció dudar. Sus ojos brillaban de una forma diferente con el reflejo de la luz del sol, y supe que no encontraría en otros ojos lo que estaba sintiendo en ese momento.

—Por olvidarme, supongo. —Se encogió de hombros y yo bajé la mirada, incapaz de admitir que esa afirmación era de todo menos cierta. Él suspiró—. Lucas parece un buen chico.

—Laura también —comenté, incómoda de pronto. Él me miró durante unos segundos, en silencio.

—Es complicado —dijo finalmente.

—Con Lucas también lo es —confesé, recordando nuestra discusión.

—Lo arreglaréis.

Le miré sin comprender, sintiendo cómo un vacío se abría camino en mi interior. Después de lo que había pasado parecía que nada había cambiado. Recordé entonces las palabras de Guille, la certeza de que Albert se acercó a mí solo para poder controlarle a él, así que me incorporé y le miré.

—¿Y ahora qué? —pregunté, adoptando de nuevo la fortaleza que necesitaba.

—Habla con Guille. A ti no te pasará nada —dijo al levantarse. Boqueé sin comprender—. Puedo mantener a Mario alejado de ti, pero no de tu hermano. Tampoco quiero.

Estudió mi reacción y yo apreté los dientes, comprobando que la máscara que solía llevar volvía a estar presente, como un escudo que separaba el Albert real del que se esforzaba en ser. Asentí con calma ante su silencio, sintiéndome estúpida.

—¿Y ya está? ¿La venganza por encima de todo lo demás? —pregunté apesadumbrada.

—Es mejor así.

Durante un buen rato, estuve mirando la puerta por donde Albert se había ido. Me sentía confusa, pero extrañamente vigorosa. Mi hermano seguía empeñado en que me mantuviera alejada de Albert, pero la vulnerabilidad que había visto en él minutos antes no encajaba con la imagen que Guille me había explicado. Como había dicho mi madre, Albert tuvo que pasarlo realmente mal con la situación de sus padres y, cuando todo se precipitó por la decisión que Guille tomó, la soledad que debió sentir debió ir más allá de cualquier cosa que pudiera sentir por mí. Albert y Mario se empeñaban en comentar lo mucho que mi hermano les había arrebatado y los secretos que escondía, pero… ¿quién tenía razón? ¿Era realmente Guille el bueno de esta historia? ¿Por qué no podía dejar de justificar a Albert?

Por la tarde, la tensión en mi grupo de amigos era palpable. Lucas esquivaba mi mirada y Hugo parecía haber adoptado su misma actitud. Elena, por el contrario, me miraba preocupada mientras contaba la noche anterior a los demás.

—Ten cuidado, Marina. Albert no me parece trigo limpio.

—Te protegió de Mario —dije incrédula en su dirección. Ella abrió los ojos, sorprendida.

—Te dejó a solas con él —remarcó lentamente—. Está dispuesto a hacer lo que haga falta. Me lo dijo.

La miré, enfadada, mientras intentaba encontrar una explicación que justificara las palabras de Albert. Hacer lo que hiciera falta… ¿implicaba también estar conmigo? Tragué con fuerza y, ante el silencio de todos, me fui.

Días después, sin noticias de Albert y esquivando las preguntas de Guille, me refugié en el restaurante de mi madre. Ella no parecía sorprendida, pero tampoco insistió en averiguar qué me llevaba, de pronto, a querer pasar más tiempo trabajando con ella. Durante esos días, el número de Rebels que paseaban por La Roca aumentó. Allá donde miraba, parecía encontrar tipos con cazadora de cuero que atentaban directamente contra mi salud mental. Guille intentó que habláramos varias veces durante ese tiempo, incluso Sergio pareció dejar de lado su reticencia conmigo para acercarse, pero les evitaba siempre. No quería saber nada, no quería tener nada que ver con nada.

Tampoco fueron mejor los intentos de mis amigos por hacerme hablar. Ellos fingían que no pasaba nada, y yo acudía a nuestras quedadas en silencio, fingiendo sonrisas para esquivar sus preguntas y hablándoles de temas que nada tenían que ver con los Rebels. Notaba las miradas que se dedicaban entre ellos y cuando parecían dar muestras de querer hablar sobre el asunto, yo me iba rápidamente para refugiarme en el silencio de mi habitación.

Poco a poco fui sintiéndome más sola e incomprendida, alejándome de todas las personas que me rodeaban cuando yo lo único que podía hacer era… pensar en Albert.

35 - Albert

La había cagado. Sabía que dejarme llevar empeoraría las cosas, pero es que era verla y… joder. Se me iba la cabeza.

Me comporté como un capullo con ella después de tenerla por primera vez, fingiendo que no era más que una chica cualquiera, y todo empezó a desmoronarse.

Las discusiones con Laura fueron cada vez más recurrentes, se me hacía muy complicado intentar solucionar lo que teníamos cuando no era ella la que estaba siempre en mi cabeza.

El día que estuve con Marina, ella lo supo. No nos vio, no llegó a subir a la terraza, pero aseguró haberse dado cuenta de mi extraña relación con «esa niñata», como la llamó. No pude fingir, ya no tenía sentido hacerlo. La pelea fue tan grande que la eché de mi casa. Cuando llegó a la ciudad, me llamó para avisarme y yo solo quise que olvidara que existía.

Por otro lado, Mario y los demás empezaban a sospechar de mí. Habían pasado cuatro días desde mi encuentro con Marina cuando Mario me citó en El Refugio para hablar los dos solos.

—¿Qué coño te está pasando? —me preguntó en cuanto nos sentamos en la mesa del fondo.

El *pub* estaba casi vacío, y el chico de la barra, Omar, nos lanzaba miradas poco disimuladas. Me habría reído de su descaro si no hubiera sido por la tensión de la situación.

—A mí, nada. A vosotros, en cambio, creo que se os está yendo de las manos —murmuré antes de beber de mi botellín.

Mario levantó las cejas y se relajó en su silla, con fingida diversión.

—¿Te estás echando atrás? —preguntó, intentando disimular su incipiente enfado.

—No. Solo creo que estáis olvidando el plan original.

—¿El plan original? —rio con ironía. La tensión recorrió mi cuerpo—. Es la niña, ¿verdad?

—No —dije, firme. Él sonrió con una actitud chulesca que yo odiaba.

—La hermana pequeña ha conseguido meterse en tu cabeza. Te estás ablandando… —dijo negando dramáticamente con la cabeza. Su sonrisa fue desvaneciéndose y me temí lo peor—. El trato era Guille y su entorno.

—El problema es con Guille —insistí adoptando su misma actitud pasivo agresiva. Él mostró una sonrisa ladeada, entornó los ojos y negó con la cabeza.

—Parece que ahora el problema es contigo, primo. La estás cagando, y te advertí sobre esto.

Era consciente de la personalidad impulsiva de Mario. Conocía su historia y sabía que la única manera que tenía de sacar toda la mierda que llevaba dentro era a través del grupo, de los Rebels. Por primera vez, sentí miedo de él.

Mario se levantó de su silla y se acercó a la barra del *pub*, donde dejó un billete bajo su mano. Cuando Omar se acercó a cogerlo, Mario le agarró la mano con fuerza, con fingida despreocupación. Los músculos de mis piernas se tensaron, alerta para actuar en caso necesario.

—Esto por las cervezas. Y asegúrate de que Marina sepa que hemos estado aquí, juntos —dijo despreocupadamente. Se giró a mirarme—. Esta tarde si no estás aquí con los demás, lo tomaré como un cambio de bando.

Me dedicó una sonrisa críptica y se marchó. Omar apretó los labios y me miró, preocupado. Chasqueé la lengua con indignación. No soportaba despertar pena en los demás.

Seguía dándole vueltas a la conversación con Mario cuando llegué al lago. Me sentía confundido y débil, y eso me recordó el sentimiento de vacío que sentí años atrás. Estaba enfadado por esa vulnerabilidad ya olvidada que parecía emerger cada día que pasaba, y odiaba sentirme así. Pero no podía obviar lo evidente. Ya no se trataba de mi venganza, ni del odio que

podía sentir hacia Guille. Recordé el tacto de la piel de Marina bajo mis dedos, la sonrisa tímida que solo apareció en la soledad de la terraza, sus labios carnosos dejándose llevar por mi movimiento… Debía hacer algo.

Sentado en la orilla del lago, alcancé mi móvil y dudé durante unos segundos.

—¿Qué coño quieres? —respondió Guille al tercer tono.

—Tenemos que hablar.

—¿Por qué debería querer hablar contigo?

Resoplé con impaciencia.

—Ven al lago, ahora.

Apenas unos minutos después, Guille apareció al final de la orilla, observando cada rincón con los ojos entornados y con una actitud poco amigable. Me levanté con calma y ambos nos mantuvimos en silencio, mirándonos y, probablemente, recordando tiempos en los que no queríamos matarnos a golpes.

—Tú dirás.

—Creo que esto se nos está yendo de las manos —dije cautelosamente. Guille levantó las cejas y sonrió de medio lado.

—¿Tú crees? —espetó irónico.

Aparté la mirada para evitar aumentar la ira que sentía al tenerle cerca, intentando focalizarme solo en lo que planeaba decirle.

—Va a por ella. Lleva un tiempo detrás de Marina y creo que esta vez va en serio.

Ante la mención de su hermana, Guille cambió su expresión por completo. Se acercó a mí en un suspiro y agarró el cuello de mi camiseta, haciéndome tambalear. Apreté los dientes intentando reprimir las ganas de hacerle tragar la tierra.

Me solté de un manotazo.

—Mira, podemos darnos puñetazos hasta perder el conocimiento, aquí, ahora. Pero eso no cambiará el hecho de que Mario va a por Marina. Lo del lago solo fue un aviso.

—¿Lo del lago? —dijo realmente desconcertado. Fruncí el ceño.

—Cuando sorprendimos a Marina y Elena en el lago… ¿no te ha contado nada? —le pregunté. Él apretó los labios y sacudió la cabeza.

—¿Cuándo me ha contado algo Marina? Siempre va a su bola… —murmuró más para sí mismo. Sonreí sin darme cuenta y él recuperó su enfado—. No te atrevas a sonreír.

Levanté las manos con fingida inocencia, sin poder evitar ensanchar la sonrisa.

—Debes admitir que siempre te dio más miedo Marina que Mario —murmuré divertido.

Él entornó los ojos y pude ver cómo apretaba los labios para evitar sonreír. Luego recordó algo y volvió a adoptar su expresión seria.

—Aléjate de ella. La has puesto en el punto de mira por tu inmadurez.

—¿Mi inmadurez? —espeté perplejo—. Te aseguro que, ahora mismo, Marina está más segura conmigo que contigo.

—No te acerques a ella —zanjó.

Lo vi alejarse con paso firme, rodeando el *skatepark* y dejándome plantado en medio de la tierra húmeda del lago. Miré el reloj, suspiré y, encendiendo un cigarrillo, me dirigí a El Refugio, donde Mario y los demás me esperaban.

36 - Van a por mí

Quedaban menos de dos semanas para que acabara julio cuando Adrián se presentó en mi casa con un pack de cervezas frías y una sonrisa. Quise contarle cómo veía toda la situación y lo alejada que me sentía de todos ellos, pero solo podía pensar en la mirada reprobatoria de Hugo cuando apareció en mi casa esa noche del lago. El egoísmo que Lucas señaló empezó a afectar a mi comportamiento, y la decisión que tomé durante mi conversación con Adrián confirmó que lo mejor era no volver a arrastrarlos en esta historia. Él insistió, claro. Me preguntó sobre Guille, sobre Albert y sobre cómo me hacía sentir aquella situación. Yo, al contrario de lo que pensaba, le tranquilicé asegurándole que estaba todo bien.

—No ha habido más noticias, de verdad. Yo… estoy muy centrada en el restaurante de mi madre.

Él sonrió cuando le expliqué todo lo que estaba aprendiendo, pero no pareció convencido de la veracidad de mis palabras cuando se marchó.

Me miré en el espejo de mi habitación mientras me recogía el pelo en una coleta alta. Unas ojeras profundas me recibían bajo mis ojos castaños, y mis labios se veían agrietados debido a los nervios, que me hacían mordisquearlos constantemente. Me maquillé un poco para cubrir esas marcas oscuras y me puse un labial color nude que me regaló Elena meses atrás. La mirada que me devolvía el espejo era inexpresiva y apreté los labios al comprobar que, realmente, Albert tenía razón y era un libro abierto.

Guille llamó a la puerta, sobresaltándome.

—Me tengo que ir —dije, abotonándome la camisa blanca del uniforme y antes de darle oportunidad de hablar.

—Hoy no vas a trabajar.

—¿Qué ha pasado? —le miré de golpe, notando cómo mis manos empezaban a temblar.

Él se fijó en eso y apretó los labios, preocupado. Se apoyó en el marco de la puerta mientras yo escondía las manos.

—Háblame, Marina —murmuró apesadumbrado. Le miré.

—Lo estoy haciendo.

—Vale… pues cuéntame el motivo por el que hace días que no lo haces. ¿Por qué ya no me preguntas por Albert? —Sus ojos me miraron con interés y yo tragué saliva.

—¿Por qué iba a hacerlo? Te he hecho caso, me mantengo al margen.

Guille levantó las cejas.

—¿Desde cuándo me haces caso? —Su voz sonó crispada y suspiré.

—Desde que he comprendido que no tengo nada que ver con todo esto.

—¿Eso fue lo que te dijo Mario?

Levanté la mirada confusa y él apretó los dientes. Se acercó y se sentó en la cama.

—Elena, ¿no? —Suspiré.

—Hugo y Lucas. Están preocupados. Y yo también.

Cerré los ojos con pesadez, suspirando.

—No tenéis por qué. Estoy muy centrada en el restaurante, ya no pienso en toda esa historia —afirmé. Él rio sin ganas, sacudiendo la cabeza.

—Vamos, pregúntame.

—¿Qué quieres que te pregunte? —respondí a la defensiva.

—Lo que te mantiene en ese estado de alerta constante.

—¡No estoy en ningún estado! ¡Estoy manteniéndome al margen! —espeté enfadada. Él se levantó, también enfadado.

—¡Ya no lo estás! —gritó. Me estremecí—. Me ha hablado de ti, ¿sabes? Albert.

Le miré con ansiedad mientras el calor abandonaba mi cuerpo.

—¿Qué…? ¿Qué ha dicho? —susurré con un hilo de voz, temiéndome lo peor.

—¡Van a por ti, Marina! Ya no estás al margen porque ahora también van a por ti —dijo con la mirada torturada.

Tragué saliva con dificultad, recordando las palabras de Albert días atrás. «A ti no te pasará nada», dijo. Y yo, como la estúpida que era cuando él estaba cerca, le creí. Y me mantuve al margen.

Eché a Guille de mi habitación con furia. Me arranqué la camisa del uniforme y me puse una sudadera grande negra por encima del top interior. Salí de casa dando un portazo que hizo retumbar las paredes. Incluso la puerta, que debía cerrar siempre con llave, decidió cerrarse bien en ese momento de tensión.

Cuando llegué a El Refugio, Omar levantó mucho las cejas y noté su nerviosismo. Eso confirmó mis sospechas y busqué a Albert con la mirada. Había muchos Rebels allí, incluidos los dos tipos que me seguían desde principios de verano y Mario. Todos parecieron sorprendidos al verme, pero fijé mi mirada en Albert de forma incisiva. Él se levantó de golpe, visiblemente tenso.

—Tenemos que hablar —dije, entornando los ojos.

Escuché algunas risas de los demás, precedidas por un comentario de Mario que no llegué a escuchar. Albert se movió hacia mí, cogió mi mano y me llevó hacia fuera. Cuando estuvimos solos, di un manotazo para que me soltara.

—¿Estás loca? —murmuró acercándose a mí.

—Perdona, ¿se suponía que debía esperar a que vinierais a buscarme? —ironicé. Él titubeó—. Has hablado con Guille.

—Sí —afirmó cauto. Yo asentí con calma.

—Sabías que él me lo diría.

—Se suponía que tú le contarías lo del lago —dijo a la defensiva. Abrí los ojos con sorpresa y reí sin ganas.

—¿Ahora soy vuestra mensajera?

—¿Qué? Eso no…

—Entiendo. Me seguís, me acorraláis, haces que confíe en ti. O al menos que dude de tus intenciones. Como hace tres años, ¿verdad? Acercándote a mí solo para poder manipular a Guille.

Él apretó los labios en un gesto que parecía mostrar un debate interno.

—¿Te acercaste a mí solo por venganza? —pregunté entonces, acercándome a él. Él me miró durante unos segundos que parecieron eternos, dudando. Finalmente, respondió.

—Sí.

Esbocé una sonrisa irónica, negando con la cabeza.

—No te creo —murmuré, acercándome más a él.

Albert contuvo la respiración ante mi proximidad, y noté cómo la coraza que parecía envolverle se deshacía. Pero el momento se rompió.

—¿Cuántas veces te lo tengo que repetir? —masculló furioso Guille.

Mi hermano apareció rodeado de sus amigos, todos con expresiones poco amigables. Me separé asustada por la hostilidad repentina del ambiente, sin reconocer la expresión desencajada

de Guille. Todo pasó muy deprisa entonces.

El grito de Mario, la tensión en los músculos de Albert, el puñetazo certero de Sergio en la mandíbula de este, Mario abalanzándose contra mi hermano, los amigos de Guille acercándose a los Rebels. Omar asustado, Albert en el suelo, los Rebels corriendo, mi hermano y sus amigos persiguiéndolos.

Y yo paralizada.

37 - Sola

Hice que Albert se sentara en una silla de la cocina mientras aplicaba alcohol en la herida de su labio. Él alargó la mano hacia el moratón que empezaba a aparecer en su pómulo, pero aparté su mano.

—No lo toques, te daré hielo.

Durante los siguientes minutos estuvimos en silencio, yo desinfectando su herida abierta y él, con la cabeza en mi dirección, apoyando hielo en el moratón y esquivando mi mirada. Era una situación muy extraña, pero, a la vez, placentera, y eso, como tantas otras veces, me produjo mucha confusión.

—Creo que esto ya está —susurré, dejando el algodón sobre la mesa.

Pero no me aparté. Seguí mirándole de cerca, pues no sabía si ese momento se repetiría otra vez. Estudié sus facciones, intentando aprender cada pequeño detalle de su rostro. La línea perfecta de su mandíbula marcada, su nariz pequeña y recta, sus ojos rasgados… Me miró directamente entonces, provocando un cosquilleó en mí difícil de definir. Acercó su mano a la parte posterior de mi muslo, acariciándome despacio.

—Acércate —susurró.

—No.

Él sonrió, sabiendo que yo quería hacer todo lo contrario. Acerqué los dedos al hematoma que, poco a poco, se hacía cada vez más visible. Él hizo una mueca de dolor.

—Pensé que no debía tocármelo.

—Tú no, pero yo te estoy curando —aclaré con una sonrisa.

Estuvimos así un tiempo indefinido. Solo podía sentirle a través de las yemas de mis dedos, sin descentrar demasiado la atención de su mano, que seguía acariciándome el muslo.

—No tenías que molestarte —murmuró con la cabeza gacha.

—Estás herido —respondí con un hilo de voz.

—Hay heridas que no se curan con algodón y un poco de alcohol —sentenció. Nos miramos unos segundos hasta que él apartó la mirada—. Hay personas que no merecen ser curadas.

—Deja que eso lo decidan los demás.

Albert apretó los labios, sacudiendo la cabeza, y carraspeó.

—¿Cómo van las cosas con Lucas? —dijo sin mirarme.

—¿Y con Laura? —respondí con las cejas levantadas.

Él me miró y formó una pequeña sonrisa contenida.

—Laura ya no está —confesó. Apreté los labios, acercando la yema de mis dedos de nuevo hacia su mejilla. Cuando me miró, pude sentir que estábamos en la misma sintonía—. Ojalá me miraras siempre así.

La euforia se abrió camino en mi interior y, después, el momento simplemente se rompió. Apartó la mirada y yo volví a la realidad.

—¿Qué coño haces aquí? —vociferó Guille acercándose a toda velocidad.

Sin pensar, me interpuse en su camino y me empujó, haciendo que me golpeara la cadera contra la encimera de la cocina. Albert se encaró a él, con evidente enfado.

—Más te vale salir de aquí ahora mismo —masculló rabioso Guille. Albert sonrió con frialdad.

—¿O qué? ¿Llamarás a la policía?

Cerré los ojos con fuerza esperando que la situación se saliera de control, pero Guille se marchó. Albert me miró, todavía nervioso y, después de dudar, también se alejó. Fue entonces

cuando, por fin, pude respirar profundamente.

Una vez ordené la cocina, cogí mi móvil y encontré un mensaje de Elena, que me citaba en el parque de abajo. Pensé en fingir que no lo había leído, pero finalmente decidí acudir, puesto que si alguien merecía una explicación era ella. Pero no estaba sola.

Todos estaban allí, en silencio. Hugo y Adrián esperaban de pie, y los demás estaban sentados en uno de los bancos. Elena movía su pierna con nerviosismo y paró cuando me vio, levantándose rápidamente.

—¿Qué pasa? —rompí el silencio, tensa.

Lucas se giró hacia mí, incrédulo.

—¿Sabes dónde te metes?

—No es vuestro problema.

—El mío ya no, desde luego —murmuró Lucas. Elena apretó los labios.

—Marina, nos estás apartando —dijo en un hilo de voz, alargando la mano hacia mí. Me aparté.

—¡Os estoy protegiendo! —grité nerviosa.

—Curiosa forma de protegernos metiendo a Mario en nuestras vidas —masculló Hugo, tenso.

Le miré, atónita, y sacudí la cabeza.

—¿Sabéis qué? Tenéis razón. Soy una egoísta, una inconsciente y os he metido hasta el fondo en esta historia que no os incumbe.

—Marina, tranquilízate. Solo estamos preocupados —justificó Adrián con calma.

—No hará falta que os preocupéis más. Seguid con vuestras vidas, dejad que yo viva la mía como yo quiera.

Elena sacudió la cabeza, dolida.

—No queremos salir de tu vida, Marina.

—¿Segura? —mascullé rabiosa, señalando a Lucas y Hugo, que me miraban con los brazos cruzados. Reí sin ganas ante el silencio que se formó—. Hacednos un favor y dejadme en paz.

Sin querer pensar en lo que estaba sucediendo, me di la vuelta y empecé a andar hacia casa.

—Marina… —intentó llamar mi atención Adrián.

Pero yo ya estaba lejos de ellos, de sus juicios y sus reproches. No entendían nada.

Me alejé de ellos apartando mis lágrimas con furia y, poco a poco, fui hundiéndome en la oscuridad, finalmente sola.

38 - Mi pequeño oasis

Después de aquella discusión con mis amigos, solo había una persona que parecía entenderme: Albert.

El día que me alejé de ellos, acudí a su casa con lágrimas en los ojos, desesperada por sentirme segura de nuevo. Cuando abrió la puerta de su casa, a tan solo unos pasos de la mía, no tardó en rodearme con sus brazos.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó entonces, dirigiéndome hacia su comedor.

—Nada, ellos… ellos ya no… —intenté hablar, pero no logré poner en palabras todo lo que estaba sintiendo.

Él me rodeó más fuerte con sus brazos, consiguiendo sostener las piezas que parecían estar destrozadas en mi interior.

Durante aquellos días, Albert fue un apoyo esencial. Estar con él hacía que la soledad desapareciera, que no necesitara nada más que su presencia y sus besos. Su casa se convirtió en mi pequeño oasis. Un espacio donde poder olvidar todo lo relacionado con los Rebels, con mi hermano y con mis amigos. Él sonreía relajado escuchándome hablar sobre cocina y sobre la participación de mi madre en la inscripción a la escuela. Yo reía cuando él me explicaba anécdotas con clientes en el *pub* donde trabajaba en la ciudad.

Había días en los que apenas salíamos de su casa, en los que ambos inventábamos unas excusas poco creíbles para nuestros trabajos, solo por poder disfrutarnos durante más tiempo. Días en los que todo parecía brillar con una luz especial y donde los protagonistas eran nuestra piel y nuestros jadeos. El tacto de Albert bajo mis dedos era balsámico, tanto que pude encontrar sentido a todas aquellas cosas que no encajaban en mi vida. Él me acariciaba el rostro mientras soñaba en voz alta con un futuro que nos tuviera a nosotros como protagonistas, y yo deseé con todas mis fuerzas que todos esos sueños se hicieran realidad.

Nos besamos mucho, pero también hablamos mucho. Hablamos de su relación con Mario, que siempre había parecido estar en el punto de mira de Guille. Hablamos de su amistad con mi hermano, que le hacía sentir vivo y capaz de evadirse de toda su situación familiar. Le escuché debatir consigo mismo sobre la posibilidad de olvidar todo aquello y poder solucionar las cosas de verdad, curar las heridas que arrastraba y empezar de nuevo, lejos de allí. Mi corazón se encogió con la posibilidad que planteaba de irse fuera una temporada, y lo estreché con más fuerza.

Durante esos días, no pensé en nada que no fuéramos nosotros. No respondí a los mensajes que mis amigos me mandaban a diario, aunque los leí todos apesadumbrada. Lucas no escribió, pero Elena me informaba de sus pensamientos. Nada había cambiado para él.

—¿Es Lucas? —preguntó Albert, saliendo del baño y encontrándose conmigo en la cama. Negué con la cabeza.

—Es Elena.

—Quizá… quizá deberías responder alguno de esos mensajes que te mandan —dijo cauto. Le miré frunciendo el ceño.

—Dejaron claro lo que pensaban. Soy una egoísta que les ha puesto en riesgo, así que me mantengo al margen —zanjé con brusquedad. Él apretó los labios y asintió lentamente.

—Y… ¿has hablado con Guille?

—¿Por qué debería hacerlo? —pregunté arisca.

Él suspiró, intentando hablar sobre la situación que todavía parecía envolvernos. Parecía que

ni siquiera en el paraíso los problemas quedaban al margen.

—No te pongas así, Marina. La situación no desaparecerá, aunque tú quieras que lo haga.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque Mario sigue moviéndose. Porque Guille sigue moviéndose. Porque yo… —cortó en seco al ver mi expresión sorprendida.

—Porque tú sigues moviéndote —acabé su frase. Él apretó los labios y sacudió la cabeza.

Me levanté, cubriendo mi cuerpo con la sábana, y me dirigí al comedor, donde estaba mi ropa. Empecé a vestirme y escuché a Albert moverse detrás de mí. Me abrazó por la espalda, parando mi movimiento, y besó mi nuca. La sensación de desasosiego me invadió entonces. Ni siquiera los abrazos de Albert conseguían alejarme de esa historia.

—Deberías hablar con Guille y solucionar las cosas con tus amigos —murmuró en mi oído.

Me aparté bruscamente de él, sintiéndome de nuevo traicionada. Reí sin ganas.

—Ya está, ¿verdad? Ya te has cansado de esto —dije, señalándonos a ambos—. La prioridad siempre ha sido tu estúpida venganza. Usarme para tener a Guille bajo control.

—Si realmente quisiera eso, ¿por qué te pediría entonces que hablaras con él? —manifestó con frialdad.

—¿Quizás debo pasarle algún mensaje?

—¿Te estás escuchando? Me acusas de usarte para controlar a Guille, y ahora me acusas de tratar de manipularte a ti —exclamó enfadado—. ¿Qué hay de ti? ¿Me usas para no sentirte sola?

Apreté los labios con rabia.

—Yo te uso a ti, y tú me usas a mí, ¿no?

—¿Eso crees?

—Eso sé. Solo intento… mantenerme al margen, como Guille me pidió que hiciera.

—Pero no estás al margen —articuló con lentitud.

—Pues, cuando vengáis a por mí, hablaremos.

Albert parpadeó confundido, alejándose de mi lado.

—¿Crees que iré a por ti? —murmuró, dolido.

—Ese era tu plan, ¿no?

Él humedeció su labio inferior intentando controlar la ira.

—¿Estás en un momento suicida o qué? —espetó. Yo encogí los hombros.

—Ya no tengo nada que perder.

—¿Ni siquiera a mí? —susurró con un hilo de voz. Tragué saliva con dificultad y acabé de vestirme.

—A ti nunca te tuve.

Cuando me fui, Albert no intentó seguirme.

39 - Vuelta a las andadas

La discusión con Albert un par de días antes se acumuló en la lista de problemas que parecían perseguirme. Me sentía sola, perdida y mi realidad empezó a desdibujarse hasta formar una maraña de pensamientos sin sentido. Sentía apatía, focalizando mi atención solo en lo que parecía ser realmente palpable: la Escuela de Cocina en septiembre. Pero hasta ese pensamiento parecía retorcerse incómodo en mi interior, recordando los planes de Elena para vivir juntas. La acumulación de emociones negativas me obligó a levantarme. Salí a pasear tratando de mantener mi mente en blanco, sin un objetivo concreto, cuando llegué al *skatepark*. Era de noche y hacía frío, pero eso no fue lo que me estremeció. La voz de Mario rompió el silencio.

—¿Qué tal? —Anduvo con calma hacia mí.

Le miré inexpresiva y encogí los hombros, mirando a la lejanía. Cuando me observó con interés, recobré la consciencia.

—Me voy —murmuré, pero sin moverme. Él sonrió, con la mirada fija hacia el lago.

—¿Por qué crees que te dejaré ir?

—Tengo inmunidad ahora, ¿no? —dije olvidando la punzada de dolor que sentí en el pecho al recordar a Albert.

Él pareció sorprendido entonces, y ambos nos miramos confusos. Yo me erguí al comprobar que, quizá, Mario no sabía que Albert y yo habíamos pasado juntos los últimos días. Él parpadeó sorprendido y yo empecé a tensarme, sintiendo por fin la sensación de peligro. Cualquier cosa era mejor que ese entumecimiento, me dije. No me di cuenta de que había hecho una llamada hasta que colgó, y nos mantuvimos en silencio. Cuando intenté alejarme, él me cogió del brazo con fuerza, reteniéndome.

Albert apareció minutos después, sin aliento. Levantó los brazos con confusión, mirando a Mario. Este sonrió.

—¿Nada que quieras contarme, primo? —masculló, dedicándole una mirada glaciar. Él tragó saliva y me miró.

—¿Estás bien? —me preguntó. Yo asentí sin mirarle.

—Vaya, has conseguido a la chica —se mofó su primo.

—Déjalo ya, Mario.

Este levantó las cejas sorprendido, hasta que su expresión mutó a la rabia contenida. Los nervios me impidieron ser totalmente consciente de la situación hasta que Albert se acercó y empujó a Mario, que respondió con un golpe certero en su cabeza. Grité con horror al comprobar cómo una brecha se abría y comenzaba a sangrar.

—Vete —murmuró él cuando me acerqué. Miré a Mario, que observaba a su primo con una gélida sonrisa.

Dudando, me alejé sin apartar la mirada de Mario. Él se agachó hacia donde estaba Albert y, cuando levantó su puño para volver a golpearle, yo empecé a correr hacia casa.

Abrí la puerta de la habitación de Guille con fuerza, sobresaltándoles. Sergio y su otro amigo, el alto, me miraron sorprendidos desde la cama. Les expliqué con la voz entrecortada lo que acababa de pasar, y ellos se levantaron de inmediato. Antes de cruzar la puerta, Guille me sostuvo por los hombros y negó con la cabeza.

—Tú no vienes, no podré protegerte —zanjó.

La espera se hizo agónica y no dejé de temblar en todo el tiempo que pasé sola en casa esperando noticias. Me removía inquieta sin dejar de mirar mi móvil, recordando la mirada de

preocupación de Albert. Cuando la puerta de casa se abrió, yo estaba al borde de un ataque de nervios.

Guille y Sergio sostenían a Albert, que parecía inconsciente, y lo dejaron caer con cuidado en el sofá. Tenía varias heridas abiertas en la ceja, pómulo y labio, todo cubierto de un rojo intenso. Tragué el nudo en mi garganta mientras limpiaba las manchas de sangre de su rostro para poder ver bien las heridas, y me dispuse a desinfectarlas como semanas antes había hecho. Guille se paseaba inquieto por el comedor, de un lado a otro, murmurando «No entiendo nada» sin parar. Sergio me lanzó una mirada fugaz antes de alejarse para hacer una llamada mientras su amigo alto, al que llamaban Kuba, nos observaba a todos sentado en una silla del comedor. Albert se removió y lo miré, asustada. No supe que estaba llorando hasta que alargó una mano y me limpió la mejilla, haciéndome sonreír.

—Mario no sabía nada —susurré cerca de él.

Él me miró y apretó los labios, negando con la cabeza. Sorbí por la nariz intentando centrar mi atención en la cura de sus heridas, y Guille se acercó.

—¿Por qué coño tu primo te estaba dando una paliza? —quiso saber, todavía nervioso.

Albert y yo nos miramos y Guille frunció el ceño.

—Marina, vete un momento —dijo mi hermano sin apartar sus ojos de Albert. Yo me negué y él suspiró con fuerza—. Por favor.

Miré a Albert mientras se erguía en el sofá con una mueca de dolor y asintió.

Subí a la terraza respirando profundamente, intentando calmar los nervios que sentía. Cuando mi móvil sonó, di un respingo que me obligó a apoyar mi peso en la pared. Adrián quería hablar conmigo y, aunque dudé durante unos segundos, decidí responder.

—¿Estás bien? —fue lo primero que dijo, sorprendiéndome.

—Claro, ¿por qué no iba a estarlo? ¿Porque Lucas y Hugo hablan con Guille a mis espaldas, quizá? —mascullé furiosa. Él chasqueó la lengua.

—Al margen de lo que puedas pensar, Lucas y Hugo se preocupan por ti.

—Ya, claro. Se preocupan porque no entorpezca sus vidas, quieres decir.

—Pero, ¿qué te pasa? —levantó la voz Adri, sorprendiéndome—. No sé qué idea retorcida tienes en la mente, pero tienes que parar.

—Estoy mejor fuera del grupo —zanjé a la defensiva.

—¿De verdad crees eso? —dijo él enfadado. Se formó un silencio y él aprovechó para continuar—. Arregla las cosas, Marina. Y empieza por Lucas y Hugo.

Cuando colgó, lancé mi teléfono contra el suelo con rabia. Cubrí mi cabeza con las manos y lloré, desbordada por la tensión que abandonaba mi cuerpo.

Sentía como el peso de las emociones me hundía cada vez más en un pozo del que no sabía cómo salir. Todo parecía desmoronarse más con cada decisión que tomaba, y no conseguía ver el final de todo aquello. El recuerdo de las caricias de Albert me calmó un instante, pero la sonrisa lobuna de Mario y la escena que había presenciado minutos antes habían bastado para que todo volviera a centrarse en las incógnitas por resolver.

Sentirme tan alejada de mis amigos empeoraba la situación, pero no conseguía desprenderme del recuerdo de las miradas decepcionadas y enfadadas de Hugo y Lucas. Incluso Adrián, que siempre había sido el más sereno y lógico de todos, parecía darme la espalda. Y no podía más.

Me levanté tambaleándome, y cuando bajé a casa no había rastro de Albert, Guille, Sergio o Kuba, pero mi madre acudió a mi encuentro y corrió a abrazarme. Me hundí en su cabellera dejando salir todo el llanto que se acumulaba en mi garganta. Había llegado a mi límite.

40 - Una llamada inesperada

Mamá consiguió tranquilizarme preparándome un café descafeinado bien caliente. Apretaba los labios en un claro gesto de disgusto, pero esperó a que fuera yo quien hablara primero.

—No sé qué hacer, mamá. Desde que Albert volvió, siento mucha distancia con Guille y… no sé qué hacer —expliqué con la voz cogida por el llanto. Ella seguía dándome friegas en la espalda y suspiró.

—Desde que eras pequeña, siempre has intentado sentirte cercana a Guille. Lo querías hacer todo con él, e imitabas todo lo que él hacía.

—¿Crees que no tengo personalidad? —pregunté, intentando sonreír. Ella me dedicó una sonrisa cariñosa.

—Claro que la tienes, cariño. Pero Guille siempre ha sido un referente para ti, siempre te ha protegido. Cuando nos mudamos, tú eras pequeña y él, al no sentir la figura paterna en casa, la adoptó contigo. Por eso siente que debe protegerte de todo.

Yo suspiré apesadumbrada y volví a llorar.

—Solo quiero irme, mamá. Salir de aquí. Empezar de nuevo en la ciudad —murmuré con la voz entrecortada. Ella asintió comprensiva.

—Debes solucionar todo lo que pasa en tu vida aquí para poder cambiar de etapa.

Asentí mientras me dejaba arrullar por mamá.

. . .

La mañana siguiente, mucho más desahogada y descansada, me desperté perezosa con el sonido de mi teléfono.

Después de desahogarme la noche anterior con mamá, sentía que me había quitado un gran peso de encima, aunque toda la situación fuera la misma. Había recuperado gran parte de mi energía, y solo quería zanjar por fin toda aquella historia para, como me había aconsejado mamá, poder cambiar de etapa e irme.

La pantalla estaba destrozada debido al arrebato del día anterior, pero, aun así, podía ver el número oculto. Carraspeé y respondí.

—Buenos días, bella durmiente —saludó Mario divertido. Puse los ojos en blanco.

—¿Acoso digital? Qué moderno… —murmuré, haciéndolo reír. Me desperecé intentando relajar mis músculos.

—¿Algún plan interesante para hoy?

—Había pensado salir a dar una vuelta y huir de tus perros, pero supongo que tu llamada augura algún plan más interesante.

Él rio a carcajadas, sonando mucho más inocente y joven de lo que realmente me había parecido hasta entonces.

—Marina, Marina… ojalá nos hubiéramos conocido en otras circunstancias —dijo entre risas. Luego carraspeó, silbó con fuerza, hablando con otra persona, y volvió a prestar atención al teléfono—. Esta tarde, en el *pub*, sobre las… ¿cinco?

—¿O qué? —pregunté, tensa. Él resopló, divertido.

—O todas las amenazas que imaginas se harán realidad. Soy un mago —se mofó y colgó.

Fruncí el ceño confusa cuando asimilé lo que había pasado. Mario parecía estar de buen humor, aunque su amenaza se escondía tras todas las palabras que había pronunciado. De camino a la cocina, pensé en la intensidad con la que parecía vivir: las peleas, las amenazas, ser el líder

de un grupo violento. Todo parecía apuntar a que a Mario le perseguían los mismos fantasmas que a Albert. Sacudí la cabeza, tratando de mantenerla despejada. En el altavoz portátil de Guille sonaba Decidí, de Extremoduro, y tarareé mientras encendía el ordenador y ojeaba imágenes y curiosidades de Badet. Calculé la distancia de la Escuela de Cocina al piso de mi padre, así como a diferentes supermercados y restaurantes de la zona. Mi móvil sonó varias veces con mensajes de mis amigos, pidiendo que entrara en razón y hablara con ellos, pero preferí abstraerme en la pantalla del ordenador. Debía ir paso a paso, y todavía no estaba lista para afrontar esa conversación.

Pasadas unas horas, la inquietud y, debía admitirlo, la curiosidad, ya amenazaban con devorarme, así que decidí prepararme para ir a El Refugio. Me puse las medias de red, unos shorts vaqueros cómodos y una camiseta vieja de Guille que, tiempo atrás, corté para crear un top holgado. Fui hacia la habitación de Guille para robarle su camisa nueva de cuadros rojos y la olí, tranquilizándome con el perfume de mi hermano. Me puse las botas militares negras con cordones y, por último, me coloqué varias pulseras y mi choker negro de plástico. Necesitaría toda la seguridad posible para poder afrontar aquel momento con Mario. Suspiré varias veces para tratar de serenarme y abrí la puerta de casa. Lucas se sorprendió de verme a pesar de estar de pie delante de mi puerta.

—Te he escrito —dijo fríamente. Yo apreté los labios.

—Pensé que no tenías nada que decirme.

Él resopló y entró en casa, apartándome sin tacto. Puse los ojos en blanco y volví a cerrar, siguiéndole hasta mi habitación. Se removía inquieto y paró en seco cuando vio la pantalla de mi ordenador, repleta de imágenes de la ciudad.

—Así que al final sí que irás a la Escuela de Cocina —murmuró en un tono más relajado. Miré la hora con nerviosismo.

—A pesar de que, como tú dijiste, ya no te incumbe… sí —espeté enfadada.

Él se giró y pareció recuperar la actitud agresiva. Levantó los brazos en un gesto de incomprensión.

—No entiendo nada.

—Vete, Lucas.

—¿Dónde vas? Porque con nosotros no —masculló irónico. Bajé la cabeza cuando se acercó. Él resopló frustrado—. ¿Vas con él?

Negué con la cabeza, mirándole de nuevo. Lucas humedeció su labio inferior.

—Entonces, ¿dónde coño vas?

—Ya no es tu problema, ¿recuerdas?

Lucas apretó los labios entonces, dudoso. Volvió a moverse inquieto por la habitación y se paró delante de mí, a escasos centímetros de mi cuerpo. Tragué saliva y cogí aire.

—Prepara las cosas y vete a ese voluntariado, Lucas. Haz tu vida y deja de meterte en la mía.

Entonces, él me lanzó una mirada gélida. Me mantuve firme en mi postura, notando como las palmas de las manos empezaban a sudarme, y él asintió lentamente, apretando los labios.

—De puta madre —dijo.

Se fue de casa dando un fuerte portazo, y yo tuve que agarrarme al marco de la puerta mientras soltaba el aire.

41 - Empatía inesperada

Cuando entré al *pub*, la canción Fuego, de Bomba Estéreo, me recibió. Sonreí al recordar a Omar y Elena bailándola sobre la barra una de las tardes que había más tranquilidad, hasta que fui consciente del motivo que me llevaba allí. Cuando me acerqué a Omar, él entornó los ojos, confuso.

—No les digas nada —murmuré.

Omar boqueó y yo negué con la cabeza, advirtiéndole con la mirada. Mi amigo formó una fina línea con los labios al tiempo que noté un brazo caer sobre mis hombros. Mario me sonrió como un niño y yo puse los ojos en blanco.

Nos sentamos en una mesa alejada, un espacio apenas visible desde la entrada, situado en la parte posterior del local. Tragué saliva nerviosa cuando noté que Mario se acomodaba en su silla y me miraba con su característica sonrisa.

—Tú dirás —murmuré. Él amplió su sonrisa.

—No dejas de sorprenderme, Marina. ¿No tienes instinto de supervivencia?

—Supongo que lo tengo escondido junto a tu valentía. —Sonreí con sarcasmo. Él levantó las cejas, divertido.

Sequé las palmas de mis manos en las medias cuando otro silencio se formó entre nosotros. Él se limitaba a observar cada pequeño gesto que hacía, y su sonrisa crispaba mis nervios. Mario se giró hacia Omar y silbó llamando su atención, pidiéndole dos botellines de cerveza. Cuando los trajo, agaché la cabeza para no cruzarme con su mirada. Eso provocó otra risa de Mario.

—Ilumíname. ¿Dónde tengo escondida la valentía? —se mofó.

Di un gran trago a mi cerveza antes de apoyarme en la mesa, acortando las distancias.

—Tu cazadora de cuero y esa actitud de tipo duro no enmascara tu soledad, ¿sabes? Siempre rodeado de tus perros para suplir esa carencia… me parece incluso triste. ¿Necesitas un abrazo? —dije en un tono incisivo, analizando su expresión.

Su sonrisa desapareció lentamente mientras hablaba y ladeó la cabeza con interés cuando me acomodé en mi asiento. Poco a poco, una sonrisa volvió a nacer en sus labios.

—Vaya… en realidad sientes que no tienes nada que perder, ¿verdad? —dijo. Dio un trago a su cerveza, imitando mi gesto, y su expresión se tornó divertida—. ¿Sabes? Albert se divertía viendo cómo te sonrojabas cuando se te acercaba. ¿Te lo ha dicho? Decía que no tendría que esforzarse demasiado en alejarte de Guille. Veo que incluso ha conseguido alejarte del resto de tus amigos.

Apreté los labios, intentando no creer todo lo que me estaba diciendo. Dejó su botellín a un lado y se acercó a mí sobre la mesa. Me miró serio.

—¿Por qué te sientes tan vacía, Marina? —murmuró con curiosidad.

Se formó un silencio en el que ambos nos detuvimos a mirarnos a los ojos. Su pregunta, pese a no necesitar una respuesta, me removió por dentro. No sentí miedo, ni siquiera la sensación de peligro que siempre parecía rodear a Mario. Solo sentí… empatía.

—¿Y tú? —contraataqué.

Él me miró durante unos segundos y después sonrió, levantándose.

—Vamos, te lo contaré sin estar rodeados de mis perros —bromeó.

Tanto los Rebels como Omar nos observaron mientras salimos del *pub*. Seguí a Mario unos pasos por detrás a través de las estrechas calles. Era alto, más alto incluso que Guille, pero su constitución era delgada como la de Albert. Su forma de andar, tan segura, me recordó

vagamente a su primo. Aceleré el paso cuando empezó a hablar.

—Conocí a Clara en el colegio. Yo siempre he sido un niño muy problemático, desde bien pequeño, así que me sorprendió que alguien como ella fuera tan dulce y se interesara por mis problemas. Cuando íbamos a la ESO, yo ya estaba absolutamente enamorado de ella. —Sonrió con dulzura—. Con el tiempo, ella también se enamoró y empezamos a salir. Lo hacíamos todo juntos. En ese entonces, yo ya formaba parte del grupo, pero era uno más. Ella siempre me animaba a salir de todo esto, confiaba en mí y en mis capacidades. Hasta que sus padres supieron con quién salía, se mudaron al pueblo y conoció a Guille. El resto ya lo sabes.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —murmuré, conmovida por la historia. Mario paró su trayectoria y me miró.

—Porque para tu hermano todo era un juego. Separarme de Clara, separar a Albert de ti… ¿ves la relación? —dijo incisivo. Tragué saliva, negando despacio con la cabeza—. Le jodió la vida a Albert solo por capricho. Se acercó a Clara solo por joderme. Es… es incapaz de asumir la felicidad ajena.

—No le conoces en absoluto —le solté enfadada. Era de mi hermano de quien estábamos hablando, ¿cómo podía ver algo tan oscuro en él?

—Te lo quitará todo, Marina.

—Es mi hermano —murmuré.

—Aun así… aquí estás —Me lanzó una sonrisa helada. Yo parpadeé confundida un segundo.

—Estoy aquí por Clara —espeté. Él alzó las cejas sorprendido y, lentamente, una sonrisa irónica empezó a nacer en sus labios.

—¿Crees que la tengo secuestrada? —se burló. Luego paró y me miró con curiosidad—. Fue ella quien vino cuando empezó a conocer al verdadero Guille.

Fruncí el ceño, incapaz de creer esa declaración.

—Quiero hablar con ella —dije. Él encogió los hombros y asintió.

Después de unos segundos en silencio retomando el camino, llegamos al parque de debajo de mi casa y Mario paró.

—Piensa bien si realmente conoces a Guille, Marina. Piensa bien si, en realidad, yo soy el malo de la historia —murmuró. Al ver que se movía para irse, lancé una pregunta al aire.

—¿Por qué pegaste a Albert?

Él apretó los labios y sacudió la cabeza, negándome la respuesta. Y se fue.

Sus palabras me mantuvieron pensativa durante un buen rato, impidiéndome volver a casa. Tenía claro que Mario, pese a la nueva faceta que había descubierto hoy, no era una persona de fiar. Debía confiar en Guille, pero… su actitud controladora, sus secretos, cómo actuaba a mis espaldas con mis amigos… todo era demasiado sospechoso como para no planteármelo. Y después estaba Albert, que parecía estar olvidando la venganza para intentar recuperar la amistad de Guille. ¿Podía ser que Mario le guardara rencor a su primo por volver a alejarse de él para estar con mi hermano?

La única conclusión en claro que pude sacar de todo aquello fue… que no podía confiar en nadie y, por lo tanto, estaba sola de nuevo.

42 - Una mala decisión

Durante los siguientes días, volví a refugiarme en el restaurante de mi madre. Me sentía mucho más cómoda con mis funciones, y las realizaba de una forma casi automática. Bromeaba con los camareros, bailaba en la cocina con Quique mientras limpiábamos… Todo eran risas y buen humor dentro de La Tasca. Pero cuando salía… Todo era muy diferente. Las palabras de Mario seguían manteniéndome en un estado de intranquilidad, y eso me hacía desconfiar de todos.

Elena seguía mandándome mensajes a diario, pero los demás dejaron de hacerlo. Ella me expresaba su disconformidad con mi posición y yo… simplemente lo leía y lo evitaba. Y recordaba las palabras de Mario, claro. La idea de que Albert siempre tuvo en mente alejarme de ellos me mantenía intranquila. Me debatía de manera constante entre lo que quería y lo que debía, ganando finalmente el miedo. No podría perdonarme que les pasara algo por verse envueltos en esa historia.

Guille, por otro lado, intentó hablar conmigo varias veces. Unas veces intentaba hablarme desde el cariño, otras me gritaba y terminábamos discutiendo. Pero nada de lo que me decía conseguía aportar claridad a la acusación de Mario sobre qué papel jugaba mi hermano en todo aquello. Sin quererlo, sus palabras habían conseguido poner distancia entre Guille y yo.

También Albert intentó acercarse, y eso… eso fue mucho peor. Él no intentó aclarar nada, solo… aparecía e intentaba hablarme. Ni siquiera me sentía con fuerzas para pedirle explicaciones sobre las palabras de Mario, me limitaba a esquivarle y a fingir que su presencia no lo desestabilizaba todo.

Cuando tomé la decisión de ir a la ciudad a hablar con Clara, nadie supo mis intenciones. Guille ni siquiera intentó pararme. En una de nuestras discusiones más fuertes, pareció realmente herido cuando señalé las mentiras y los secretos que siempre me había guardado, así que, sin más, cogí la mochila y me fui.

Papá estaba teletrabajando en el piso y se sorprendió al verme. Se tomó un descanso para poder estrujarme entre sus brazos y preguntarme sobre el motivo de mi visita.

—No me queda mucho para venir a vivir contigo —dije con una sonrisa tímida. Él pareció muy feliz.

Hablamos de mis expectativas para el nuevo curso, de algunos amigos que podría presentarme en la ciudad para conseguir trabajo y, al final, me dedicó una sonrisa paternal que parecía saber más de lo que decía.

—Mamá me ha contado que últimamente Guille y tú discutís mucho —murmuró mientras bebía de la taza de café. Apreté los labios y asentí.

—Es muy controlador y no entiende que necesito mi propio espacio —zanjé, brusca.

Él asintió con calma, buscando las palabras.

—Guille siempre ha sido muy protector contigo. Cuando os mudasteis al pueblo y yo tuve que quedarme aquí, él… asumió un rol paternal contigo. Creció tan rápido que apenas nos dimos cuenta.

Asentí, comprendiendo sus palabras, pero resistiéndome a aceptarlas. Conocer la historia me ayudaba a entenderlo, pero la base del problema seguía residiendo en el control que él tenía sobre mí y en la desconfianza que me generaba haber descubierto una faceta suya que no conocía. Una faceta que ni siquiera imaginaba.

Unas horas después, salí de casa con paso firme y respirando profundamente, planteándome si, en realidad, lo que pretendía hacer era una buena idea. No me di mucho espacio para pensarlo demasiado, pues aquello implicaba que tuviera que sopesar también todos los peligros a los que me enfrentaba. Cuando abrí la puerta de La Guarida, el ambiente era muy diferente a la última vez. El local estaba repleto de personas con una apariencia similar a los Rebels, un grupo de música tocaba en el pequeño escenario y varias de esas personas alzaban las manos delante de ellos, vitoreándoles. Cuando localicé a Mario y a Clara, él susurraba algo en su oído mientras ella parecía tensarse. Me acerqué, recibiendo un levantamiento de cejas acompañado de una sonrisa maliciosa por parte de Mario, y fijé mi atención en ella. Se levantó incómoda y se acercó a mí, abrazándome con fuerza y llevándome a una mesa cercana en la que podíamos tener algo de intimidad.

—¿Cómo estás? —murmuré, indecisa. Ella encogió los hombros y me dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—¿Por qué estás aquí, Marina? —quiso saber, mirándome fijamente. Tragué saliva al no reconocer el tono de su voz.

—Mario dijo… —La miré, insegura, antes de seguir—. Mario dijo que estás con él ahora.

—No es cómodo hablar de esto contigo, Marina. Eres su hermana —dijo ella, mirando hacia la mesa donde se encontraba Mario—. Creo que deberías irte y hablar con Albert.

Arrugué la nariz ante su petición. Clara parecía nerviosa, se removía inquieta en la silla y tragó saliva antes de clavar sus ojos azules en los míos con intensidad.

—¿Con Albert? —susurré, confundida. Ella asintió de manera imperceptible, volviendo a mirar hacia donde Mario y los otros Rebels se encontraban.

—De verdad. Vete y habla con Albert.

A pesar de esforzarse en mantener una apariencia tranquila, Clara estaba advirtiéndome de algo y pude notarlo. Me removí inquieta en la silla y tragué saliva cuando Mario se acercó.

—¿Y bien? —dijo él, sentándose con nosotras.

Clara seguía mirándome, con los dientes apretados y una evidente incomodidad. Volvió entonces el miedo.

—Tengo… tengo que ir al baño —dije precipitadamente.

Aparté nerviosa a las personas que me impedían el paso hasta el fondo de la sala y me encerré en el baño, notando cómo temblaban mis manos mientras marcaba el número de teléfono en mi móvil. Respondió al segundo tono.

—Estoy en… en La Guarida —tartamudeé nerviosa. Se formó un silencio hasta que maldijo.

—Vete de allí.

—Yo no… no puedo. Mario está aquí. Con Clara… Estoy en el baño.

—No te muevas de allí, Marina. No salgas del baño, ¿me oyes? No salgas.

Miré la pantalla de mi móvil cuando colgó, sintiendo de nuevo ese torbellino de emociones que me paralizaba. La mirada de Clara no abandonaba mi mente, en un claro intento de advertirme del peligro. Me asusté. Mucho. Vi el riesgo que corrí al haber permitido que Mario se metiera en mi mente, y tragué saliva al imaginar las consecuencias que aquello podría tener. En aquel momento, solo podía pensar en lo estúpida que había sido por no haber informado a Guille de mi plan.

Brinqué asustada cuando unos golpes en la puerta resonaron en el pequeño espacio del baño.

—Sal de aquí, Marina —dijo Mario aparentando tranquilidad, sin parar de golpear la puerta. Respiré con dificultad amortiguando el sonido de mis jadeos con la mano—. Sal o Clara lo pagará.

Ante la amenaza directa de Mario, solté todo el aire de mis pulmones y abrí la puerta.

43 - El motivo real de su vuelta

Mario sonrió fríamente al verme y la tensión de mi cuerpo aumentó cuando me llevó hasta la mesa donde estaban el resto de Rebels. Clara y yo estábamos a ambos lados de Mario, y él, con aparente tranquilidad, me miraba mientras reía con sus amigos. Levanté la mirada hacia Clara para comprobar que se mantenía en silencio, con la cabeza gacha. Recordé entonces la historia que me contó Mario días atrás sobre la visión de Clara respecto a los Rebels, y me sentí tonta al haberme creído su relato.

Miré por encima de sus hombros y me encontré con la mirada de la misma camarera de pelo rosa que nos había servido las bebidas la última vez. Su expresión parecía preocupada y, para evitar ver mi pánico en sus ojos, aparté la mirada hacia el resto de Rebels. Todos parecían tener la edad de mi hermano, aparentando ser aún más jóvenes cuando reían a carcajadas. En total había unos siete, vestidos con cazadora de cuero y con complexiones muy distintas. Uno de ellos atrapó mi mirada y me observó con curiosidad. Habló sin dejar de mirarme.

—Me pregunto qué habrá sido de Hugo. Daba buenas palizas, para ser más pequeño.

—Eso cuando no corría a esconderse asustado —se burló otro de ellos, ocasionando más estruendo en el grupo.

—Por eso se mueve ahora con esa pandilla de pringados. Aunque, hay que reconocer, esa rubia con la que sale…

Me levanté sin pensar ante la mención de Elena, al mismo tiempo que varios de ellos se irguieron amenazadoramente hacia mí. Mario cogió mi antebrazo con fuerza y me devolvió de un tirón a la silla. Me miró sonriente y habló para el resto.

—Calma, chicos. Guille estará al caer.

Le miré sorprendida, vislumbrando el plan inicial de Mario, cuando se abrió la puerta. La música estridente pareció cobrar protagonismo en el local cuando todos ellos callaron, mirando boquiabiertos hacia la puerta.

Albert se acercó sin dudar, mirándolos a todos con el rostro inexpresivo hasta que posó sus ojos en mí.

—Nos vamos —dijo Albert.

Me levanté rápidamente aprovechando la confusión inicial, pero la mano de Mario me devolvió a mi sitio con fuerza. Ellos se miraron sin decir una palabra, retándose con los ojos. Mario le señaló una silla vacía delante de mí y Albert se sentó.

—¿Qué tal, primo? No esperaba verte aquí.

—Ya.

El silencio seguía sobrevolándonos cuando Mario empezó a sonreírle. Albert ladeó la cabeza y se acercó a su primo.

—Déjate de mierdas, Mario. Tu problema no es con ella.

—No la he obligado a venir, si esa es tu duda principal —le retó él. Albert me lanzó una mirada que no pude identificar—. ¿Qué te preocupa que descubra, Albert?

Le miré interrogativa y él apretó los labios, negando con la cabeza hacia Mario.

—No vayas por ahí —murmuró, intentando controlar la rabia.

Mario sonrió ampliamente, fingiendo inocencia.

—Hay muchas cosas que todavía no sabes de él, Marina —dijo casi divertido, sin apartar los ojos de los suyos. Yo me mantuve en silencio, intentando comprender la situación—. Albert se mueve por interés, siempre lo ha hecho. Se acercó a Guille para aislarse de su padre, se acercó a ti para manipular a tu hermano, se acercó a mí para poner solución a lo que pasaba… Y ahora,

míralo.

—Cállate, Mario. —Albert empezó a removerse inquieto. Yo lo miré con interés, sabiendo que todavía quedaba más de esa historia. Mario sonrió con malicia.

—Soy un daño colateral, lo capto —murmuré. Mario se giró a mirarme, con las cejas levantadas.

—Oh, no, Marina. Tú eres el motivo de todo. Cuéntaselo, Albert —insistió Mario.

—No sigas —murmuró este, bajando la mirada. Me sorprendí de su actitud, de pronto sumisa.

—¿A qué te refieres? —pregunté en un hilo de voz, sin apartar mi mirada de Albert.

—Si volvió al pueblo fue por ti —aclaró apretando los dientes.

—La venganza contra Guille es lo que os hizo venir —dije. Él sonrió, negando con la cabeza.

—Albert le hizo una promesa a Guille antes de marcharse. «Tú has matado a mi madre, yo mataré a tu hermana», dijo —pronunció lentamente cada palabra. Un escalofrío me recorrió la columna cuando Mario habló—. Y créeme. Cuando Albert hace una amenaza… la cumple.

El silencio que se formó entonces fue el más intenso e inquietante que había vivido nunca. Albert me miró, buscando mi mirada, y yo miraba mis manos temblorosas apoyadas en mi regazo.

—Marina… —susurró Albert, alargando la mano hacia mí.

Su tono confirmaba las palabras de Mario y empecé a respirar con dificultad. Todas las sospechas eran ciertas. Todas las advertencias de mi entorno intentaron apartarme de esa certeza y yo, todavía asimilando esa amenaza me levanté y trastabillé con la silla, perdiendo el equilibrio.

—¡Hijo de puta! —gritó una voz desde la entrada.

Pasó todo tan rápido que apenas fui consciente de que Clara me arrastraba con fuerza para apartarme de la mesa, donde Guille había saltado con el fin de golpear a Mario. Perdí el enfoque de lo que pasaba, escuchando gritos y golpes a mi alrededor. Clara me empujó hacia la salida aprovechando que el resto parecían estar concentrados en la pelea que se estaba formando dentro del local, y corrió calle abajo con rapidez, sin soltar mi mano. Perdí la noción del tiempo y del espacio y caí al suelo, pensando solo en el gesto de Albert cuando Mario había confesado la amenaza que se escondía detrás de toda aquella historia. Clara intentaba levantarme del suelo, mirando ansiosa hacia atrás y yo solo sentía que todo daba vueltas a mi alrededor.

44 - Después de aquello

Mi mente seguía trabajando a toda velocidad cuando Guille y los demás llegaron a nuestra posición. Guille me miró con preocupación mientras rodeaba a Clara con alivio, y yo busqué con la mirada a Albert.

—¿Dónde está? —murmuré, levantándome del escalón donde nos habíamos escondido.

Él apretó los labios, mirando al resto, y su gesto me puso más nerviosa. Esquivé a Sergio cuando averiguó mis intenciones y corrí hacia el *pub* de nuevo, escuchando los fuertes latidos de mi corazón en los tímpanos. A escasos metros del local, Mario estaba de cuclillas sobre el cuerpo que yacía en el suelo. El cuerpo de Albert. Cuando levantó la mirada, me dedicó una sonrisa maliciosa y se marchó junto con los demás Rebels. Guille y Sergio, que me habían seguido en el camino de vuelta, se acercaron corriendo hacia Albert. Cuando llegué, su cabeza caía inerte entre los brazos de Guille, que gritaba a Sergio para que llamara a emergencias.

. . .

El recuerdo de esa noche todavía me perseguía una semana después, rodeada de mi grupo de amigos en el parque de debajo de mi casa. Elena parecía realmente aterrorizada con mi explicación sobre los hechos, pero se mantenía en silencio escuchándome con atención, como el resto de ellos. Cuando acabé el relato, se formó un extraño silencio entre nosotros. Para mi sorpresa, Hugo fue el primero en hablar.

—Lo siento mucho, Marina. Siento haberme comportado como un idiota, y siento haber hablado con Guille a tus espaldas. Solo… estaba preocupado. —Asentí, intentando olvidar el dolor que sentía por el recuerdo de su mirada.

Elena y Adrián me abrazaron con fuerza, y Jordi me acarició el brazo, transmitiendo su apoyo. Rocío no estaba y Lucas… se limitó a estar allí, unos pasos alejado, con los brazos cruzados y sin mirarme directamente.

Cuando volví a casa, Guille y Clara estaban en el comedor. Ella se levantó y me rodeó con sus brazos en silencio. Tuve que contener las ganas de llorar, y apreté su espalda con fuerza. Me dedicó una mirada tierna y me besó la frente, sin nada más por decir.

Cuando se marchó, me dejé arropar por Guille.

—¿Cómo estás? —murmuró sobre mi pelo.

El recuerdo de los técnicos de ambulancia moviéndose a toda prisa alrededor de Albert me estremeció, y me limité a encoger los hombros.

—¿Sabes algo de él? —pregunté. Él negó con la cabeza.

—Sé que avisaron a su tía.

—¿La madre del mismo que lo ha apalizado hasta la inconsciencia en repetidas ocasiones? —espeté cabreada. Él apretó los labios y asintió.

—Ellos… ellos siempre tuvieron una relación complicada —me explicó mi hermano.

Me levanté, totalmente atónita, y le miré frunciendo el ceño.

—Marina… tienes que entender que su relación no es como la nuestra —intentó justificarlo Guille. Levanté las cejas con sorpresa, notando como la ira empezaba a apoderarse de mí.

—No puedo creer que estés normalizando esto —dije perpleja. Él cerró los ojos mientras negaba con la cabeza.

—No lo hago. Mario está loco. Pero es su primo y no sabemos toda la historia.

—Tres veces, Guille. En menos de un mes, Mario ha hecho que Albert pierda la consciencia… ¡tres veces! —grité fuera de mí.

Guille apretó los labios y sacudió la cabeza, siendo consciente de lo grave que era todo aquello. Sabía que en ese momento tenía la oportunidad de poder hablar con mi hermano de una forma honesta, pero me sentía tan cansada que lo único que conseguía aliviar mi mente era alejarme de todo aquello. Y lo hice.

Durante esos días, centré mi atención en la organización de las cajas para la mudanza. Quedaba menos de un mes para que llegara septiembre, empezar en la Escuela de Cocina y, por fin, olvidarme de todo aquel asunto. Cada poro de mi piel deseaba dejar todo aquello al margen. Necesitaba deshacerme de todo el miedo y ansiedad que me habían acompañado durante los últimos meses, y eso fue lo que le expliqué a Elena cuando, una de esas tardes, me ayudó a preparar mis cosas en cajas.

—No vuelvas a hacerlo —murmuró Elena, inquietantemente preocupada—. No vuelvas a apartarme.

—No lo haré —dije, notando como mis ojos se empañaban con lágrimas que luchaban por salir.

Hablamos entonces de cómo vivieron ellos estas últimas semanas. La incertidumbre y la preocupación de notar que yo me iba alejando de ellos hasta que, por fin, tuvimos esa gran discusión. Hablamos sobre lo mal que me sentí con la actitud de Hugo, y Elena se esforzaba en justificarle bajo el preámbulo del miedo y la preocupación. Comprendí su punto de vista y ella pareció satisfecha, pero había algo más. Algo que nos sobrevolaba con la intención de hacerse presente. El elefante en la habitación.

—Lucas lo ha llevado mal. Está insoportable desde que Albert volvió —dijo ella—. Deberías hablar con él.

Y, si realmente quería seguir adelante para poder empezar una nueva etapa, supe que ese debía ser mi siguiente paso.

Por la tarde, cité a Lucas en el parque de siempre y nos mantuvimos la mirada en silencio. Él movía nervioso la pierna sobre el banco en el que estábamos sentados, así que puse una mano sobre su rodilla y paré su trayectoria.

—Perdóname —le dije. Él apretó los labios, mirándome.

—¿Por qué, exactamente? —espetó a la defensiva.

—Por hacerte daño. No… no pienso nada de lo que te dije. No quiero que te vayas.

Apretó los dientes con fuerza, escondiendo la cara entre sus manos. Esperé pacientemente a que dijera algo con un nudo en el estómago.

—¿Me quieres? —susurró, dolido.

—Sí.

—Pero no como a él —dijo, esta vez centrando su atención en mis ojos.

Apreté los labios en un gesto de culpabilidad. Él volvió a apartar la mirada.

—Olvidaremos esto. Volveremos a ser amigos. Lo prometí y lo cumpliré.

Una pequeña parte de mí se encogió con dolor al entender qué quería decir.

—No quiero olvidar esto —susurré con un hilo de voz. Él me miró, torturado.

—Yo tampoco… pero eso no importa.

Cuando se alejó, hundí mi cabeza entre los brazos, sintiendo que al romper eso que teníamos una parte de mí también lo había hecho. Aun así, comprendí entonces que había sido él quien

había tomado la mejor decisión. No podía implicarme con lo que teníamos cuando en mi mente solo había otros ojos.

Al levantar la mirada, esos mismos ojos me miraban unos metros más alejados. Una súbita tranquilidad se abrió camino en mi interior y, sin más, empecé a llorar.

45 - Albert

En mi primera noche en el hospital, la primera persona que vi al lado de mi cama fue Guille. Cuando abrí los ojos, intentando acostumbrarme a la claridad de la habitación, pude ver el alivio en sus ojos, enmascarado rápidamente bajo esa expresión seria tan suya.

—Eres un idiota —fue lo primero que dijo. Y no detecté rabia en su voz. Sonreí.

—Tú eres un capullo.

Sonrió mientras se levantaba y paseaba por la habitación.

—Tu tía ha ido a por un café. Le he dicho que me iría cuando volviera —murmuró sin mirarme.

—No tienes por qué quedarte —dije intentando incorporarme.

Guille se giró a mirarme, adoptando una actitud dominante.

—Ahora mismo tengo a mi hermana llorando en casa, al borde de un ataque de nervios. Dime, ¿cómo coño se gestiona algo así?

Tragué saliva al recordar la expresión de Marina ante las palabras de Mario. Pude ver el dolor en sus ojos, lo traicionada que se sentía, y no pude decir nada para negarlo. Porque era la verdad. Mis intenciones siempre la hicieron dudar, pero eso no impidió que volviéramos a encontrar la manera de volver al punto en el que estábamos cuando me marché.

Cubrí mi rostro con las manos, notando un nudo en la garganta.

—Lo siento —murmuré.

—Puede que sea verdad, pero no es a mí a quien le debes esta disculpa —dijo Guille, acomodándose en el sillón. Respiró profundamente—. No me va a parecer nunca buena idea lo que sea que tengáis, lo que sea que os una. No creo que me guste nunca verte con ella. Pero si algo me ha enseñado todo esto es que intentar controlar la vida de los demás nunca sale bien.

Sonreí divertido, haciendo que él imitara mi expresión. Poco después, no podíamos parar de reír por la absurdez de la situación.

Dos días después, me dieron el alta en el hospital y, aunque quise volver a La Roca Bruna de inmediato, mi tía me hizo comprender que era mejor esperar a que la situación se calmara.

No había vuelto a ver a Mario desde que me dejó inconsciente delante de La Guarida y, siendo sincero, lo último que quería era enfrentarme a mi propia reacción de darse el caso. Así que, durante los siguientes días, intenté retomar mi rutina en la ciudad y reflexionar.

En algunos momentos, lo racionalizaba de tal modo que comprendía los ataques de ira de mi primo, pues habrían sido los mismos que habría tenido yo. En otros, simplemente no podía dejar de pensar en que las cosas estaban cambiando. Todo el odio y el rencor que había sentido durante tanto tiempo se había ido disipando progresivamente durante esos últimos meses, llegando incluso a sentir algo de esperanza.

Pero seguía siendo todo demasiado complicado.

La primera tarde que acudí a mi turno en La Guarida, Elsa pareció realmente sorprendida antes de abalanzarse sobre mí y maldecirme, en una de esas contradicciones tan divertidas de mi compañera de trabajo.

—Pensé que te mataba, Albert. Te juro que nunca había estado tan acojonada —confesó mientras se recogía su pelo rosa en un moño despeinado a lo alto de su cabeza. Sonreí comedidamente, sin poder evitar visualizar la mirada rabiosa de Mario sobre mí.

—Mario es un tipo complicado —murmuré, secando las copas que salían de la máquina.

—Mario es un descerebrado —dijo muy seria.

La situación se volvió incómoda ante mi silencio. Después de todo, no podía evitar justificar los actos de Mario y sentir empatía hacia él era algo que, en aquel momento, me avergonzaba admitir. Elsa me miró fijamente al comprobar que no decía nada, y sacudió la cabeza, en un gesto habitual en ella.

—Aunque… he de reconocer que no imaginaba a la hermana de Guille así —murmuró, intentando evitar una sonrisa. Me giré a mirarla, realmente curioso.

—¿A qué te refieres?

—Es valiente —afirmó, fingiendo estar atareada ordenando las botellas. Me crucé de brazos mirándola risueño, recostado sobre la barra—. Y muy guapa.

—Ajá —asentí divertido.

—Aunque muy mala actriz —dijo ella, esta vez mostrando una amplia sonrisa.

—¿Y eso por qué?

—La primera vez que vino aquí con sus amigos… tendrías que haberla visto. Estaba adorable intentando disimular que quería sacar información sobre ti.

—La vi, ¿recuerdas? —Alcé las cejas. Ella resopló jovial.

—Lo que viste fue una mala actuación de ella intentando aparentar que tu presencia no la desestabiliza —zanjó. Tragué saliva, confuso. Ella sonrió con dulzura—. Esa chica te quiere, Albert.

Asentí apartando la mirada, y me dispuse a colocar más cervezas en la nevera. El recuerdo de la mirada de Marina al escuchar la confesión de Mario apareció en mi mente, y tuve que tragar saliva con esfuerzo.

—Y tú la quieres a ella —se aventuró Elsa. Me giré a mirarla y suspiré.

—Es complicado.

—Tú eres complicado. Pero esto no tiene por qué serlo.

—Le he… le he hecho daño —murmuré con un hilo de voz. Ella frunció el ceño y encogió los hombros.

—Pues pídele perdón.

—No es tan fácil.

—Sí lo es. Vas, le cuentas toda tu verdad, le pides perdón… y ya está.

Sonreí ante su optimismo mientras me incorporaba.

—¿Y si eso no es suficiente? —pregunté, extrañamente inseguro.

Elsa encogió los hombros y me miró con diversión.

—No te tenía por un cobarde, Albert.

Resoplé alegre y le lancé un trapo húmedo, haciendo que ella huyera hacia el almacén. Cuando me quedé solo en La Guarida, supe que no. No quería ser un cobarde.

46 - Su verdad

Las lágrimas de alivio salían a borbotones al comprobar que Albert se acercaba a mí, con las manos en los bolsillos de su sudadera y apretando los labios. Habían pasado muchos días sin tener noticias de él, sin saber cómo estaba, y, cuando lo tuve delante, no pude hacer más que llorar.

Él me rodeó con sus brazos y murmuró en mi oído que todo iba bien. No quise pensar en nada más que en el calor que emanaba su cuerpo, y me aferré a su sudadera con necesidad de cercanía.

—¿De qué hablabais? —susurró Albert en mi pelo después de un largo rato en silencio.

—No tienes derecho a preguntarme eso. No tienes derecho a preguntarme nada —dije mordaz, todavía con la voz cogida por el llanto.

Me levanté del banco, con el alivio inicial ya olvidado, y me encaré a él.

—¡Querías matarme! —grité cerca de su cara. Él apretó los labios.

—Eso no es así —musitó, nervioso. Yo me reí sin ganas.

—¿Por qué me mientes?

—No te miento, solo… deja que te lo explique todo.

—Sí me mientes. Me mentiste hace tres años, y me has seguido mintiendo hasta el día de hoy.

—¡Es mucho más complicado que eso! —dijo perdiendo los nervios.

—Siempre he sido un medio para un fin… —murmuré rabiosa, andando de un lado a otro.

—No, tú fuiste…

—¡Una idiota! Eso fui —espeté volviendo a elevar la voz.

—¡No volví solo para vengarme de tu hermano por llamar a la policía! —gritó, sobresaltándome.

—Entonces, ¿por qué?

Él suspiró y pasó sus manos por el pelo con rabia.

—Hace años, Guille y yo éramos inseparables. Lo hacíamos todo juntos, y me sentía afortunado por tenerlo en mi vida. Pero la situación en mi casa… era complicada. Guille insistía en venir a buscarme, pero yo no quería que viera lo descontrolado que estaba mi padre. Bebía mucho, y eso lo convertía en un hombre violento.

»Cuando era más pequeño… ni siquiera me di cuenta. Siempre atentaba contra mi madre, siempre la ninguneaba. Pero cuando yo ya fui más consciente de lo que pasaba, su violencia comenzó a pasar al plano físico. Sus ataques violentos iban en aumento a la vez que su consumo de alcohol, y yo traté de proteger a mi madre, desviando su atención hacia mí. Cada día era igual. Yo veía llorar a mi madre y cuando ese señor volvía después de haberse pasado el día bebiendo… la emprendía a golpes con ella. Y no podía soportarlo, ¿sabes? Toda mi atención se centró en intentar cambiar esa situación. Mario estuvo allí para mí, incluso me ayudó en varias ocasiones a controlar los arrebatos de mi padre. Pero nada parecía cambiar.

»Fue entonces cuando Guille se dio cuenta. Él, que tenía una familia perfecta, empezó a aconsejarme que me alejara de Mario. Pero… ¿cómo iba a hacerlo? ¡Era el único que entendía por lo que estaba pasando! Así que lo aparté. Poco a poco, me fui alejando de él, y tú fuiste acercándote. Me diste esperanza, ¿sabes? Tu valentía para encarar a tu hermano y tu interés por conocerme fueron… reconfortantes. Pero él vio nuestro beso. Escuchó lo que te dije. Y no le gustó.

»Se metió hasta el fondo en una historia que no tenía nada que ver con él, por puro egoísmo, y todo se precipitó. Estaba enfadado, muy enfadado. Mi familia había desaparecido de la noche a

la mañana y necesité buscar un culpable: tu hermano.

»Eso que te dijo Mario… esa amenaza… es cierta. Pero debes entender que, en ese momento, solo quería que él sintiera el mismo dolor que yo. Que comprendiera lo mal que lo había hecho. Y durante años ese ha sido mi único objetivo. Pero todo ha cambiado ahora. Ahora todo es diferente.

Escuché su historia con total atención, con un dolor que me aprisionaba el pecho y comprendiendo, por fin, toda la situación. Albert parecía realmente vulnerable en ese momento y no pude evitar cubrir su mano con las mías.

—¿Qué es diferente? —pregunté. Él sonrió.

—Ya lo sabes.

—No, no lo sé.

—Claro que sí. Lo dicen tus ojos.

Cuando se acercó a besarme, todo cobró sentido.

. . .

Todavía tenía una sonrisa tonta en la cara cuando llegué a casa y me encontré a mamá. Al ver mi expresión, se acercó para abrazarme con alivio.

—Parece que esta vez has decidido seguir un consejo de tu madre y estás solucionando las cosas para cerrar esta etapa —murmuró en mi pelo.

Yo me reí, incapaz de llevarle la contraria, y la estrujé con fuerza. Ella me recordó entonces la proximidad de mi cumpleaños con una sonrisa, animándome a celebrarlo con todos mis amigos y, así, dar la bienvenida a mis dieciocho años.

—Yo aprovecharé para pasar el fin de semana en la ciudad con tu padre —dijo con una sonrisa coqueta. Hice una mueca de disgusto y ella rio—. Pero Guille se queda. Quizá sería un buen momento para hablar.

Me dedicó una mirada significativa y me dejó a solas. Cogí aire, intentando armarme de valor, y llamé a la puerta de mi hermano. Cuando abrí, él estaba sentado sobre su cama y me miró avergonzado. Me senté junto a él y lo abracé, sintiendo el alivio entre los dos.

—Deberías haber sido más sincero conmigo desde el principio —murmuré en su cuello. Él asintió.

—Lo sé… soy un inmaduro. Cuando vi cómo le mirabas me sentí inseguro, ¿sabes? —confesó sin soltarme—. Temía que él fuera más importante para ti que yo y… no pude soportarlo.

Sacudí la cabeza confusa, separándome de él.

—Guille, has sido, eres y serás siempre el hombre de mi vida —afirmé.

Nos miramos en silencio unos segundos hasta que pude ver una sonrisa divertida nacer en sus labios. Golpeé su hombro cuando él empezó a reír, incapaz de contenerse, y volví a sentirme en casa.

47 - La prefiesta

Cuando le comuniqué a Elena y a los demás el plan para celebrar mi cumpleaños, todos parecieron olvidar aquel verano tan terrible para centrarse en las cosas buenas. Incluso Adrián, siempre tan sensato y controlado, pareció animarse con la idea.

Mamá se fue aquella misma mañana dedicándonos una mirada de advertencia, tanto a Guille como a mí, cuando nos despedimos de ella desde la puerta. Al cerrar, ambos sonreímos y empezamos a prepararlo todo para cenar en casa con nuestros amigos más cercanos.

A poco más de una semana de empezar las clases en la Escuela de Cocina, miré mi habitación con melancolía, mucho más vacía de lo que recordaba. Durante la primera semana de septiembre había guardado gran parte de mi vida en cajas, que esperaban ser abiertas y colocadas en el piso donde iba a vivir, en Badet. Guille me rodeó por los hombros y me sacudió cariñosamente.

—Esto será aburrido sin ti.

Le acaricié el antebrazo con cariño antes de sonreír maliciosamente.

—Eres un moñas —me mofé, ganándome una colleja.

Fui a la cocina riéndome para empezar a preparar diferentes boles con patatas y rellenar unas tartaletas con el relleno de pollo que mamá había preparado antes de irse. El primero en llegar fue Lucas, que se acercó a mí y me abrazó. Su calidez me envolvió al momento, haciéndome plenamente consciente de su marcha.

—Todavía no asumo no verte durante seis meses… —susurró sobre mi pelo.

—Promete que me llamarás —murmuré. Él rio entre dientes y acarició mi mejilla con la yema de sus dedos.

—Ojalá pudieras venir conmigo…

Tragué saliva, confusa ante su propuesta, cuando Guille carraspeó apoyado en el marco de la puerta. Una sonrisa traviesa ocupó sus labios.

—Todavía queda un rato, si queréis… —dijo señalando el pasillo.

Lancé un trapo de cocina contra su cara al tiempo que Lucas se reía.

Varios amigos de Guille, entre ellos Sergio, acudieron a la cena previa a la fiesta, llegando a la vez que el resto de los míos. Golpeé divertida el brazo de Sergio a modo de saludo y él bajó la cabeza para evitar que viera su sonrisa al mismo tiempo que Hugo tiró de mi brazo para abrazarme con fuerza.

—Como vuelvas a hacer algo así, te mato —bromeó.

La casa al completo pareció cobrar vida cuando Guille puso música a todo volumen, siendo vitoreado por sus amigos, y muchas conversaciones y risas llenaron el ambiente. Elena, con su habitual delicadeza, me empujó para alejarme de todos ellos y encerrarnos en la habitación.

—Felicidades —me dijo con una expresión emocionada. Yo reí avergonzada.

—Es mañana.

—Lo sé, pero como no sé si a las doce estaremos juntas, quiero asegurarme de seguir con la tradición y ser la primera en hacerlo —confesó.

Me reí entre dientes y abracé con fuerza a mi mejor amiga. Cuando se separó, una sonrisa traviesa se escapó de sus labios y dejó caer una gran bolsa de deporte sobre mi cama.

—¡Hora de arreglarse! —gritó emocionada al tiempo que yo ponía los ojos en blanco.

. . .

Cuando salimos de la habitación, todos estaban ya sentados en el comedor, bebiendo cerveza

y comiendo las patatas y tartaletas que había preparado anteriormente, esperando las pizzas para cenar. Se formó un silencio cuando nos vieron aparecer y yo me fijé en la expresión de Guille, que abría mucho los ojos al mirarme. Sergio, a su lado, también se quedó boquiabierto.

—Joooo… —empezó a decir el último.

Guille le hizo callar de un manotazo en la nuca, haciendo que Sergio perdiera el equilibrio y se desestabilizara en la silla. Todos estallaron en carcajadas.

—Es solo un escote —dijo Clara tratando de desviar la atención. Sin éxito.

—¡Es el escote de mi hermana! —gritó Guille.

Yo miré a Elena con una mueca de disgusto y ella ondeó la mano al viento, quitándole importancia, mientras se sentaba. Todos siguieron riéndose de Sergio y Guille hasta que el timbre sonó. Guille y yo nos miramos al momento y, para romper el silencio incómodo que de pronto se había formado, bromeé.

—Espero que nadie haya invitado a Mario.

Elena hizo una pedorreta cuando intentó contener la risa y me levanté para abrir la puerta, contagiándoles a todos el buen humor anterior. Cuando llegué a la entrada, me miré en el espejo del recibidor, comprobando que el escote en pico de mi vestido estuviera en su sitio. Me coloqué bien la falda, intentando estirarla hacia abajo cuando me giré para abrir la puerta, dejando mi mano suspendida en el aire al comprobar quién estaba tras ella.

Albert abrió la boca, sorprendido al verme, haciendo que un cosquilleo me recorriera el cuerpo y formando un rubor incómodo en mis mejillas. Titubeó durante unos segundos y, finalmente, se acercó a darme un beso en la mejilla. Cogí aire disimuladamente para olerle.

—Felicidades —susurró cerca de mi oído.

—No es hoy —murmuré tímida.

—Lo sé.

Me dedicó una sonrisa deslumbrante que me mantuvo paralizada hasta que Guille y el resto se acercaron para comprobar quién era. Tragué saliva ante el silencio incómodo que de pronto se había instalado, pero cuando Guille alargó la mano y Albert se la estrechó con una sonrisa, parpadeé sorprendida.

Observé como Albert fue saludando uno a uno a todos los invitados, dedicando una sonrisa juguetona a los amigos de Guille e intentando aparentar tranquilidad cuando saludó a los míos. Cuando llegó el turno de Elena, ella le puso su dedo índice delante de la cara y abrió mucho los ojos.

—Pórtate bien —dijo. Como respuesta, obtuvo una sonrisa increíble de Albert.

La tensión que emanaba Lucas era muy evidente, tanto que el ambiente se tornó incómodo.

—¿Le has invitado tú? —espetó cerca de mi oído, sin apartar su mirada de él.

—Me ha invitado Guille —respondió él con tranquilidad, con las manos en los bolsillos y mirando fijamente a Lucas.

Lucas le miró, visiblemente enfadado, y regresó al comedor con los demás. Albert y yo volvimos a mirarnos, y una pequeña sonrisa empezó a nacer en nuestros rostros.

48 - La fiesta

—¿Por qué estás aquí? —pregunté sin preámbulos mientras volvía a estirar el bajo de mi falda hacia abajo. Él se entretuvo en mirar mi vestido negro estrecho y yo tragué saliva nerviosa.

—Guille me ha… —empezó a decir distraídamente.

—Ya, pero… ¿por qué te ha invitado? —Él apretó los labios y apartó su mirada durante un segundo. Abrí mucho los ojos—. ¿Mario va a venir?

—Es una opción.

—¿Qué eres… mi guardaespaldas? —dije en un gallito de voz. Eso le hizo reír.

Acercó una mano a mi pelo y me recogió un mechón.

—Algo así, aunque… —Su sonrisa, insinuante esta vez, agitó mi corazón. Su mirada quemaba —. Espero ascender.

Cuando llegaron las pizzas, todos nos sentamos en la mesa con evidente buen humor. Albert y Guille se reían con el resto de una forma tan natural que me pellizqué varias veces para comprobar que todo eso era real. Mis amigos, por otro lado, también parecían de buen humor, pero podía ver cómo lanzaban miradas confusas hacia donde se encontraba mi vecino. Empecé a reír a carcajadas, seguida por el resto de mis amigos, al ver a Elena comer con ansiedad. Todo parecía ir bien. Incluso Lucas, después de cenar, pareció recuperar algo del buen humor que tenía. Buscaba mi mirada y, cuando la encontraba, sonreíamos. Pero… yo no podía dejar de mirar a mi hermano y a Albert juntos, como si nada de lo que había ocurrido durante el verano hubiera pasado.

Poco después, Elena nos confirmó que era hora de irse hacia El Refugio, así que emprendimos el camino. Al llegar, no pude evitar cubrir mi boca con las manos ante la sorpresa de encontrar el local ambientado para mi cumpleaños. Un gran cartel ocupaba la parte superior de la barra, con la inscripción «Feliz cumpleaños», y todo estaba decorado con guirnaldas y globos negros y dorados. Elena pareció realmente emocionada con mi reacción, y fue llevándome hacia toda la gente que se encontraba allí para abrazar y saludar. Omar, por otro lado, se abalanzó sobre mí con ilusión, besándome por toda la cara y recibiendo las amenazas de Elena en caso de que me estropeara el maquillaje. Fui pasando alrededor de todos los conocidos de mi instituto, recibiendo felicitaciones y enhorabuenas por mi próxima incorporación en la Escuela de Cocina, hasta que Omar y Elena pusieron la música a todo volumen y, como era habitual en ellos, empezó a sonar Fuego, de Bomba Estéreo.

Bailamos, reímos y bebimos mucho, ni siquiera podía pensar en nada más que no fuera disfrutar de aquel momento. Mi vestido estrecho mostraba más piel de la que me habría gustado cada vez que movía mis caderas, pero nada importó. Nada más importaba, pues notaba la felicidad invadirme y la mirada de Albert recorriendo mi cuerpo desde la mesa del futbolín, donde estaba sentado bebiendo con mi hermano y sus amigos.

De camino al baño, me encontré con la sonrisa traviesa de Sergio, que alzó las cejas mientras me quitaba el botellín de cerveza.

—¿No has bebido bastante? —dijo divertido.

—Necesitaré mucho más para entender qué hace Albert con vosotros.

Sergio rio entonces sin esconder su boca, mostrándome una hilera de dientes blancos perfectamente alineados. Tuve que parpadear varias veces por la sorpresa.

—Antes éramos amigos. Antes de que te amenazara, claro —se mofó él, visiblemente bebido.

Lo miré con una sonrisa curiosa al darme cuenta de que, cuando bebía, Sergio parecía mucho

más joven y relajado. Luego recordé algo.

—¿Crees que vendrá? —pregunté en un hilo de voz. Él sonrió irónico y encogió los hombros.

—Es demasiado tentador como para no hacerlo.

Asentí despacio y, cuando me moví para avanzar en la cola del baño, trastabillé, sujetándome en el brazo de Sergio.

—Yo me encargo.

Albert apareció detrás de él con una sonrisa relajada, y Sergio puso los ojos en blanco con dramatismo.

—Pórtate bien o… ya sabes —dijo antes de alejarse.

Me reí ante esa amenaza velada y lo miré arqueando una ceja.

—¿Qué pasará si no te portas bien?

—Tu hermano es muy creativo con las amenazas. Y gráfico, muy gráfico —se rio de buen humor. Imité su gesto.

—Así que has venido a protegerme… —murmuré mirando al frente, en un tono divertido.

—Y por las vistas.

Una punzada de celos me recorrió, pero sacudí la cabeza y asentí, mirando a nuestro alrededor.

—Hay muchas chicas guapas por aquí.

Albert rio con ganas y buscó mi mirada.

—No quería perderme tus piernas, Marina.

Le miré fijamente, notando esa electricidad que Albert siempre parecía producir en mí, y tragué saliva con dificultad. Su nuez viajó de arriba abajo.

—¿Ya te has mudado? —preguntó, acercándose para que le escuchara por encima de la música.

—Me voy pasado mañana.

—¿Y quién te acompaña? ¿Lucas?

Asentí sin dejar de mirarle, gesto que imitó lentamente.

—Yo también me voy a la ciudad —dijo él, sonriente. Abrí la boca sorprendida, y luego la cerré de inmediato.

—¿Con Laura? —pregunté celosa. Él sonrió y encogió los hombros.

—Puede ser.

Nos miramos con intensidad, intentando comprender dónde nos llevaría esa conversación y, de pronto, uno de los baños quedó libre y Albert me arrastró hacia dentro, colándonos delante de todos y recibiendo varios insultos por el camino.

Abordó mi boca con necesidad, respirando el aire que salía directo de mis pulmones y apretándome fuerte contra él. Me subió la falda del vestido con dificultad y, después de reírnos por el esfuerzo, rodeé su cintura con mis piernas y bloqueamos la puerta con nuestros cuerpos entrelazados.

—No vayas con Lucas —murmuró casi sin aliento sobre mis labios.

—No vayas con Laura —supliqué.

Y, durante un buen rato, dentro de ese baño estrecho y oscuro, solo existíamos él y yo.

49 - La postfiesta

Albert se separó y resopló frustrado cuando los golpes en la puerta se volvieron más fuertes e insistentes. Me bajé de sus caderas y él abrió con rapidez, mientras yo me colocaba de nuevo el vestido. Alcancé a ver los dientes apretados de Lucas, cómo sacudía la cabeza lentamente y con rabia y, después, se marchó.

Albert intentó sujetarme antes de que echara a correr detrás de mi amigo, pero me deshice de su mano sin esfuerzo. Seguí a Lucas corriendo a través de la gente, gritando su nombre y con un fuerte sentimiento de culpa. Fuera del local, Lucas empezó a pasearse inquieto de un lado a otro.

—¿Es todo un puto juego para ti? —me gritó, sorprendiéndome.

—Lucas, lo siento, yo… —intenté justificarme.

—¿No podías esperar? ¿Tenías que hacerlo estando a pocos metros de mí?

—Yo no… —balbuceé, ligeramente mareada por el alcohol.

Él fue alterándose poco a poco y, cuando alcanzó una silla y la tiró, varios tipos con cazadora de cuero aparecieron. Nos quedamos paralizados.

—Qué jodido es sentirse despechado… —se burló Mario, con su habitual gélida sonrisa.

Noté la respiración agitada de Lucas antes de averiguar sus intenciones y, cuando intenté frenarle, fue tarde. Se abalanzó sobre Mario con rabia, pero, antes de poder golpearle, dos Rebels le sujetaron por los brazos y le dieron un puñetazo en el estómago, haciendo que cayera sobre sus rodillas. Mi raciocinio quedó a un lado cuando, aprovechando el momento de confusión, me abalancé sobre Mario y caímos al suelo. Nos miramos, él confundido y yo furiosa. Luego, todo pasó muy deprisa. Hugo me levantó del suelo, apartándome de Mario, y escuché a Guille maldecir con rabia. Todos los amigos de mi hermano estaban atacando, y más Rebels aparecieron como refuerzo para golpearles. Cuando giré la cabeza hacia un lado, Jordi estaba ayudando a Lucas a levantarse y, al fondo, vi cómo Adrián y Hugo peleaban contra un par de Rebels. Giré la cabeza hacia el otro lado y vi a Albert y Sergio rodeados de tipos con cazadoras de cuero. Pero, lo que realmente me aterrorizó, fue mirar hacia el frente y ver a Mario sobre Guille, en el suelo, apretando su cuello con rabia. No pensé demasiado cuando volví a abalanzarme sobre él, tratando de desviar su atención. Le golpeé el costado con las piernas, mientras mis uñas se clavaban en la piel de su rostro. Él gritó y se removió, permitiéndome así ver a Guille por encima de su hombro. Tenía la cara roja e hinchada, y sus ojos estaban cerrados. Grité desesperada ante esa imagen y volví a clavar mis uñas en la mejilla de Mario, que se revolvió y me tiró hacia detrás. En ese momento, el cuerpo de Albert placó el de su primo y ambos cayeron hacia el costado con un golpe seco contra la piedra del suelo. Yo corrí hacia Guille, sacudiéndole e intentando hacer que abriera los ojos. Uno de los Rebels me agarró por detrás y pataleé con furia, alcanzando su rodilla y haciendo que perdiera el equilibrio. Volví a caer al suelo, raspándome las rodillas y las manos.

Escuché muchos gritos entonces. Gritos de dolor, de desesperación y de furia. Gritos que me estremecían por completo. Insultos y sonidos de golpes invadieron mis oídos cuando comprobé que Guille empezó a toser y se incorporó con dificultad. Lloré y me abalancé sobre él asustada, comprobando que realmente estaba bien. Pero el momento no duró mucho. Los gritos de la policía llamaron la atención de todos y mi hermano se levantó de un salto, abalanzándose sobre Mario.

Lo último que recuerdo de ese momento fue el grito furioso de Guille apartando a Mario de encima de su primo, Mario con lágrimas de rabia en los ojos y la respiración agitada y el cuerpo

inerte de Albert tendido en el suelo. Después… fundido a negro.

. . .

Abrí los ojos despacio, con las sábanas cubriéndome tanto que apenas podía moverme y con un martilleo en la cabeza que me recordaba que seguía viva. Parpadeé varias veces intentando adaptarme a la tenue luz que entraba por la ventana, pero todo lo que podía ver era blanco. Por un momento, me sentí tranquila y en paz, disfrutando de esos minutos a solas en silencio y centrándome simplemente en escuchar mi propia respiración pausada. Poco a poco, empecé a hacer memoria sobre el porqué estaba allí, en esa habitación de hospital, y el nudo en la garganta volvió. Me incorporé con rapidez y las manos de Guille me devolvieron con fuerza a la posición inicial.

—No te muevas, Marina. Te diste un fuerte golpe en la cabeza —murmuró con los labios apretados.

Fruncí el ceño al verle. Tenía varias heridas en el rostro y en su cuello llevaba un collarín. Se sentó en la cama, a mi lado, y suspiró.

Recordé entonces todo lo que había pasado horas antes y me estremecí bajo su atenta mirada. Mis padres aparecieron corriendo, preocupados y preguntándome tantas cosas que mi mente se abotargó. Estaba tan cansada…

. . .

Cuando volví a abrir los ojos, Lucas estaba sentado en una silla al lado de mi cama. Se incorporó a toda velocidad cuando me vio y me abrazó mientras lloraba desconsolado.

—Lo siento mucho, Marina…

Rodeé su espalda con mis brazos, notando un fuerte dolor en mi cabeza, y le aseguré que todo estaba bien. Su calidez me devolvió a un estado de sopor y volví a dormirme.

50 - El fin del verano

Guille se quedó conmigo durante toda la noche, durmiendo en la silla al lado de mi cama. Le observé en silencio con una sonrisa cuando se removió incómodo.

—Eh… dormilón… —susurré. Él abrió los ojos.

Se acercó de un salto y respiró aliviado. Me moví y le invité a subir a la cama, donde nos acurrucamos buscando la posición.

—¿Cómo estás? —preguntó sin dejar de acariciarme el antebrazo.

—Bien. No me duele la cabeza.

—Joder, Marina… creo que no había estado tan asustado en mi vida —murmuró sacudiendo la cabeza.

Hablamos entonces de todo lo que había sucedido, de lo que sintió cuando me vio tendida en el suelo inconsciente. La policía consiguió atrapar a varios Rebels, pero no habían podido localizar a Mario. Recordé entonces su expresión cuando Guille lo apartó violentamente de encima de Albert, las lágrimas que salían de sus ojos sin parar y cómo él intentaba reprimirlas con una mueca. Me explicó también que fue Omar quien llamó a la policía, bromeando sobre lo asustado que estaba, y que nadie más sufrió daños. Dijo que sus amigos consiguieron explicarle a la policía todo lo que había pasado, que Sergio tenía un hombro dislocado pero que se recuperaría bien y, luego, el silencio tenso volvió.

—¿Y Albert? —pregunté con un hilo de voz.

Él me miró con evidente preocupación y yo me incorporé, asustada. Mis ojos empezaban a empañarse con el recuerdo de su cuerpo tendido en el suelo, sin moverse, pero él negó rápidamente con la cabeza.

—Albert está bien. Está ingresado, pero…

—¿Pero? —pregunté, temerosa.

—Pero aún no se ha despertado. Papá y mamá se turnan para que no esté solo.

Asentí agradecida ante esa información y le pedí a Guille que me acompañara para verle. Él aceptó hacerlo y, mientras me ayudaba a levantarme de la cama, vi una pequeña sonrisa en su rostro.

—Feliz cumpleaños, Marina —murmuró, estrechándome entre sus brazos.

Las lágrimas se agolparon en mis ojos por la emoción del momento, y la tristeza se apoderó de mí al darme cuenta de que empezaba mi mayoría de edad en una habitación de hospital, sabiendo que Albert volvía a estar ingresado, más grave esta vez.

Cuando nos acercamos a su habitación, una enfermera nos dijo que todo parecía ir bien, que solo necesitaba descansar. Guille se quedó hablando con ella para tener más información y yo entré, deseando verle. Las lágrimas empezaron a salir mientras me acercaba a él, cubierto de hematomas y heridas. Le abracé con cuidado y pude escuchar el latido de su corazón mientras yo lloraba en silencio, deseando con todas mis fuerzas que se despertara. Pero no lo hizo entonces.

De madrugada, cuando ya no estaban ni mis padres ni Guille, me desvelé y decidí volver a la habitación de Albert. Cuando llegué a su puerta, escuché murmullos en su interior y, curiosa, me asomé. Pero se formó un silencio. Abrí lentamente y encontré una figura a los pies de su cama.

—¿Cómo coño te atreves a presentarte aquí? —espeté con rabia acercándome con paso firme hasta Mario.

Él agachó la cabeza, sorprendentemente sumiso, y apretó los labios.

—Ya me iba.

Su mirada conectó con la mía durante unos segundos, segundos en los que pude observar la culpabilidad que sentía, y aparté la mirada.

—Lo siento —murmuró él, mirando hacia Albert.

Giré mi cabeza bruscamente hacia la cama, donde Albert contenía una sonrisa. Un torbellino de emociones se abrió paso a través de mi pecho y me eché a llorar, descargando toda la tensión acumulada y sintiendo tanto alivio que me hacía perder el equilibrio. Corrí a su lado para abrazarle y él, entre quejidos de dolor, me devolvió el abrazo. Olía a hospital, a detergente, pero, sobre todo, olía a hogar. Me acunó tiernamente, dándome besos en la cabeza mientras me aseguraba que todo iba bien.

—Feliz cumpleaños —murmuró sobre mi pelo.

Sonreí abrazada a su pecho, sintiendo como toda esa angustia vivida me abandonaba, y cerré los ojos.

Al día siguiente, mi madre nos despertó entre risas, intentando asimilar cómo podíamos caber los dos abrazados en una cama individual de hospital. Yo me levanté avergonzada con la ayuda de mamá, mientras ella nos preguntaba cómo estábamos e intentaba sacarnos información sobre qué había pasado. Ambos boqueamos confundidos, mirándonos e intentando averiguar qué pensaba el otro para poder dar una respuesta común, pero la enfermera entró en la habitación y el momento pasó, haciendo que nos relajáramos al instante.

Esa misma mañana me dieron el alta, pero quise quedarme con Albert de todos modos. Mi madre, que al principio apretó los labios desaprobando mi decisión, finalmente cedió y fue en busca del médico para saber la evolución de Albert.

Pasaron unos días antes de que a él le dieran el alta. Sus hematomas habían cambiado de color y ya no parecían graves, las heridas se habían curado y apenas se veían y, aunque cojeaba un poco por el dolor en la pierna, podía andar. Al salir del hospital, con Guille y mis padres acompañándonos, Albert me rodeó con su brazo para darme un beso y andar juntos en dirección a casa. Me sentía feliz y tranquila, e intentaba gozar de esa sensación lo máximo posible mientras reflexionaba en todo lo que había vivido ese último verano. Durante esos dos meses había sentido mucho miedo, desconfianza e inseguridad, pero también había puesto a prueba mi lealtad, mi valentía y mi capacidad para amar. Me había engañado a mí misma más veces de las que recordaba, pero en aquel momento tenía muy clara una cosa: estaba profunda e irremediablemente enamorada de Albert.

Epílogo
Albert

Abrí los ojos lentamente, sintiendo una inquietud momentánea por no reconocer el lugar. La cabeza me martilleaba tanto que parecía querer explotar de un momento a otro.

La habitación del hospital estaba a oscuras y comprobé que eran poco más de las tres de la madrugada en el reloj que colgaba de la pared. Resoplé con esfuerzo al notar dolor en las costillas y en la pierna, intentando incorporarme, cuando una figura apareció por la puerta.

—¿Qué coño haces aquí? —dije nervioso, con una voz tan grave que no parecía la mía.

Mario se acercó a los pies de la cama despacio, con las palmas de sus manos en alto. Seguía llevando la cazadora de cuero, el pelo despeinado y algunos moratones salpicaban su cara. Apreté los dientes notando cómo el dolor se intensificaba.

—He aprovechado que mi madre se ha ido a casa —murmuró en un hilo de voz.

—Lárgate de aquí.

Mi primo apretó los labios, con una expresión sorprendentemente arrepentida, pero no se movió.

—Cuando me contaste tu plan años atrás, te advertí que no podrías hacerlo. Te advertí que ellos siempre habían sido más importantes para ti que yo —confesó, sin mirarme. Parecía realmente herido y tragué saliva.

—No es así —intenté justificarme. Él sacudió la cabeza con pesar.

—Sí lo es. Tú nunca has sido como yo, Albert. Siempre has merecido algo mejor.

—¿Crees que tú no mereces algo mejor?

Encogió los hombros con una sonrisa triste.

—¿Cómo hemos llegado a esto? —murmuré, intentando incorporarme con esfuerzo.

Mario levantó las manos y movió sus dedos en el aire, mirándolos con una sonrisa melancólica. Sus nudillos tenían sangre seca. No pude hacer más que reír por la absurdez de la situación, haciendo que él me imitara.

—Siento mucho todo esto. Y también las otras veces —murmuró sin mirarme. Yo asentí, viendo cómo se debatía consigo mismo—. Me iré una temporada. Confío en que sabrás qué decirle a mi madre.

—¿Dónde irás? —pregunté, notando un extraño dolor por saber que se iría. Él encogió los hombros.

—Supongo que a buscar mi lugar. Tú has encontrado el tuyo —dijo con una sonrisa, por primera vez en mucho tiempo, sincera. Empezó a caminar hacia la puerta cuando paró en seco—. Marina… es una gran chica.

—Lo sé —dije mientras notaba como una sonrisa nacía en mi rostro.

Asintió y, sin previo aviso, hablé para retenerle en el lugar.

—Cuando vuelvas, llámame.

Él volvió a mirarme y, tras unos segundos de duda, asintió.

Cuando Marina entró, no pude pensar en nada más que en ella. Su cabellera ondulada, sus ojos rasgados, su nariz pequeña y su boca carnosa. El recuerdo del tacto de su piel bajo mis dedos. El gemido que se escapaba de sus labios con mi contacto. Lo bien que parecía encajar su cuerpo con el mío. Viéndola allí, de pie, encarándose a Mario, demostró que no solo me atraía de ella su físico. Su valentía, su rebeldía y la forma en que tenía de ser sincera consigo misma me tenían ensimismado desde que nos reencontramos.

Mientras ella se enroscaba junto a mí en esa estrecha cama de hospital, yo pensaba en esa última conversación con Mario. Pese a los conflictos de ese verano, mi primo siempre había estado presente para mí, ofreciéndome su apoyo incondicional. La sensación que dejó en mí su decisión de marcharse con esos pensamientos se acrecentó con el paso de las horas, pero logré esquivarlos cuando apretaba a Marina contra mi cuerpo, notándola tan cerca.

Días después, cuando me dieron el alta en el hospital, Lorena habló con mi tía y se ofreció a cuidarme hasta que me recuperara del todo. Llamé a Elsa para informarle de mi situación y, pese a que insistió en que volviera a la ciudad para cuidarme ella, comprendió que prefería estar cerca de Marina hasta que se mudara a Badet.

La relación con Guille mejoró considerablemente, aunque seguía gruñendo cada vez que veía a su hermana cerca de mí. Y Marina… no se separó de mí. Le quedaban pocos días para mudarse al piso de su padre en Badet, pero en la intimidad de mi habitación confesaba que sería capaz de dejarlo todo solo para poder encerrarnos eternamente entre esas cuatro paredes. Y yo deseaba que esa fuera nuestra realidad.

El 30 de agosto, Marina se trasladó oficialmente a Badet, acompañada de Lucas. La vi marcharse con los ojos empañados, con la promesa de vernos en la ciudad y dándome muchos besos de despedida para que, según sus propias palabras, no olvidara lo que sentía cerca de ella.

Poco después, recibí una llamada de Mario informándome de que su escapada no había salido como él esperaba y que nos veríamos antes de lo previsto en Badet. Yo asentía con un nudo en la garganta, escuchándole hablar sobre todo lo que podríamos hacer juntos a partir de ahora para no sentirnos solos, mientras miraba la fotografía que Marina había impreso e instalado en el comedor de mi piso en La Roca, donde salíamos ambos abrazados, yo escondido en su cuello y ella sonriendo ampliamente.

Los ojos de Marina escondían todo un universo hecho a mi medida, y me resultaba demasiado fácil perderme en todo lo que podíamos ser. Porque no eran necesarias las palabras, porque lo decían todo sus ojos.

Agradecimientos

A mi *mami*; por educarme en valores, por apoyarme en todas mis ideas y por enseñarme todo lo realmente valioso de la vida. Tengo la suerte de tener a la persona más fuerte, cariñosa y graciosa que conozco de mi parte.

A *Luigi;* por motivarme en cada locura, por ser el mejor oyente y por hacerme reír constantemente. Eres una inspiración constante. Gracias por iluminar mis días.

A *Adri*; por la resiliencia, los aprendizajes, las experiencias y las risas. Crecer juntos ha sido una suerte, y quiero seguir profundizando y frivolizando de todo, contigo. Eres luz.

A todos los que quiero: a Cristian, Sergi y Julen, por ser *Ohana*; a Martí y Maled, por ser un soplo de aire fresco siempre; a Olga, por la conexión y por ser mi primera lectora (*t'estimo, Helgui*); a Angie y Yowi, porque os quiero y os pienso; al tiet *Pet*, porque sin palabras, me lo dices todo; a la familia, por las risas, los juegos de mesa, las anécdotas y la comida (sobretodo lasañas y purés, *gràcies tieta Montse*).

A todos los que disfrutéis con esta historia, a todos los que os alegréis porque, por fin, haya dado el paso… Gracias.